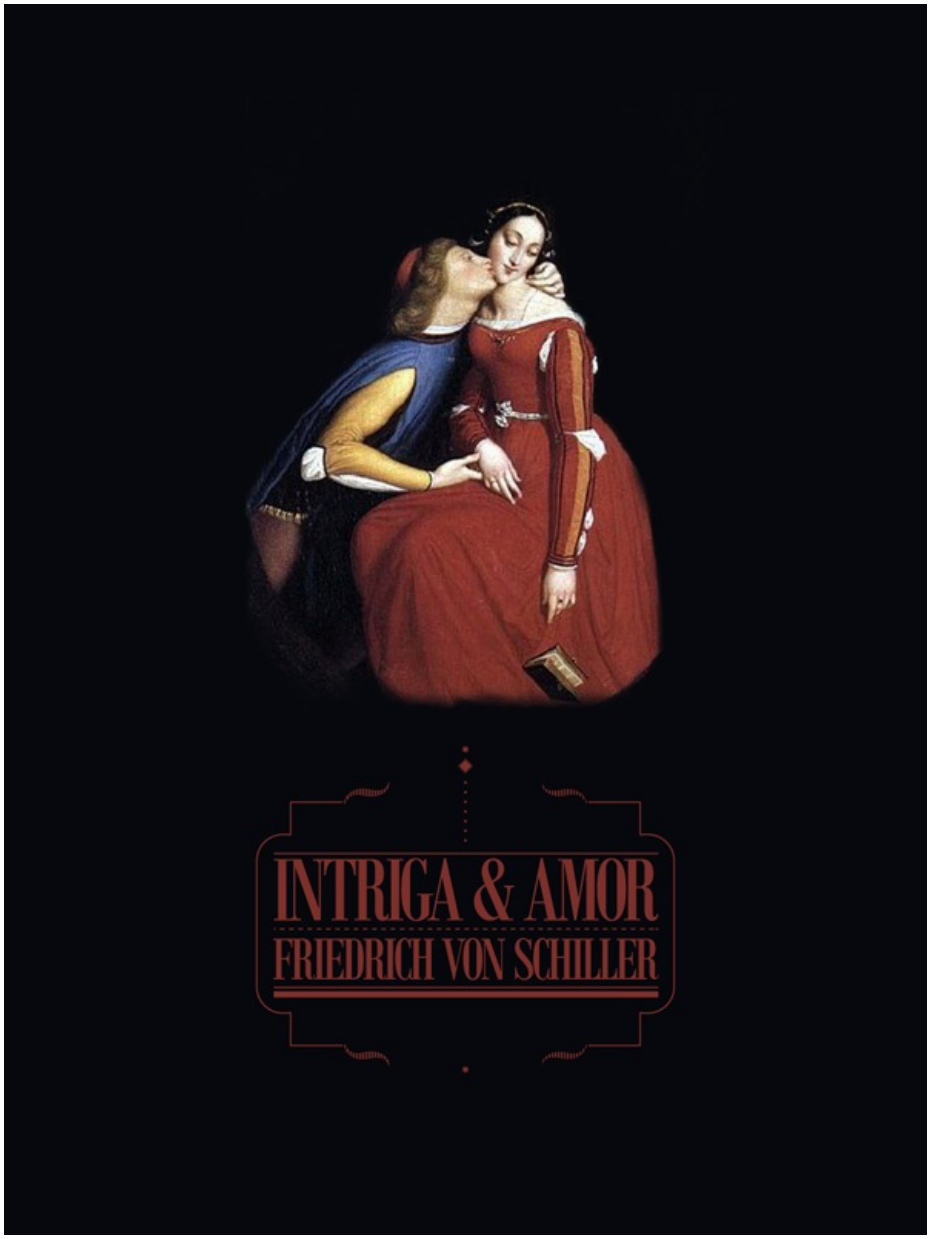

INTRIGA & AMOR

FRIEDRICH VON SCHILLER

Johann Christoph - Friedrich Schiller

Intriga y amor

BajaLibros.com

BajaLibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-34-0337-8

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

ARGUMENTO

En la corte de un Príncipe alemán hay cierto Presidente del Consejo, apellidado Walter, que llega a desempeñar ese cargo importante después de cometer un crimen contra su predecesor. Su hijo Fernando, joven honrado y digno, y por consiguiente muy distinto de su padre, enamora con buena intención a Luisa Miller, hija de un pobre músico, y es correspondido por ella ciegamente, no así como Wurm, que también la pretende, y que solo excita el desprecio o la animadversión de la novia y de sus padres.

Pero Wurm es el secretario del Presidente; y al ser rechazado en sus pretensiones amorosas, y sabedor de las relaciones existentes entre Fernando y Luisa, a las cuales, no sin razón, atribuye su derrota, acuerda descubrirlas al padre de Fernando, como lo hace. Éste, lleno de orgullo, de ambición desacordada y de ira, aunque al principio lo duda, acaba al fin por creerlo, sobre todo cuando propone a Fernando que se case con la Condesa de Ostheim, noble joven de las prendas más relevantes. Los amores de su hijo con Luisa, además de chocar con su orgullo, son un obstáculo para la ejecución de sus planes de ambición y engrandecimiento, puesto que proyecta casarlo con lady Milford, concubina del Duque, a fin de conservar por este medio tan inicuo, y sacrificando la honra de su hijo, la confianza del Soberano. Fernando se opone a los dos enlaces, que su padre le aconseja, aunque al cabo resuelve obedecer por lo menos las órdenes paternales, que lo mandaban con imperio presentarse en seguida en la casa de lady Milford. Resérvase, sin embargo, el resistir su cumplimiento, y agobiar a reconvenciones e improperios a la inglesa. El desarrollo dramático de los hechos indicados llena el primer acto.

En el segundo aparecen lady Milford y su camarista Sofía, que esperan la visita de Fernando, hacia el cual manifiesta la primera un amor apasionado. Un criado del Príncipe trae de parte de este un regalo de bodas de gran valor para la favorita; pero ésta, sabedora de los males que ha costado su adquisición, resuelve, en vez de aceptarlo para su uso, destinarlo a socorrer las lágrimas y la miseria de los habitantes de una población de la frontera, que había sido pasto de las llamas.

Fernando llega al fin, la trata primero con desprecio, y después, al conocer su historia y sus caritativos sentimientos, se arrepiente de su conducta, le pide perdón y termina revelándole sus relaciones con Luisa Miller, la hija del músico. La inglesa insiste, no obstante, en casarse con él, por miedo a la maledicencia, para que no se diga que ha sido desairada por un súbdito del Príncipe.

Mientras tanto produce su natural resultado la intriga de Wurm. El Presidente envía uno de sus servidores a la casa del músico; Fernando llega también anunciando una visita de su padre, y éste se presenta poco después, insulta y amenaza a Miller y a Luisa, y hasta se empeña en que sus esbirros se lleven a la víctima a la fuerza, no desistiendo de su propósito, a pesar de los ruegos de Fernando, hasta que su hijo lo dice que ha de contar en Palacio cierta historia sobre la manera de llegar a ser Presidente.

En el acto tercero, Wurm propone al padre de Fernando la prisión del músico por supuesto delito de lesa majestad, y la de su esposa, y que se obligue a Luisa Miller a escribir una carta dando una cita amorosa al mariscal Kalb. El objeto de esta intriga es simular que tal es el único medio para la hija del músico de libertar a sus padres, y el propósito verdadero que caiga como por casualidad en manos de Fernando, para que, impulsado por los celos, abandone a su amada y se case con la inglesa, y el Presidente consiga la realización de su plan, y Wurm sus bodas con Luisa, desahuciada ya por el Mayor. Aprobado el proyecto por el Presidente, se pone en práctica al momento. El Mariscal accede también por su parte a prestar su nombre para ello, porque de no hacerlo, se casará probablemente con lady Milford el copero mayor Bock, su mortal enemigo, y él perderá su cargo, y su influencia en la Corte.

Fernando se empeña en huir con Luisa, y ésta se resiste a seguirlo, prefiriendo erigirse en víctima de este sacrificio, a perder a su amante con esa acción inconsiderada, que él le aconseja. Fernando, al conocer su resolución negativa, duda y sospecha de ella. Sepárase, pues, de su lado en esta situación de ánimo; y Wurm, que entra a visitarla, la arrastra a escribir la carta indicada y la obliga a jurar que, si se le pregunta, ha de declarar que la ha escrito espontánea y libremente.

En el acto cuarto, suponiéndose ya que la carta ha llegado a manos de Fernando, éste la entrega al Mariscal; intenta batirse con él inútilmente, porque la cobardía de su pretendido rival se opone a ello, confesándole al cabo que ni siquiera conoce a Luisa, y aumentando su confusión sobremanera, aunque sin desvanecer su amor ni sus celos, y con tanto mayor motivo, cuanto que su mismo padre, el Presidente, se muestra

arrepentido de su rigor, y resuelto a acceder a su matrimonio con ella.

Lady Milford, mientras tanto, que ha hecho venir a Luisa a su palacio para proponerle la aceptación de la plaza de Sofía, próxima a casarse, recibe una rotunda negativa y sufre un inesperado desengaño, puesto que en el discurso de su conversación llega Luisa a renunciar a su amor a Fernando y cederlo a la enamorada inglesa. Ésta, arrepentida de sus extravíos y de sus errores, acuerda escribir una carta al Príncipe, su amante, despidiéndose de él para siempre, así como de sus criados, con cuya escena termina este acto cuarto.

En el quinto, desesperada Luisa y resuelta a suicidarse, ruega a su padre que lleve a Fernando una carta suya, anunciándole su proyecto, e invitándole a visitarla; pero vencida por las reflexiones y la aflicción de su padre, acuerda al cabo romper para siempre con su amante por honrar al autor de sus días, cuyo contento es indecible. Fernando, sin embargo, se presenta en este momento, y pregunta a Luisa si ha escrito la carta al Mariscal; y al oír de sus labios la respuesta afirmativa, le ruega que le prepare una limonada, y a Miller que vaya a casa del Presidente, le excuse de no asistir a la comida, y le entregue una carta para él. Antes le había dado una bolsa llena de oro, que Miller recibe loco de alegría; y cuando éste se va a cumplir su encargo, ruega Fernando a Luisa que lo acompañe y lo alumbre, y aprovechando la ocasión de estar solo, vierte arsénico en el vaso de limonada. Cuando vuelve Luisa y se obstina en no explicar su conducta, a pesar de los ruegos y hasta de los insultos de Fernando, bebe este el veneno, hace que ella lo imite, y al cabo le descubre la verdad, diciéndole que no mienta porque está envenenada y ha de morir sin remedio. Ella se cree entonces desligada de su juramento, afirma que es inocente, perdona a su amante asesino, y muere, noticiándole que toda la catástrofe es debida al Presidente, padre de Fernando.

Entra entonces el mismo Presidente, alarmado por la lectura de la carta que le entregó Miller, y éste, y Wurm, y criados, alguaciles y pueblo. Fernando muere a poco, perdonando al fin a su padre; Wurm, al oír que el Presidente lo culpa de todo lo sucedido, se entrega a la justicia prometiendo que lo acompañará su acusador al suplicio; Miller tira la bolsa de oro a Fernando, y sale como loco, y el padre de Walter, consolado con el perdón de su hijo, sigue el ejemplo de Wurm, y termina el drama.

INTRIGA Y AMOR

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES

WALTER, Presidente del Consejo en la corte de un Príncipe alemán. FERNANDO, su hijo, Coronel o Mayor.
KALB, Mariscal de la corte.
LADY MILFORD, favorita del Príncipe.
WURM, Secretario particular del Presidente.
MILLER, músico de la ciudad, en algunas poblaciones, *kunstpfeffer*. Su esposa.
LUISA, hija de ambos.
SOFÍA, doncella de lady Milford.
Un ayuda de cámara del Príncipe.
Otros personajes secundarios.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Aposento en casa del músico. Miller deja su silla, y pone su violoncello a un lado. Su esposa, ligeramente vestida, toma café en una mesa.

MILLER (Paseándose inquieto.)- ¡Dígolo por última vez! El asunto se pone serio. Ya murmuran del Barón y de mi hija. Nos desacreditarán. Llegará a oídos del Presidente, y, en fin, para acabar, negaré la entrada en mi casa a ese caballerete.

SU MUJER.- Y tú lo has atraído a tu casa… ni has tirado tu hija a su cabeza.

MILLER.- Ni lo he atraído aquí… ni le he tirado mi hija a su cabeza. ¿Quién lo sabe?… Yo era el amo de mi casa. Yo debía cuidar más de mi hija. Yo debía haber rechazado las impertinencias del Coronel… o ponerlo todo en conocimiento de S. E. el señor papá. El joven Barón hubiera salido del paso a costa de una reprimenda, y no que ahora descargará la tempestad sobre el músico.

SU MUJER (Bebiendo su taza lentamente.) ¡Pura broma! ¡Hablar por hablar! ¿Que ha de descargar sobre ti? ¿Quién te tendrá ojeriza? Tú ejerces tu profesión, y enseñas a tus discípulos, cuando los hay.

MILLER.- Pero dime, ¿cuál será el resultado final de este trato?… Casarse con ella no puede… No hay, pues, que hablar de casamiento, y de otra cosa ¡líbrenos Dios!… Mira cuando uno de esos señores va y viene de aquí para allá, cuando ha ideado algo, que el diablo sabrá, agrádales, como buenos gastrónomos, paladear el agua de sabrosa fuente. ¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado! aunque tuvieras cien ojos y oyeses crecer la hierba, te seducirá a la muchacha en tus mismas barbas, la dejará algún recuerdo, y desaparecerá, y su deshonra durará mientras viva; y ella puede ya sentarse a descansar, o proseguir la carrera empezada, si le ha tomado afición. (Llevándose las manos a la frente.) ¡Jesucristo!

SU MUJER.- ¡Dios nos conserve en su santa gracia!

MILLER.- Conservémonos nosotros. ¿Cuál podrá ser la intención de ese caballerete?… La muchacha es bonita… esbelta… y pequeño su pie. En cuanto a sus cualidades morales, ¡sean las que fueren! Poca importancia se les da, en lo general, tratándose de mujeres, si Dios, en su bondad, ha cuidado de dispensarles otros dones… Llega a este capítulo mi joven conquistador… ¡ah, entonces! la claridad te alumbra de improviso, como a mi Rodwey cuando olfatea algún francés, y suelta todas las velas, y le da caza, y… yo no lo culpo por eso. El hombre, al fin, es hombre. Yo debo saberlo.

SU MUJER.- Si tú leyeses los lindos billetes que ese señor escribe a tu hija… ¡Santo Dios! Se ve tan claro como la luz del mediodía cuánto le preocupa la pureza de su alma angelical.

MILLER.- Esa es la verdad. Se sacude el saco, y no se piensa en el asno. Quien intenta besar una boca amada, se dirige antes al buen corazón. Yo mismo ¿qué he hecho? Si se llega a lograr que las almas se unan, ¡oh! entonces siguen su ejemplo los cuerpos; los criados imitan a sus amos, y la plateada luna es al cabo el único intermediario.

SU MUJER.- Pero mira antes los libros soberbios, que el Coronel ha enviado a casa. Siempre ora en ellos tu hija.

MILLER. (Silbando.)- ¡Quita allá! ¿Que ora? Tú te chanceas. Los groseros manjares de la naturaleza son demasiado duros para el estómago delicado de su gracia… Ha de cocerlos antes en la cocina pestilencial y endiablada, en donde se condimentan las frases ingeniosas. ¡Al fuego esas majaderías! Dios sabe lo que saca de ellas la muchacha… puras fantasmagorías que encienden como cantáridas su sangre, llevándose la escasa dosis de religión cristiana que con harto trabajo le ha propinado su padre. ¡Al fuego, pues, repito! La muchacha se llena la cabeza con esos engendros infernales; a fuerza de voltijear en ese mundo encantado, acaba por no encontrar su casa, por olvidarla, por avergonzarse de su padre, el músico Miller, y despreciará al fin a algún yerno hábil y honrado, que sirviera con diligencia a mis conocidos… ¡No! ¡Castígueme Dios! (levántase con energía.) Sin tardanza hay que llevar el pan al horno, y en cuanto al Mayor… sí, sí, yo le enseñare el agujero, que ha hecho en la puerta el maestro carpintero. (Quiere irse.)

SU MUJER.- Ten crianza, Miller. ¡Qué buenas monedas nos han traído los regalos!…

MILLER. (Volviéndose y parándose delante de ella.)- ¿El precio de la venta de mi hija? … ¡Vete al diablo, infame alcahueta! Prefiero pedir limosna con mi violín, y dar conciertos por la posada y la comida… prefiero hacer pedazos mi violoncello, y llenar de estiércol su caja, a solazarme con el dinero, instrumento de perdición del alma y de la

ventura de mi única hija. Deja tu maldito café y tu tabaco, y no tendrás necesidad de llevar al mercado la cara de tu hija. Siempre he comido hasta hartarme y gastado una buena camisa, antes que ese lechuguino bribón se aficionase a mi casa.

SU MUJER.- ¡No cierres la puerta con tanto estrépito! En un momento echas por los ojos fuego y llamas. Solo digo que no se debe disgustar al Mayor, porque es hijo del Presidente.

MILLER.- He aquí el busilis del negocio. Esa, esa es la causa que aconseja resolver la cuestión hoy mismo. El Presidente me dará las gracias, si es un buen padre. Cepíllame mi saco de pelo color de pasa, y visitaré a S. E. Le hablaré y le diré.- «Vuestro hijo ha puesto los ojos en mi hija; mi hija no sirve para esposa de vuestro hijo, pero vale demasiado para ser su querida… y basta con esto… Yo me llamo Miller.»

ESCENA II.

Los mismos y el secretario WURM.

LA MUJER DE MILLER.- ¡Ah! ¡Buenos días, señor Secretario! Por fin tenemos el placer de volveros a ver.

WURM.- Ese placer es mío, es mío, apreciable señora. Cuando reina aquí un noble caballero, nadie se acuerda de mi humilde persona.

LA MUJER.- No lo digáis, señor Secretario. El señor Mayor Walter, a la verdad, nos honra alguna que otra vez con su presencia; pero no por eso despreciamos a nadie.

MILLER (De mal humor.)- ¡Una silla a ese señor, mujer! ¿No queréis, señor mío, dejar eso?

WURM. (Que deja su bastón y su sombrero, y se sienta.)- ¡Bueno, bueno! Y ¿cómo está mi futura… o más bien, mi pasada?… No espero… ¿no se podrá ver… a la señorita Luisa?

LA MUJER.- Gracias por el recuerdo, señor Secretario. Pero mi hija no está muy satisfecha.

MILLER. (Colérico, y tocándole con el codo.) ¡Mujer!

SU ESPOSA.- Es de sentir que no le sea posible ver al señor Secretario. Está en misa ahora.

WURM.- ¡Me alegro, me alegro! Será más adelante para mí una compañera piadosa y cristiana.

LA MUJER DE MILLER (Sonriendo neciamente.)- Sí… pero, señor Secretario…

MILLER (Turbado le pellizca los oídos.)-¡Mujer!

SU MUJER.- Por lo demás, si podemos serviros en otra cualquiera cosa… con toda nuestra alma, señor Secretario…

WURM. (Con falsedad.)- ¡En otra cualquiera cosa!… ¡Muchas gracias!… ¡Muchas gracias!… ¡Hem, hem, hem!

LA MUJER.- Pero como habrá comprendido el señor Secretario…

MILLER. (Iracundo, le da un golpe por detrás.)-¡Mujer!

SU ESPOSA.- Lo bueno es bueno, y lo mejor, mejor, y nadie debe oponerse a la dicha de su único hijo. (Con orgullo grosero.) ¿Entendéis ya bien lo que digo, señor Secretario?

WURM. (Revolviéndose inquieto en su silla, rascándose detrás de los oídos, y tirando de sus manguitos.)- ¿Entender? No, en verdad… oh, sí… ¿Qué pensáis?

La MUJER.- Ya… ya… Sólo pensaba… yo creo… (Tosiendo.) Puesto que Dios, en su bondad, quiere hacer de mi hija una señora…

WURM (Levantándose.)- ¿Cómo? ¿Que decís?

MILLER- ¡Seguid sentado, seguid sentado, señor Secretario! Esta mujer es un ganso estúpido. ¿Cómo ha de ser una señora? ¿Qué asno asoma sus largas orejas en esta charla?

LA MUJER.- ¡Gruñe cuanto quieras! ¡Yo sé lo que sé… y lo dicho por el señor Mayor, dicho está!

MILLER. (Que, fuera de sí, corre a coger su violín.)- ¿Querrás refrenar tu lengua? ¿Deseas que te rompa, el violín en la cabeza?… ¿Que puedes tú saber? ¿Que habrá dicho?… No hagáis caso alguno de su palabrería, estimado señor… ¡Fuera de aquí… a la cocina! ¿No me tomaríais por pariente próximo de algún animal, si yo pensara así de mi hija? ¡No lo creeréis de mí, señor Secretario!

WURM.- Ni yo lo merezco tampoco, señor maestro de música. Os he tenido siempre por hombre de palabra, y mis pretensiones a vuestra hija me parecían tan aceptadas por ustedes como si constasen por escritura pública. Desempeño un destino, con cuyo sueldo puedo mantener mis obligaciones; el Presidente me estima, y no me faltarán buenas recomendaciones, si quiero ascender en mi carrera. Sabéis que mis amores con Luisa son formales; y si os dejáis engañar por un noble petimetre…

LA MUJER DE MILLER.- Señor Secretario Wurm, más respeto si me es posible rogarle…

MILLER.- ¡Ya te he dicho que calles!… ¡Tened paciencia, caballero! Todo se queda como estaba. Lo que os contesté el último otoño lo repito hoy. No obligo a mi hija. Si le acomodáis, bueno y santo… de su cuenta corre averiguar si será feliz o no en vuestra compañía ¿Mueve usted la cabeza? mejor… contando con la voluntad divina, quería yo decir… confórmese con su suerte, y beba una botella con su padre… Ella ha de vivir con usted… su padre no… ¿Por qué he de tirarle a la cabeza, por caprichosa obstinación, un hombre que no le agrade?… ¿Para que el diablo me atormente en mi vejez… para que, al beber cada vaso de vino… y a cada cucharada de sopa, me diga la voz de mi conciencia:

«Tú eres un bribón, que has hecho infeliz a tu hija?»

SU MUJER.- En pocas palabras... jamás daré mi consentimiento: mi hija ha nacido para ocupar una posición social elevada, y si mi marido se deja seducir, yo recurriré a la justicia.

MILLER.- ¿Quieres que te rompa los brazos y las piernas, lengua de escorpión?

WURM (A Miller.)- El consejo de un padre vale mucho para una hija, y creo que ya me conocéis, señor Miller.

MILLER.- Pero ¡el diablo me lleve! quien ha de conoceros es mi hija. Mi gusto, el de un gruñón como yo, no es precisamente el de una joven ambiciosa. Yo puedo deciros, casi infaliblemente, si sois hombre para figurar en una orquesta... pero el ingenio de la mujer es más sutil que el de un maestro de capilla... Y además, para hablar con entera franqueza, yo soy un alemán sencillo y torpe... pero nada, en suma, me tendréis que agradecer por mis consejos... yo no aconsejaré a mi hija que... mas no la predispondré contra usted, señor Secretario. Dejad que me explique. Permitiréis que os diga... que un amante que ha de llamar en su ayuda al padre de su amada... no vale un ardite. Si tiene algún mérito, se avergonzará de emplear este conducto estropeado para granjearse el afecto de su pretendida... Si no es audaz, si es cobarde como una liebre, no es Luisa para él... ¡Vaya, pues! A espaldas del padre ha de enamorar a la hija. Ha de arreglarse de suerte que ella, antes que renunciar a él, mande enhoramala de buen grado a su padre y a su madre... o a que su amada se arroje a los pies de su padre, y le pida por Dios que se le consienta su único amor, o se la deje morir de la muerte más cruel y endiablada... ¡Esto se llama un hombre! ¡Esto se llama querer!... y el que no se dé trazas para conquistar así a las mujeres... ¡que cabalgue en una pluma de ganso!

WURM. (Que toma su sombrero y su bastón, y se va.)- ¡Gracias, señor Miller!

MILLER. (Siguiéndolo pausadamente.)- ¿Por qué? ¿Por qué? Ningún favor os he hecho, señor Secretario. (Volviéndose.) Nada escucha, y se va... Ponzoña y arsénico es para mí este zorro con pluma, cuando lo veo. Personaje solapado y repugnante, como si se hubiese deslizado de contrabando en este mundo de Dios... Sus ojos de ratón, pequeños y malignos... sus cabellos de color rojo vivo... su barba puntiaguda... como si la naturaleza, de mal humor, observando el triste resultado de su obra, le hubiese hecho el favor de tirarlo en cualquier rincón... ¡No! Prefiero, a dar mi hija a tal engendro... ¡Dios me perdone!

SU MUJER. (Llena de ira.)- ¡Vaya un perro!... pero se le sujetará la boca con el bozal.

MILLER.- Pero tú, con tu endiablado caballero... me has sacado de mis casillas... Tú no eres animal sino en la ocasión crítica, en que debes mostrar prudencia. ¿A qué viene esa charla de la señora calificada y de tu hija? He aquí el motivo de mi cólera. Es la persona más a propósito para divulgarlo todo por calles y plazuelas. Es un monsieur de esos que recorren las casas de la gente de pro, hablando siempre de la despensa y de la cocina, y en cuanto saben algo curioso... ¡Mil bombas! es seguro que se han de venir encima el Príncipe, su querida, el Presidente y toda la corte infernal.

ESCENA III.

Los mismos Y LUISA MILLER, con un libro en la mano.

LUISA. (Que deja el libro, se acerca a Miller, y le besa la mano.)- ¡Buenos días, querido padre!

MILLER. (Con afecto.)- ¡Bravo, Luisa mía!... Alegróme que tanto pienses en tu Creador. Sigue así, y no te desamparará.

LUISA.- ¡Oh! Soy una gran pecadora, padre... ¿Estaba allí, madre?

SU MADRE.- ¿Quién, hija mía?

LUISA.- ¡Ah! Olvidaba que además de él, hay otros hombres en el mundo... Mi cabeza está tan trastornada... ¿No estaba ahí Walter?

MILLER. (Triste y formal.)- Yo creía que mi Luisa había olvidado ese nombre en la iglesia.

LUISA. (Después de mirarlo en silencio largo tiempo.)- ¡Ya os entiendo, padre!... siento la puñalada, que dais en mi conciencia; pero es tardía... No tengo devoción alguna, padre... el cielo y Fernando desgarran mi alma, y la llenan de sangre, y me temo, me temo... (Pausa.) ¡Pero no, padre bondadoso! Cuando nos olvidamos del pintor por sus cuadros, alabamos al artista de la manera más delicada... ¿No ha de alegrarse Dios, padre, si contempla en mi alegría su obra maestra?

MILLER. (Dejándose caer desalentado en una silla.)- ¡Eso es! Tal es el resultado de tus lecturas impías.

LUISA. (Asomándose impaciente a la ventana.)-¿En dónde podrá estar ahora? Señoritas principales le ven... le oyen... y yo soy una joven oscura y sin importancia. (Asústase de sus mismas palabras, y se arroja en los brazos de su padre.) Pero no, no; él me perdona. Yo no deploro mi suerte. Sólo quiero ahora pensar poco en él... nada cuesta. Nuestra pobrecilla vida... si yo pudiera convertirla en dulce y consolador céfiro para juguetear con su rostro... la pobre flor de mi juventud... si fuese una violeta... y él la bollase, y ella muriera humilde bajo sus plantas... Contentaríame con esto, padre. Cuando el insecto se calienta a los rayos del sol, ¿ha de castigarlo él, tan majestuoso y tan soberbio?

MILLER. (Que, conmovido, se apoya en los brazos del sillón, y, se oculta el rostro.) ¡Oye, Luisa!... yo daría gustoso los pocos años, que me restan de mi vida, porque jamás hubieses visto al Mayor.

LUISA. (Asustada)- ¿Qué decís, que?... No, mi buen padre no piensa así. ¿No sabéis que Fernando es mío, creado para mi alegría por el padre común de los amantes? (Quédase pensativa.) Cuando lo vi la primera vez... (Con rapidez.) la sangre enrojeció mis mejillas, mi corazón latió de gozo, y cada latido, cada soplo de mi pecho susurraba a mi oído: «¡Ese es!» y mi alma conoció al que me había faltado siempre, y añadió: ¡ese es! y lo mismo repitió el universo entero, participando de igual placer. Entonces... oh, entonces brilló en mi ser el primer rayo de la aurora. Mi corazón rebosaba de infinitos sentimientos, antes nunca conocidos, como las flores en la tierra cuando llega la primavera. Ya no veía yo al mundo, y, sin embargo, pensaba que nunca había sido tan bello. Ni me acordaba tampoco de Dios, y, no obstante, jamás lo había amado tanto.

MILLER. (Que corre hacia ella, y la oprime contra su pecho.)Luisa... querida... noble hija... toma mi triste y vieja cabeza... tómalo todo... todo... En cuanto al Mayor... Dios es testigo... ¡no puedo dártelo nunca! (Vase.)

LUISA. ¡Ni yo lo quiero tampoco ahora, padre! esta miserable gota de rocío, el tiempo... se desvanece con rapidez plácidamente, soñando sólo con él. Renuncio a él para esta vida. Después, madre, después... cuando se vengan abajo las barreras que nos separan... cuando nos despojemos de todos estos odiosos disfraces sociales... los hombres sólo son hombres... Nada llevo conmigo más que mí inocencia. ¡Mi padre me ha dicho tantas veces que la pompa y los títulos de la vanidad valdrán tan poco a los ojos de Dios, cuando aparezca, como inestimable, el precio de los sentimientos! Yo entonces seré rica. Mis lágrimas se trocarán entonces en triunfos, y mis buenas ideas harán las veces de ilustre prosapia. Entonces me llamarán persona calificada, madre... ¿Quién será entonces la preferida, oh madre, sino vuestra hija?

SU MADRE. (levantándose.)- ¡Luisa! ¡El Mayor! ¡Ya entra! ¿En dónde me oculto?

LUISA. (Que tiembla.)- ¡ Quedaos aquí, madre!

SU MADRE.- ¡Dios mío! ¡Que traza la mía! ¡Es para avergonzarme! No me atrevo a presentarme así delante de ese caballero. (Vase.)

ESCENA IV.

FERNANDO DE WALTER, LUISA. Él corre a su encuentro; ella se deja caer en una silla descolorida y desmayada… él la contempla callado… y ambos se miran largo tiempo en silencio. Pausa.

FERNANDO.- ¡Estás pálida, Luisa!

LUISA. (Que se levanta y lo abraza.)- ¡No es nada! ¡No es nada! Si estás aquí, ya todo paso.

FERNANDO. (Cogiéndole la mano y besándosela.)- Y mi Luisa ¿me ama todavía? Mi corazón es el mismo siempre; ¿el tuyo también? Vengo aquí corriendo para averiguar si estás más tranquila y te sientes mejor, para tranquilizarme a mi vez… y no lo estás.

LUISA.- ¡Sin duda, sin duda, amado mío!

FERNANDO.- Dime la verdad. ¡No lo estás! yo veo el fondo de tu alma, como el de este diamante a través de sus claras aguas. (Enseñando su sortija.) Ningún celaje llega aquí sin verlo yo; ningún pensamiento se pinta en este rostro, que se me escape. ¿Qué tienes? ¡Pronto! Si este espejo brilla para mí sin mancha, no hay nubes en todo el mundo. ¿Qué te aflige?

LUISA (Se calla un momento mirándolo, y después le dice con tristeza.) ¡Fernando, Fernando! Si tú supieras que impresión hace ese bello lenguaje en esta joven humilde…

FERNANDO.- ¿Qué es esto? (Sorprendido.) ¡Humilde! ¡Escucha! ¿Por qué hablas así?… Tú eres mi Luisa. ¿Quién te dice que hayas de ser otra cosa? ¡Qué frialdad observo en ti, oh falsa! ¿Cómo has de ser toda amor para mí, si tienes tiempo para hacer esa comparación? Cuando yo estoy a tu lado, mi razón se abisma y desaparece en una sola de tus miradas… en un sueño contigo, cuando estoy lejos. Y tú, ¿tú eres prudente y enamorada?… ¡Avergüénzate! Cada instante que pasas afligida de ese modo, lo robas a tu amante.

LUISA. (Que le coge una mano, y sacude la cabeza.)- Tú te propones aletargarme, Fernando… quieres apartar mi vista de ese abismo, en donde he de precipitarme inevitablemente. Yo veo lo futuro… la voz de la fama… tus proyectos… tu padre… ¡mi nada! (se estremece con horror y deja caer su mano.) ¡Fernando! ¡Un puñal nos amenaza!… ¡Nos separan!

FERNANDO.- ¡Qué nos separan! (levantándose de repente.) ¿En qué te fundas para pensarlo? ¿Qué nos separan? ¿Quién puede desatar el lazo que une dos corazones, o los tonos de un acorde? Yo soy noble. Pero veamos si mi título de nobleza es más antiguo que el movimiento trazado a la creación infinita, si mis armas más poderosas que la mano de Dios, impresa en los ojos de Luisa, que dice: «Esta mujer es para este hombre.» Soy hijo del Presidente. Por lo mismo, ¿quién, sino el amor, puede atenuar las maldiciones, que las ilegalidades de mi padre atraen sobre mi cabeza?

LUISA.- ¡Oh! ¡Cuánto lo temo… cuánto temo a ese padre!

FERNANDO.- Yo nada temo… nada… sino los límites de tu amor. Deja que nos separen obstáculos como montañas… yo las asaltaré escalón a escalón, y volaré después a los brazos de Luisa. Los embates de la fortuna adversa aumentan solo mi pasión. Los peligros harán más seductora a mi Luisa… ¡No tengas, pues, temor alguno, amor mío! Yo mismo… yo te guardaré vigilante, como el dragón mágico el tesoro subterráneo… ¡Ten confianza en mí! No necesitas otro ángel guardián… Yo me interpondré, a fuer de baluarte, entre el destino y tú… recibiré las heridas, que puedan amenazarte, y reservaré para ti hasta las gotas imperceptibles de la dicha… y te las serviré en la copa del amor. (Abrazándola tiernamente.) En estos brazos atravesará gozosa Luisa la senda de la vida; más bella que al dejar tú el cielo, te acogerá éste a su vez, y ha de confesar admirado que sólo el amor da a las almas sus postreras pinceladas.

LUISA. (Separándose de él muy conmovida.)-¡Basta! Te ruego que calles… Si supieras… Déjame… tú ignoras que tus esperanzas desgarran como furias mi corazón. (Quiere irse.)

FERNANDO. (Reteniéndola.)- ¡Luisa! ¡Cómo! ¿Es posible? ¡Que mudanza la tuya!

LUISA.- Había olvidado esas ilusiones y era feliz. Ahora, ahora… Desde hoy… huyó la paz de mi pecho… Deseos tiránicos… yo no sé… lo destrozarán… Vete… Dios te perdone… En mi juvenil y pacífica existencia has lanzado tea incendiaria, que nunca, nunca se extinguirá (Vase precipitadamente, siguiéndola él sin hablar.)

ESCENA V.

Sala en casa del Presidente.

EL PRESIDENTE, con una condecoración al cuello y una cruz en el pecho, y el secretario WURM, entran en la escena.

EL PRESIDENTE.- ¡Unas relaciones amorosas formales! ¿Mi hijo?... No, Wurm, jamás me lo harás creer.

WURM.- ¿Se digna V. E. mandarme que se lo pruebe?

EL PRESIDENTE.- Que haga la corte a una canalla de la clase media... que la adule... hasta ¡a fe mía! que le finja ciertos sentimientos... es cosa corriente y posible, en mi opinión... y perdonable... pero... ¿y con la hija de un músico, decís?

WURM.- La hija de Miller, el maestro de música.

EL PRESIDENTE.- ¿Linda?... No hay necesidad de preguntarlo.

WURM. (Con viveza.)- La rubia más bella, tanto, que, sin exagerar, brillaría al lado de las primeras beldades de la Corte.

EL PRESIDENTE. (Riéndose.)- Me decís, Wurm... que tiene sus proyectos hostiles contra ella... Es natural. Pero observad, mi querido Wurm... que si mi hijo es enamorado, me hace esperar que no han de aborrecerlo las damas. Algo adelantará así en la Corte. Decís que la joven es bella; agrádame esto en mi hijo, porque demuestra su buen gusto. ¿Deslumbra a esa loca, pretextando que son formales sus intenciones? Mejor aún... claro veo que no le falta ingenio para engañar a su víctima. Puede llegar así a Presidente. ¿Son más trascendentales sus progresos? ¡Soberbio! Esto prueba que es afortunado. Si el desenlace de la farsa es un robusto nieto, ¡inmejorable! Entonces bebo una botella más de Málaga al feliz aspecto que presenta la duración de mi linaje, y pago la multa en que, por liviandad, ha incurrido su amada.

WURM.- Cuanto yo deseo es que V. E. no se vea obligado a apurar esa botella para distraerse.

EL PRESIDENTE. (Con seriedad.)- Tened presente, Wurm, que, cuando formo mi opinión, soy muy obstinado, y que deliro cuando me enfurezco... Tomo a broma que os hayáis propuesto encolerizarme. De corazón creo también que, con la mejor voluntad del mundo, os desembarazáis de un rival. Que os cueste no poco trabajo alejar a mi hijo de esa joven, y que deseéis convertirme en espanta moscas, lo comprendo; me encanta la idea de que os empeñéis en presentar bajo su faz más desfavorable tan entretenida novela... Pero, mi querido Wurm, no hay que jugar conmigo... Ya se os ocurre que no debéis llevar tan lejos la broma, hasta forzarme a quebrantar mis principios.

WURM.- ¡Perdone V. E.! Si efectivamente, como sospecháis, me movieran sólo los celos, lo indicaran acaso mis ojos, no mi lengua.

EL PRESIDENTE.- Y, en mi concepto, hay que despreciarlos ¡Estúpido demonio! ¿Qué os importa recibir el dinero de la Casa de Moneda, recién acuñado, o de mano del banquero? Consolaos con nuestra nobleza... Sabiéndolo o no... raro es el casamiento, que se concierta entre nosotros, en que media docena a lo menos de convidados... o de criados... no puedan medir geométricamente el paraíso del novio.

WURM. (Haciendo una cortesía.)- Señor, prefiero en esto pertenecer a más humilde clase.

EL PRESIDENTE.- Por lo demás, muy pronto podréis tener la alegría de tomar una excelente revancha con vuestro rival. Hay en el Gabinete el propósito de que, a la llegada de la nueva Duquesa, sea despedida en la apariencia lady Milford; y para hacer el engaño más creíble, que contraiga otro enlace. Sabéis, Wurm, cuánta importancia tiene para mí la influencia de Milady, y que las pasiones del Príncipe son mi principal resorte. El Duque busca un partido para Milford. Si se presenta otro... cierra el trato, adquiere a un tiempo la confianza de la dama y la del Príncipe, y se hace para este indispensable... Para que el Príncipe quede preso en las redes de mi familia, se ha de casar mi hijo Fernando con la Milford... ¿Lo entendéis?

WURM.- Tan claro que me hace saltar los ojos... Prueba a lo menos así que el Presidente es un novicio, comparado con el padre. Si el Mayor se muestra, respecto a V. E., hijo tan sumiso como V. E., respecto de él, tierno padre, vuestra pretensión será devuelta con protesta.

EL PRESIDENTE.- Por fortuna jamás he sentido inquietud alguna al tratarse de la ejecución de un proyecto, en el momento en que me he dicho que ha de ser... Pero mira, Wurm, esto nos lleva de nuevo al asunto anterior. Hoy por la mañana anunciaré a mi hijo

su casamiento. Con arreglo, a la impresión que le haga la noticia, veré desvanecidas o confirmadas vuestras sospechas.

WURM.- Os pido muy humildemente que me perdonéis, señor. El mal humor que ha de revelar, y en que tenéis tanta confianza, así puede provenir de la novia que le dais, como de la que le arrebatáis. Os suplico que apeléis a otra prueba más segura. Proponedle el partido más irreprochable que hay en la corte, y si lo acepta, condenad al secretario Wurm a arrastrar tres años el grillete.

EL PRESIDENTE. (Mordiéndose los labios.)-¡Diablo!

WURM.- Es ni más ni menos lo que digo. La madre... la estupidez en persona... con su sencillez me ha dicho ya demasiado.

EL PRESIDENTE. (Paseándose y reprimiendo su ira.)- ¡Bueno! ¡Esta misma mañana!

WURM.- Que no olvide V. E. que el Mayor... es el hijo de mi señor.

EL PRESIDENTE.- Miraré por vos.

WURM.- Y que el servicio de libraros de una nuera, que os repugna...

EL PRESIDENTE.- ¿Merece como premio que os ayude a encontrar una mujer? ¡También esto, Wurm!

WURM. (Inclinándose gozoso.)- ¡Siempre vuestro, bondadoso señor! (Hace ademán de irse.)

EL PRESIDENTE.- En cuanto a lo que os he confiado antes, Wurm... (Amenazándole.) Si llegáis a divulgarlo...

WURM. (Sonriendo.)- En ese caso mostráis mis firmas falsificadas. (Vase.)

EL PRESIDENTE.- A la verdad, te tengo seguro. Téngote preso en tu misma maldad, como el cigarrón por el hilo.

UN AYUDA DE CÁMARA. (Entrando.)- ¡El Mariscal Kalb!

EL PRESIDENTE.- ¡Qué oportunidad!... ¡Cuánto me alegro (Vase el Ayuda de cámara.)

ESCENA VI.

El Mariscal KALB, vestido de corte lujosamente, aunque sin gusto, con llave de gentilhombre, dos relojes y una espada, sombrero bajo y con el cabello a la herissón. Se acerca al Presidente con grandes aspavientos, y difunde por el parterre un fuerte olor a ámbar.- El PRESIDENTE.

KALB. (Abrazándolo.)- ¡Ah! ¡Buenos días, querido! ¿Cómo habéis descansado? ¿cómo dormido?... Dispensadme que tan tarde tenga el placer... negocios urgentes... la lista de la cocina... las tarjetas de visita... el arreglo de la partida de hoy en trineos... ¡Ah!... y además había de estar en Palacio a la hora de levantarse S. A., para anunciarle el tiempo que hace.

EL PRESIDENTE.- Sí, Mariscal, no podíais faltar.

KALB.- Un bribón de un sastre me ha detenido también.

EL PRESIDENTE.- Y sin embargo, siempre valiente y dispuesto.

KALB.- Hay más todavía... Bien vienes mal, si vienes solo. ¡Oíd!

EL PRESIDENTE. (Distraído.)- ¿Es posible?

KALB.- ¡Escuchadme! Apenas me había apeado del carruaje cuando se asustaron los caballos, se encabritaron, y se dieron tales trazas, que ¡oh desastre! me llenaron de lodo los pantalones. ¿Que hacer en este trance? ¡Poneos, por Dios, en mi lugar, Barón! ¡Y estaba allí, y era ya tarde! Es una jornada... ¡y presentarme así ante S. A.! ¡Justo Dios! ¿Qué se me ocurrió entonces? Finjo un desmayo; me llevan entre todos al coche; llego volando a mi casa... cambio de traje... vuelvo... ¿Qué diréis?... y soy el primero en la antecámara... ¿Qué tal?

EL PRESIDENTE.- Rasgo sublime del ingenio humano... Pero dejemos esto, Kalb. ¿Habéis hablado ya con el Duque

KALB. (Pavoneándose.)- Veinte minutos y medio.

EL PRESIDENTE.- Confieso que... ¿y sin duda me traéis alguna nueva importante?

KALB. (Serio, después de un momento de silencio.)- Su Alteza lleva hoy su vestido de castor amarillo.

EL PRESIDENTE.- ¿Es posible?... No, Kalb, tengo reservada mejor noticia para vos... ¿no es acaso una novedad que lady Milford será esposa del Mayor Fernando Walter?

KALB.- ¿Cómo?... ¿Y es cosa decidida?

EL PRESIDENTE.- Está ya firmado, Mariscal; y me haríais un favor insigne, si fuerais en seguida a preparar a lady Milford a recibir su visita, y si divulgarais la resolución de Fernando en toda la corte.

KALB (Encantado.)- ¡Oh, con toda mi alma, querido!... ¿Qué más puedo yo desear?... Voy allá volando. (Lo abraza.) Adiós... dentro de tres cuartos de hora lo sabrá toda la ciudad. (Vase saltando.)

EL PRESIDENTE (Riéndose, y siguiéndolo con la vista.)- ¡y se dice que criaturas semejantes no sirven en el mundo para nada!... Ahora ha de consentir Fernando, o todos quedan por embusteros. (Llama, y viene Wurm.) Que entre mi hijo. Vase Wurm, y el Presidente se pasea pensativo.)

ESCENA VII.

FERNANDO.- EL PRESIDENTE.- WURM, que se va en seguida.

FERNANDO.- Habéis mandado, padre mío…

EL PRESIDENTE.- He de hacerlo así, por desgracia, siempre que quiero tener el placer de ver a mi hijo… ¡Déjanos solos, Wurm!… Fernando, hace largo tiempo que te observo, y echo en ti de menos esos rasgos francos y vivos de la juventud, que antes me regocijaban con extremo. Una tristeza singular se ve pintada en tu rostro. Huyes de mí… huyes de tus amigos… ¿Qué es eso? Mejor se dispensan a tu edad mil extravagancias que una melancólica manía. Reserva éstas para mí, ¡oh hijo querido! Que yo trabajé sólo en hacerte feliz, y no pienses en otra cosa que en prestarte indiferente a la realización de mis proyectos… ¡Ven y abrázame, Fernando!

FERNANDO.- ¡Muy bondadoso parecéis hoy, padre!

EL PRESIDENTE.- ¡Hoy, bribón!… ¡y hasta pronuncias ese hoy con sus puntas de malicia!… (Con seriedad.) Fernando ¿por amor a quién he recorrido una senda peligrosa hasta llegar al corazón del Príncipe? ¿Por amor de quién he roto con mi conciencia y con el cielo?… ¡Oye, Fernando!… Hablo con mi hijo… ¿A quién, dejo yo desembarazado o puesto, después de expulsar a mi predecesor?… suceso que desgarra tanto más cruelmente mi corazón, cuanto mayor es mi empeño en ocultar al mundo su puñal. ¡Escúchame, Fernando! ¿En favor de quién hago yo todo esto?

FERNANDO. (Que retrocede con horror.)-¡No por mí, padre mío! El reflejo sangriento de este delito no debe caer sobre mí. ¡Por Dios Omnipotente! Vale más no haber nacido que servir de pretexto a esa maldad.

EL PRESIDENTE.- ¿Qué es eso? ¿Qué? Pero, en fin, lo excuso en una cabeza novelesca… ¡Fernando!… ¡no quiero encolerizarme, joven irreflexivo!… ¿Así me pagas mis noches de insomnio? ¿Así mis incesantes cuidados? ¿Así los remordimientos eternos de mi conciencia?… Mío es el peso de la responsabilidad… mía la maldición, para mí el rayo de la justicia… Tú recibes la dicha de segunda mano… el crimen no alcanza al heredero.

FERNANDO (levantando al cielo la mano derecha.)- Con toda solemnidad renuncio yo a una herencia acompañada de una memoria horrible de mi padre.

EL PRESIDENTE.- ¡Oye, joven, no me irrites!… Si todo fuese a medida de tus deseos, te arrastrarías por el polvo mientras vivieras.

FERNANDO.- Preferible sería, oh padre, a arrastrarme alrededor de un trono.

EL PRESIDENTE. (Reprimiendo su cólera.)-Jum… Es preciso, pues, forzarte a que tú mismo comprendas tu ventura. Tú llegas jugando, como en sueños, a donde no se acercan otros muchos después de infinitos esfuerzos. A los doce años eras alférez, y a los veinte coronel. He conseguido del Príncipe que puedas abandonar el uniforme, y entrar en el Ministerio. El Príncipe habló del Consejo secreto… de embajadas… de gracias extraordinarias. Una magnífica perspectiva se te ofrece… un camino llano te aproxima al trono… al mismo trono, si el poder, por otra parte, vale tanto como sus signos externos… ¿No te entusiasma esto?

FERNANDO.- Mis ideas sobre la dicha y la grandeza no están de acuerdo con las vuestras… Vuestra felicidad, por lo común, sólo por la corrupción se manifiesta. Envidia, miedo, maldición son los tristes espejos en que se mira sonriente el potentado desde la altura… Lágrimas, desesperación e imprecaciones, los horrendos manjares, con que se llenan esos venturosos tan celebrados; con ese licor se embriagan, y así llegan vacilantes ante el trono de Dios… El ideal de mi dicha se reconcentra satisfecho en mí mismo. En mi corazón yacen sepultados todos mis deseos…

EL PRESIDENTE.- ¡Magistral, inmejorable, sublime! La primera lección que recibo después de treinta años… ¡Lástima que mi cabeza de cincuenta sea ya demasiado dura para aprenderla!… Sin embargo… para que tu raro talento no se enmohezca, pondré alguien a tu lado para que puedas emplear a tu placer esa extraña locura que te domina… Acordarás… acordarás hoy mismo… tomar esposa.

FERNANDO. (Retrocediendo asustado.)-¡Padre mío!

EL PRESIDENTE.- Sin cumplimientos… He enviado una tarjeta en tu nombre a lady Milford. No tardes en visitarla y decirle que eres su futuro esposo.

FERNANDO.- ¿A la Milford, padre mío?

EL PRESIDENTE.- Si tú la conoces…

FERNANDO. (sin poderse contener.)- ¿No es el padrón de ignominia del Ducado?… Pero me hago ridículo, oh querido padre, tomando en serio vuestras bromas.

¿Consentiríais acaso en llamaros padre de un bribón, que se casara con una prostituta privilegiada?

EL PRESIDENTE.- Antes bien, yo mismo la pretendería, si no me lo impidieran mis cincuenta años… ¿No quisieras ser tú el hijo de un padre tan bribón?

FERNANDO.- ¡No, tan cierto como Dios existe!

EL PRESIDENTE.- Un insulto ¡por mi honor! que solo por su rareza te perdono…

FERNANDO.- Os suplico, padre mío, que no me dejéis más tiempo en tal disposición de ánimo, que sea insoportable para mí llamarme vuestro hijo.

EL PRESIDENTE.- Joven, ¿estás loco? ¿Que persona razonable no ambicionaría la distinción de sustituir en ocasiones a su Soberano?

FERNANDO.- Sois para mi un enigma, padre mío. ¿Distinción le llamáis?… ¿Distinción el compartir con el Príncipe lo que tanto envilece hasta el vulgo? (EL Presidente suelta una carcajada.) ¡Reíd… yo proseguiré! ¿Con que rostro me presentaré delante del más humilde jornalero, que a lo menos recibe en dote el cuerpo entero de su esposa? ¿Cómo ante el mundo, ante el Príncipe, ante esa misma cortesana, que lavaría de buen grado en mi honor el estigma del suyo?

EL PRESIDENTE.- ¿En qué rincón del mundo, oh joven aprendes tales cosas?

FERNANDO.- ¡Yo os conjuro por el cielo y por la tierra! Este envilecimiento de vuestro hijo, oh padre, no puede haceros tan feliz como hace a él desdichado. Os doy mi vida, si sirve en algo a vuestra ambición. Por vos vivo, y me importa poco sacrificarme en aras de vuestra grandeza… Mi honor, padre… si me lo arrebatáis, ¿a qué el censurable juego de darme la vida, para que yo maldiga al padre y al alcahuete?

EL PRESIDENTE. (Con cariño, y tocándole en el hombro.)¡Bravo, querido hijo! Ahora comprendo que eres un hombre en toda la extensión de la palabra, y digno de la mejor mujer del Ducado… Así será… Hoy al mediodía, te desposarás con la Condesa de Ostheim.

FERNANDO. (Atónito de nuevo.)- ¿Se ha fijado esa hora para aniquilarme?

EL PRESIDENTE. (Mirándolo con recelo.)- Tu honor, según creo, nada podrá objetar a mi proposición.

FERNANDO.- ¡No, padre mío! Federica de Ostheim podrá hacer felicísimo a otro cualquiera. (Aparte, lleno de confusión.) Su bondad acaba de desgarrar ahora la parte de mi corazón que había dejado intacta su maldad.

EL PRESIDENTE. (Sin apartar de él los ojos.)-Espero la expresión de tu gratitud, Fernando…

FERNANDO. (Cogiéndole la mano, y besándosela con fervor.)-

¡Padre! vuestra generosidad inflama todos mis sentimientos… ¡Padre! mi gratitud más ferviente por vuestras benévolas intenciones… Vuestra elección es irreprochable… pero… no puedo… no oso… ¡compadeceos de mí!… no puedo amar a la Condesa…

EL PRESIDENTE. (Retrocediendo un paso.)-¡Hola! Atrapé al cabo al caballero. ¡Cayó, pues, en el lazo el joven hipócrita!… No era el honor el que te impedía casarte con la inglesa… No la mujer, el casamiento te repugnaba. (Fernando, que al principio se queda como petrificado, hace ademán de irse.) ¿Adónde vas? ¡Detente! ¿Es así como me muestras el debido respeto? (El Mayor retrocede.) Han anunciado ya tu visita en casa de la Inglesa. He dado al Príncipe mi palabra. La ciudad y la corte entera lo saben… Si me dejas por embustero ante el Príncipe, oh joven… ante lady Milford, ante la ciudad… si me dejas por embustero ante la Corte… entonces, oh joven, podré aludir yo a ciertas historias… ¡Detente! ¡Hola! ¿qué significa ese rubor repentino que enciende tu rostro?

FERNANDO. (Blanco como la nieve, y temblando.)- ¿Cómo? ¿Qué? Nada hay de cierto en eso, padre mío.

EL PRESIDENTE. (Echándole una mirada terrible.)- ¿Y si lo es?… ¿Y si encuentro yo la causa de esa resistencia tuya?… ¡Ah, joven! La sola sospecha de su certeza me hace delirar de rabia. ¡Vete ahora mismo! La parada comienza. ¡A casa de Milady, en cuanto sepas la palabra de orden!… Si yo me presento, el Ducado tiembla. Veremos si la obstinación de un hijo me doma. (Se aleja y vuelve.) ¡Te repito, joven, que has de ir allá, o huir de mi enojo! (Vase.)

FERNANDO. (Como si despertara de una pesadilla.)- ¡Se ha ido! ¿Era esa la voz de mi padre?… Sí; iré… yo iré… le diré ciertas cosas… le presentaré un espejo… ¡infame! y si entonces insistes en pedir mi mano… ante toda la nobleza, el ejército y el pueblo… revístete con todo el orgullo de tu Inglaterra… yo, joven alemán, te rechazo ignominiosamente. (Vase corriendo.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Sala en el palacio de lady Milford; a la derecha un sofá. Y a la izquierda un piano.

MILADY, vestida a la negligé, aunque de una manera encantadora, sin peinarse, está sentada en el piano preludiando; SOFÍA, su doncella de cámara, deja al mismo tiempo la ventana.

SOFÍA.- Los oficiales se separan. Terminó la parada… pero yo no he visto a Walter.

MILADY. (Muy inquieta, levantándose, y paseándose por la sala.)- No sé como me encuentro hoy, Sofía… Jamás me he sentido así… ¿No lo has visto, pues?… Sin duda… No se apresurará… Como un crimen pesa sobre mi conciencia… ¡Vete, Sofía!… que me enjaecen el caballo más fogoso de la caballeriza. Quiero correr al aire libre… ver hombres y el cielo azul, y me aliviaré acaso cabalgando.

SOFÍA.- Si os sentís molesta, Milady… reunid aquí gente; que el Duque juegue, o poned ante vuestro sofá la mesa del *hombre*. Si el Príncipe y toda su corte dependieran de mí, y me pasase por la imaginación algún capricho…

MILADY. (Dejándose caer en el sofá.)-Suplícote que te compadezcas de mí. Un diamante te doy por cada hora en que me libres de ellos. ¿He de tapizar mi gabinete con tales personajes?… Son bribones o miserables que se asustan cuando se me escapa alguna palabra generosa, y abren boca y narices como si contemplaran un fantasma… esclavos de un muñeco, que yo manejo tan fácilmente como mi hilo. ¿Qué he de hacer con esos seres, cuya alma se mueve con tanta uniformidad como sus relojes? ¿Qué placer me ofrecerá preguntarles algo, si ya de antemano conozco sus respuestas? ¿He de hablar con ellos, si su opinión, con toda certeza, ha de ser igual a la mía?… ¡Lejos de mí! Es triste montar un caballo que ni aun tascar el freno sabe. (Acércase a la ventana.)

SOFÍA.- Sin embargo, exceptuaréis sin duda al Príncipe… al más bello… al amante más apasionado… al ingenio más agudo de todo el Reino.

MILADY. (Que vuelve.)- Porque este Reino es suyo… y sólo un principado, oh Sofía, puede servir de tolerable excusa a mi capricho… ¿Dices que me tienen envidia? ¡Pobrecilla! Lástima debieran tenerme. Entre todos los que viven a expensas de la Majestad soberana, el más desdichado es la favorita, porque ella sola conoce la pequeñez del rico y del poderoso Príncipe… Verdad es que, en virtud de su poder, evoca de la tierra la satisfacción de mis deseos, como si dispusiera de un talismán encantado… Haría servirme a la mesa manjares de las dos Indias… trocaría desiertos en paraísos… haría llegar hasta las nubes las fuentes de su territorio, o gastaría en fuegos artificiales la médula de los huesos de sus súbditos… Pero ¿puede también ordenar a su corazón que lata con fuego y con grandeza, al compás de otro corazón grande y fogoso? ¿Puede sugerir a su cerebro árido un solo pensamiento bello?… Siento el hambre, estando hartos mis sentidos. ¿Para qué me aprovechan mis buenas ideas, si solo he de ahogar emociones?

SOFÍA- (Observándola admirada.)- ¿Cuánto tiempo hace, Milady, que estoy a vuestro servicio?

MILADY.- ¿Lo dices porque hoy me conoces al fin?… Verdad es, querida Sofía… He vendido mi honor al Príncipe, pero mi corazón se ha quedado libre… un corazón, bien mío, acaso digno de un hombre… sobre el cual el aire persistente de la costa se ha deslizado como el aliento sobre un espejo… Créeme, querida; tiempo largo ha que hubiese abandonado a este pobre Príncipe, si mi ambición no se resistiera a ceder a otra mi rango en la Corte.

SOFÍA.- Y ese corazón ¿se ha sometido a vuestra ambición tan voluntariamente?

MILADY. (Animada.)- ¡Como si no se hubiese ya vengado!… ¡Como si no se vengara ahora mismo!… ¡Sofía! (Con intención, y poniendo su mano en el hombro de Sofía.) ¿Nosotras las mujeres hemos de elegir entre señores y esclavos; pero el placer más sublime del mundo es sólo un auxiliar miserable, si nos está vedado el supremo, el de ser esclavas del hombre a quien amamos.

SOFÍA.- Verdad, Milady, aunque no esperaba nunca oírla de vuestros labios.

MILADY.-¿Y por qué no, mi Sofía? La manera pueril con que llevamos el cetro ¿no demuestra que sólo servimos para gastar andadores? ¿No observas que mis caprichos superficiales… que mis placeres ruidosos no se proponen otro fin que ahogar pasiones indomables que bullen en mi pecho?

SOFÍA. (Retrocediendo asustada.)- ¡Señora!

MILADY. (Con más calor.)- ¡ Satisfácelas! ¡Dame el hombre por quien suspiro… a quien adoro… que muera yo, Sofía o que sea mío! (Con ternura.) Oiga yo de su boca que las lágrimas del amor son más bellas en nuestros ojos que los diamantes en nuestra cabeza… (Con entusiasmo) y depongo a los pies del Príncipe su corazón y su principado, y huyo con este hombre, huyo con él al desierto más remoto del universo.

SOFÍA. (Mirándola horrorizada.)- ¡Cielos! ¿Que hacéis? ¿Qué tenéis, Milady?

MILADY. (conmovida.)- ¿Palideces? ¿He dicho demasiado? Que mi confianza en ti selle tus labios… Oye más… óyelo todo.

SOFÍA. (Mirándola con angustia.)- Temía, Milady… temía… no quiero oír más.

MILADY.- El casamiento con el Mayor… tú y todos lo califican de intriga cortesana… Sofía… no te ruborices… no me censures… es la obra… de mi amor.

SOFÍA.- ¡Santo Dios! Ya lo presumía.

MILADY.- Se han dejado engañar, Sofía, el débil Príncipe… el sagacísimo Walter… el estúpido Mariscal… Todos y cada uno de ellos jurarán que es el medio infalible de asegurarme el Duque, de estrechar más nuestra unión… Si… de romperla para siempre, de romper para siempre estas cadenas vergonzosas… ¡Impostores engañados! ¡vencidos por una débil mujer! Vosotros mismos me traeréis a quien amo. He aquí lo que yo pretendía… Téngalo al fin… téngalo yo… y entonces, ¡adiós para siempre abominable poder!

ESCENA II.

Los mismos y un viejo AYUDA DE CÁMARA del Príncipe con un estuche de joyas.

EL AYUDA DE CÁMARA.- S. A. S. el Duque saluda a Milady, y le envía estos brillantes para su boda. Llegan ahora de Venecia.

MILADY.- (Que abre el estuche, y retrocede horrorizada.) ¿Cuánto han costado estas joyas al Duque?

EL AYUDA DE CÁMARA.- No le cuestan nada.

MILADY.- ¿Cómo? ¿Estás loco? ¿Nada?... Y (Alejándose de él un paso.) ¡tú me miras como si quisieras atravesarme el corazón!... ¿Nada la cuestan estas pedrerías, de un precio incalculable?

EL AYUDA DE CÁMARA.- Ayer salieron para América siete mil jóvenes del país... que lo pagan todo.

MILADY. (Que deja en la mesa el estuche de repente, se pasea por la sala, y después de una pausa se vuelve hacia el Ayuda de cámara.) ¿Qué tienes, hombre? ¿Lloras acaso?

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que se enjuga las lágrimas, con voz cavernosa y temblando.)- Piedras preciosas como estas... me cuestan también dos hijos.

MILADY. (Que se vuelve también azorada, y coge su mano.)- Pero no a la fuerza...

EL AYUDA DE CÁMARA. (Sonriendo horriblemente.)- ¡Oh Dios!... No... sin duda voluntarios... Verdad es que algunos aturdidos, saliéndose de las filas, preguntaron a los coroneles cuánto daban al Príncipe por la esclavitud de sus súbditos... Pero nuestro clemente Soberano llevo a los regimientos a la plaza de Armas, e hizo fusilar a los habladores... Oímos sonar las descargas, vimos los sesos por el suelo, y todo el ejercito grito: «¡Viva! ¡A América!»

MILADY. (Dejándose caer horrorizada en el sofá.)- ¡Dios Mío, Dios mío!... ¡No oír yo nada! ¡No notar nada!

EL AYUDA DE CÁMARA.- Sí, bondadosa señora... ¿Por qué en compañía de nuestro Duque cazabais los osos, cuando tocaban la marcha de despedida?... No debierais haber faltado en el instante solemne, en que anunciaron los tambores la partida, cuando pobres huérfanos, llenando los aires con sus clamores, seguían a sus padres, o madres desesperadas corrían de aquí para allá para ensartar en las bayonetas a sus niños de pecho, o se separaba a sablazos a los novios, o estábamos allí los ancianos desolados, y algunos tiraban sus muletas deseando acompañar al Nuevo Mundo a los... ¡Oh! y todo esto al son de los tambores para que nada oyera el que todo lo oye.

MILADY. (Levantándose muy conmovida.)-¡Llevaos esas joyas!... iluminan mi corazón con resplandores infernales. (Con dulzura, al Ayuda de cámara.) ¡Sosiégate, pobre anciano! ¡Volverán! ¡Verán de nuevo a su patria!

EL AYUDA DE CÁMARA.- ¡Díos solo sabe... si eso será!... Todavía, al llegar a las puertas de la ciudad, gritaban mirando hacia atrás: «¡Quedaos con Dios, mujeres e hijos! ... ¡Viva nuestro Soberano!... ¡Hasta el día de juicio!»

MILADY. (Paseándose muy agitada.)-¡Abominable! ¡Horrible!... Decíanme que yo había enjugado todas las lágrimas de este país... La verdad, en su espantosa desnudez, me abre los ojos... Anda... di a tu señor... ¡yo le daré las gracias personalmente! (El Ayuda de cámara hace ademán de irse, y ella le echa en el sombrero una bolsa de dinero.) Y toma esto por haberme dicho la verdad.

EL AYUDA DE CÁMARA. (Devolviéndosela con desprecio.) Juntadla con lo demás.

MILADY. (Siguiéndolo admirada con la vista.)-¡Corre tras él, Sofía, y pregúntale su nombre! Verá de nuevo a sus hijos. (Vase Sofía; Milady se pasea meditabunda; a Sofía, que vuelve.) ¿No has oído decir hace poco, que el fuego había devorado una población de la frontera, y reducido a la miseria a cuatrocientas familias? (Llama.)

SOFÍA.- ¿Qué idea es esta ahora? Sin duda es así, y la mayor parte de esos desdichados, en la actualidad, sirven a sus acreedores como esclavos, o perecen en las minas de plata de nuestro Príncipe.

UN CRIADO. (Que llega.)- ¿Qué manda Milady?

MILADY. (Dándole el estuche.)- ¡Que lleven esto sin tardanza a esa región abrasada!... Que se vendan al punto esas joyas, que yo lo ordeno, y que su precio se distribuya entre las cuatrocientas familias arruinadas por el incendio.

SOFÍA.- Reflexionad, señora, que os exponéis a la mayor desgracia.

MILADY. (Con dignidad.)- ¿Y he de llevar la maldición de todos sobre mi cabeza? (Hace

una señal al criado, y este se va.) ¿Quieres acaso que yo sucumba bajo el peso de tantas lágrimas? Anda, Sofía… Vale más piedras falsas en los cabellos, que soportar ese peso en el corazón.

SOFÍA.- ¡Pero alhajas como esas! ¿No hubierais podido dar las peores? En verdad, Milady, que vuestra conducta es imperdonable.

MILADY.- ¡Loca! En cambio se derramarán en mi honor más perlas y brillantes que las que adornan las diademas de diez reyes, y más bellas…

EL CRIADO. (Que vuelve.)- ¡El Mayor Walter!

SOFÍA. (Acercándose a Milady.)- ¡Dios mío! ¡Que pálida os ponéis!

MILADY.- El primer hombre que me asusta… ¡Sofía!… (Al criado.) ¡Me siento mal, Eduardo!… ¡Detente!… ¿Parece alegre? ¿Se ríe? ¿Que dice? ¡Oh Sofía! ¿No es verdad que he de parecerle antipática?

SOFÍA.- Os suplico, Milady…

EL CRIADO.- ¿Ordenáis que lo despida?

MILADY. (Balbuceando.)- Será bien venido para mí. (Vase el criado.) Habla, Sofía… ¿qué le digo? ¿Cómo lo recibo? Quedaré muda… se burlará de mi debilidad… me… ¡oh! ¡que triste presentimiento!… ¿Me abandonas, Sofía?… ¡quédate!… Pero no… vete… ¡No, no te vayas! (El Mayor atraviesa la antesala.)

SOFÍA.- ¡Reanimaos! ¡Ahí está ya!

ESCENA III.

Los mismos.- FERNANDO WALTER.

FERNANDO. (Haciendo una ligera cortesía.)-Si os interrumpo, señora…

MILADY. (Latiéndole el corazón visiblemente)-Nada, señor Mayor. ¿Que cosa más importante para mí?…

FERNANDO.- Vengo por orden de mi padre…

MILADY.- Se lo agradezco en el alma.

FERNANDO.- Para anunciaros que nos casamos… Tal es la comisión de mi padre.

MILADY. (Que se pone descolorida, y tiembla.)- ¿No el lenguaje de vuestro corazón?

FERNANDO.- Los Ministros y los alcahuetes no se ocupan nunca en esto.

MILADY. (Tan angustiada, que no puede hablar.)- Y ¿por vuestra parte nada tenéis que añadir?

FERNANDO. (Mirando a Sofía.)- mucho.

MILADY. (Haciendo una seña a Sofía, que se aleja.)- ¿Queréis tomar asiento en este sofá?

FERNANDO.- ¡Seré conciso, Milady!

MILADY.- Y bien…

FERNANDO.- Soy un hombre de honor.

MILADY.- A quien estimo como es justo.

FERNANDO.- Un caballero.

MILADY.- El mejor del Ducado

FEMANDO.- Y oficial.

MILADY. (Con lisonja.)- Cualidades son esas comunes a otros ¿Por qué omitís las que os son peculiares?

FERNANDO. (Con frialdad.)- Ahora son inútiles.

MILADY. (Con angustia creciente.)- Pero ¿qué debo pensar, de ese exordio?

FERNANDO. (Lentamente, y con intención.)-Como el reproche del honor, si tenéis el capricho de forzarme a daros la mano.

MILADY. (Levantándose.)- ¿Que significa esto, señor Mayor?

FERNANDO. (Con calma.)- El lenguaje que me sugiere mi corazón… mi nobleza… y esta espada.

MILADY.- El Príncipe os dio esa espada.

FERNANDO.- Me la dio la Patria por mediación del Príncipe… Dios, mi corazón… y mi nobleza, cinco siglos.

MILADY.- El nombre del Duque…

FERNANDO. (Con calor.)- ¿Puede acaso el Duque quebrantar a su capricho las leyes humanas, labrar acciones como labra moneda?… Él mismo no puede elevarse sobre el honor, pero sí sellar sus labios con oro. Puede ocultar la vergüenza bajo su manto de armiño. Por Dios, Milady, no hablemos más de esto… La cuestión no es ahora sobre proyectos frustrados, ni sobre antigüedad de la alcurnia… ni sobre la milicia… o la opinión pública. Estoy dispuesto a hollar todo esto bajo mis plantas, si llegáis a convencerme de que el precio del sacrificio no es peor que el sacrificio mismo.

MILADY. (Alejándose de él afligida.)- ¡Señor Mayor! Sois injusto conmigo.

FERNANDO. (Tomando su mano.)-Perdonadme. Hablemos aquí sin testigos. La circunstancia que nos reúne a los dos ahora, nunca más en adelante, me autoriza, me obliga a revelaros mis sentimientos más secretos… No puedo explicarme que una señora de tanta belleza y tanto talento… prendas ambas tan estimadas por todos los hombres, se haya entregado a un Príncipe que solo admira en ella a su sexo, y que esta misma señora no se avergüence de ofrecer su corazón a otro.

MILADY. (Mirándolo fijamente con dignidad.)-¡Decidió todo, sin miedo!

FERNANDO.- Os llamáis inglesa. Permitidme… yo no puedo creer que lo seáis. La hija libre de la nación más libre del orbe… y tan orgullosa, que ni aun alaba la virtud extranjera… jamás puede ser esclava del vicio extranjero. No es posible que seáis inglesa… o el corazón de esta inglesa es tan pequeño, como grande y osado el que late en el pecho de sus conciudadanos.

MILADY.- ¿Habéis concluido ya?

FERNANDO.- Se podría responder que es vanidad mujeril… pasión… temperamento… inclinación al placer; que es ya harto frecuente que la virtud sobreviva al honor; que muchas, después de deshonrarse, se han reconciliado más tarde con el mundo por sus nobles acciones, y redimido su vergonzoso tráfico, haciendo de él un uso benéfico… Pero

¿cuál es la causa de que este país, se vea atormentado de tan insoportables exacciones, antes desconocidas?... Y esto se hace en nombre del Duque... He concluido.

MILADY. (Afable y dignamente.)- Por vez primera, oh Walter, suenan tales discursos en mis oídos, y sois también el único hombre, a quien yo, después de escucharlos, contesto. Al rechazar mi mano, os estimo; os perdono que me calumniéis, pero no creo que lo hagáis seria y deliberadamente. Cualquiera que se singulariza, ofendiendo de ese modo a una señora, que puede perderlo es una sola noche, o sabe que esa señora es demasiado generosa, o carece de razón... Que Dios Omnipotente, el que nos reunirá más adelante al Príncipe, a vos y a mí, os perdone, el cargo que me hacéis de causar yo la ruina del país... Pero en mí habéis provocado a las inglesas, y a tales invectivas debe contestar mi Patria.

FERNANDO. (Apoyándose en su espada.)-Tengo curiosidad de oíros.

MILADY.- Sabed, pues, lo que, excepto a vos, a nadie he confiado, ni a nadie confiaré... Yo no soy, oh Walter, la aventurera que creéis. Podría envanecerme y afirmar que soy de sangre de Príncipes, de la familia desdichada de Tomás Norfolk, que se sacrificó por María, Reina de Escocia... Mi padre, primer chambelán de Palacio, fue acusado de traición por mantener relaciones con Francia, condenado por un fallo del Parlamento, y decapitado... La Corona se apropió nuestros bienes. Fuimos todos desterrados. Mi madre murió el misma día del suplicio de mi padre. Yo... niña de unos catorce años... me refugié en Alemania, con mi aya... una cajita de joyas... y esta cruz de mi familia, que mi madre moribunda me puso al cuello con sus manos. (Fernando se queda pensativo, y la mira con interés; ella prosigue con mayor animación.) Enferma... sin nombre... sin apoyo ni fortuna. Yo nada sabía más que algunas palabras de francés... labores ligeras de aguja... y tocar el piano... y en cambio sabía comer en vajilla de oro y plata, dormir bajo colchas de damasco, poner en movimiento a diez criados a una leve señal, y escuchar las lisonjas de los grandes... Seis años transcurrieron así llorando... Mi última joya voló... Mi aya murió, y mi destino condujo a Hamburgo a vuestro Duque. Paseándome un día a orillas del Elba, observé su corriente, y comencé a cavilar si sus aguas serían más profundas que mi dolor... El Duque me vio, me siguió, y averiguo en donde vivía... postróse a mis pies, y juró amarme. (Detiénese conmovida, y después prosigue con voz lastimera.) Todas las imágenes de mi infancia reaparecieron, con su brillo seductor... Lo porvenir, inconsolable, se me ofrecía negro como la tumba... Mi corazón ardía en deseos de encontrar otro corazón... Yo me entregué al suyo. (Alejándose de él.) Condenadme ahora.

FERNANDO. (Muy conmovido, corre a ella, y la detiene.)- ¡Milady! ¡Oh cielos! ¿Qué digo? ¿Qué he hecho?... Mi falta es horrorosa. No es posible que me la perdonéis.

MILADY. (Que vuelve a intenta animarse.)-¡Oíd más! El Príncipe, a la verdad, sorprendió mi juventud inexperta; pero la sangre de los Norfolk, rebelándose, me decía: «Tú, Emilia, Princesa por tu nacimiento, ¿has llegado a ser la concubina de un Príncipe?» Mi orgullo y mi destino luchaban en mi pecho, cuando el Duque me trajo aquí, y se presentó ante mis ojos la escena más horrenda... El deleite de los potentados de este mundo es insaciable hiena que busca sus víctimas con hambre jamás harta... Habíase ensañado cruelmente en este país... separando al amante de su amada... rompiendo el santo vínculo del matrimonio... ya acabando con la tranquila felicidad de las familias... ya infundiendo contagio pestífero en corazones jóvenes o inexpertos; y discípulas moribundas, entre reproches y maldiciones, se avergonzaban del nombre de su maestro... Yo me interpuse entre el tigre y el cordero; arranqué de los labios del Príncipe un juramento, explotando un instante de pasión, y cesaron desde entonces los sacrificios.

FERNANDO.- (Recorriendo la sala con la mayor inquietud.) ¡No más, Milady! Basta ya.

MILADY.- A tan triste período siguió otro más triste aún. La Corte y el serrallo estaban llenos de la hez de Italia. Frívolas parisienses jugaban con el temido cetro, y el Pueblo era víctima sangrienta de sus caprichos... Todas ellas desaparecieron. Cayeron a mi vista en el polvo una tras otra, porque yo sola era más coqueta que todas juntas. Yo arrebate las riendas al tirano, adormeciéndolo con mis arrullos... Tu patria, Walter, conoció por vez primera que una mano vigorosa la regia, y se abandonó confiada a mi tutela. (Pausa: míralo con dulzura.) ¡Oh! ¿Por qué razón el único hombre, de quien yo desearía ser conocida, ha de obligarme a alabarme y a hacer ostentación de mi modesta virtud? Yo, Walter, he abierto muchos calabozos... rasgado sentencias de muerte, y abreviado condenas perpetuas a galeras. Bálsamo consolador he vertido por lo menos en incurables heridas... confundido en el polvo a poderosos criminales, y salvado a menudo la causa de la inocencia con mis lágrimas de cortesana... ¡Cuán grato, oh joven, era esto para mí! ¡Con que orgullo rechazaba, mi corazón sus quejas, formuladas por mi sangre aristocrática!... Y el hombre que solo ahora podía recompensarme... el hombre, que por obra del destino había quizás de indemnizarme de mis anteriores sufrimientos... el que

ya abrazaba en mis sueños con ardor…

FERNANDO. (Interrumpiéndola muy conmovido)- ¡Es demasiado, es demasiado! Esto es contra nuestro pacto, Milady. Deberíais solo justificaros, y hacéis de mí un criminal. Ahorrad… yo os conjuro… ahorradme ese disgusto, y no desgarréis mi corazón, llenándolo de vergüenza y de cruel remordimiento.

MILADY. (Estrechando su mano.)- ¡Ahora o nunca! La heroína se ha mostrado ya con exceso… tú has de sentir ahora el peso de estas lágrimas (con mucha ternura.) Oye, Walter, si una desdichada… atraída hacia ti por una fuerza poderosa e irresistible… se acercase a ti rebosando su pecho, de amor ardiente e inagotable… ¡Walter! y tú pronunciaras entonces esa palabra fría de honor…; si esa desdichada… bajo el peso de su vergüenza… cansada del vicio… heroicamente exaltada por la voz de la virtud… así… se arrojase en tus brazos… (Lo abraza, y lo conjura solemnemente) salvada por ti… por ti devuelta al cielo; o (separando de él su rostro, y con voz temblona y sorda) habiendo de huir de tu imagen, y obedecer el grito horrible de la desesperación, para encenagarse aún más en el abismo repugnante del vicio…

FERNANDO. (Arrancándose de sus brazos, y afligido e inquieto con extremo.) ¡No! ¡por Dios omnipotente! no puedo sufrir esto… Milady, yo debo… mándanmelo el cielo y la tierra… yo debo haceros una confesión, Milady.

MILADY. (Alejándose de él.)- ¡Ahora no! ¡Ahora no, por lo, más sagrado!… no en este momento crítico, en que mil agudos puñales llenan de sangre mi corazón… Sea mi muerte o mi vida… ¡no oso… no quiero oírlo!…

FERNANDO.- Sin embargo, sin embargo, estimable Lady, es preciso. Lo que he de deciros atenuará mi culpa, y me servirá de poderosa excusa de lo pasado… Me engañé al juzgaros, Milady. Esperaba… deseaba encontraros merecedora de mi desprecio. Vine aquí firmemente resuelto a ofenderos, y a excitar vuestro odio… ¡Felices ambos, si hubiese logrado mi propósito! (Deteniéndose, y prosiguiendo con timidez y en voz baja.) Yo amo, Milady… amo a una joven oscura… a Luisa Miller, hija de un músico. (Milady, pálida, se aleja: él continúa más animado.) Sé que abro a mis pies un abismo; pero aunque la prudencia imponga silencio a la pasión, el deber habla tanto más alto… Yo soy el culpable. Yo, el primero, le arrebaté la tranquila paz de su inocencia… infundí en su corazón exageradas esperanzas, y lo hice presa de violentos afectos… Recordaréis mi clase… mi nacimiento… las ideas de mi padre…; pero yo la amo… Mi deseo sube tanto más, cuanto más destrozada se halla la naturaleza bajo el peso de las conveniencias sociales… Mi resolución luchará con las preocupaciones… Veremos si sucumbe la moda, o si sucumbe la humanidad. (Milady se ha retirado mientras tanto a un rincón de la sala, y se oculta el rostro entre las manos. Él la sigue.) ¿Queréis decirme algo, Milady?

MILADY. (Expresando el dolor más profundo.)- ¡Nada, señor de Walter! Nada, sino que os precipitáis en el abismo, y a mí y a una tercera persona.

FERNANDO.- ¿También a una tercera?…

MILADY.- Juntos no podemos ya ser felices. Víctimas nos hace la precipitación de vuestro padre. Nunca será mío el corazón de un hombre que me da a la fuerza su mano.

FERNANDO.- ¿A la fuerza, Milady? ¿A la fuerza he de darla, y darla, sin embargo? ¿Podréis obligar a una mano, no a un corazón? ¿Arrebatará una joven un hombre, que es para ella el mundo entero? ¿A un hombre la doncella, el mundo entero para él? Vos, Milady… hace un instante la sublime inglesa… ¿podéis hacerlo?

MILADY.- Porque debo. (Con energía y seriedad.)- Mi pasión, Walter, cede ante la ternura que me inspiráis. Mi honor no puede ceder… Nuestro enlace es el objeto de la conversación de todo el país. Todas las miradas, todos los dardos de la maledicencia se dirigen contra nosotros. Mi oprobio será indeleble, si un súbdito del Príncipe me desprecia. Arreglaos con vuestro padre. Defendeos como podáis… yo hago estallar todas las minas. (Vase apresuradamente, el Mayor se queda mudo y estupefacto. Pausa. Después se retira con precipitación.)

ESCENA IV.

Aposento en casa del Músico.

MILLER, SU ESPOSA Y LUISA, que entran corriendo.

MILLER. (Muy inquieto.)- ¡Ya lo había yo pronosticado!

LUISA. (Con la mayor angustia.)- ¿Qué, padre? ¿Qué?

MILLER. (Paseándose como un loco.)- ¡Mi vestido de gala!. ¡Pronto!... debo anticiparme... ¡y una camisola blanca!... ¡Me lo figuré en seguida!

LUISA.- ¡Por Dios! ¿Que os habéis figurado?

SU MADRE.- ¿Qué hay, pues? ¿Qué es ello?

MILLER. (Que tira al suelo su peluca.)-¡Ahora... corriendo a casa del peluquero!... ¿Qué hay? (Poniéndose de un salto delante del espejo.) ¡Y mi barba, también de un dedo de larga!... ¿Qué hay?... ¿Qué será? ¡Di, carroña!... El diablo anda suelto, y la tempestad descargará sobre tu cabeza.

SU MUJER.- ¡Es claro! Todo descargará sobre mí.

MILLER.- ¿Sobre ti? ¡Sí, lengua maldita! y ¿sobre quien había de ser? Hoy por la mañana, con tu endiablado gentilhombre... ¿No lo dije entonces?... Wurm charló ya.

SU MUJER.- ¡Ah! ¿Es eso? ¿Cómo lo has de saber tú?

MILLER.- ¿Cómo lo he de saber?... Ahí... bajo el dintel de la puerta, hay un dependiente del Ministro preguntando por el músico.

LUISA.- ¡Estoy muerta!

MILLER.- Y ¡tú también, con tus ojos de oreja de ratón! (Ríese con malignidad.) He aquí la confirmación de lo que se dice: cuando el diablo pone un huevo en una casa, nace al dueño una hija linda... Ahora lo veo manifiesto.

SU MUJER.- ¿De dónde sabes tú que se trata de Luisa?... Quizás te hayan recomendado al Duque. Puede quererte para su orquesta.

MILLER. (Cogiendo apresuradamente su bastón.)- ¡Caiga sobre ti la lluvia de azufre de Sodoma!... ¡La orquesta!... ¡Sí; en la que tú, alcahueta, aullarás de tiple, y mi bastón hará de bajo! (Déjase caer en su asiento.)

LUISA. (Sentándose también, pálida como un cadáver.)- ¡Madre! ¡Padre! ¿Por qué mi sobresalto?

MILLER. (Levantándose.)- ¡Pero que pase una sola vez ese chupatinta a mi alcance!... ¡que pase!... ya en este mundo, ya en el otro... si no le rompo el cuerpo y el alma, y le imprimo en la piel los siete Mandamientos, y las siete súplicas del Padre Nuestro, y todos los libros de Moisés y de los Profetas, de suerte que se conserven las señales hasta el día de la resurrección de los muertos...

SU MUJER.- ¡Sí! ¡Jura y alborota! Así ahuyentarás al diablo. ¡Socórrenos, Dios Santo! ¿En dónde refugiarnos? ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de este trance? ¡Miller, di algo! (corre aullando por el aposento.)

MILLER -¡Voy a ver al Ministro! Yo mismo le hablaré... Yo en persona se lo diré. Tú lo sabías antes que yo. Podías habérselo indicado. Nuestra hija se hubiese dejado persuadir. Todavía era tiempo... pero no... lo importante era dar pábulo a la crítica; lo importante era que mordiese el anzuelo. ¡Y tú has echado leña en la hoguera!... ¡Bueno! Ahora guarda tu piel de alcahueta. ¡Traga ahora el manjar que has guisado! ¡Yo cargo con mi hija, y atravieso la frontera!

ESCENA V.

Los mismos y FERNANDO WALTER, que, sin aliento, entra apresuradamente.

FERNANDO.- ¿Ha venido mi padre?

LUISA. (Levantándose asustada.)- ¡Su padre! ¡Dios Todopoderoso!

SU MADRE. (Juntando las manos.)- ¡El Presidente! Todo se acabó.

MILLER. (Riendo con malicia.)- ¡Loado sea Dios! ¡Loado sea Dios! ¡Ya empieza la fiesta!

FERNANDO. (Corriendo hacia Luisa, y estrechándola en sus brazos.)- ¡Tú eres mía, aunque el cielo y el infierno se interpongan entro nosotros!

LUISA.- ¡Mi muerte es segura!... ¡Habla!... Has pronunciado un nombre horrible... Tu padre.

FERNANDO.- Nada. Nada. Ya pasó todo. Tú eres de nuevo mía. Yo soy otra vez tuyo. Déjame respirar en tu pecho. Fue un momento crítico.

LUISA.- ¿Cuál? ¡Tú me matas!

FERNANDO. (Que retrocede, y la mira con pasión.)- Un momento, Luisa, en que se interpuso entre ambos una forma extraña... en que mi conciencia hizo palidecer a mi amor, en que mi Luisa dejó de ser todo para su Fernando... (Luisa cae en la silla, tapándose el rostro; Fernando corre a ella, la contempla en silencio e inmóvil, y después la deja de repente muy conmovido.) ¡No! ¡Nunca! ¡Imposible, Milady! ¡Es pedir demasiado! Yo no puedo sacrificarte esta inocente... no, ¡por Dios Todopoderoso! Yo no puedo violar mi juramento, que, como el trueno del cielo, me amenaza desde esos ojos lánguidos... ¡Mira aquí, Milady!... ¡aquí, padre tirano!... ¿Yo he de degollar este ángel? ¿He de abandonar a los tormentos del infierno a esta alma celestial? (con energía, acercándose de nuevo a ella.) Quiero llevarla ante el trono del Juez Supremo, y si es mi amor un crimen, que el Eterno lo declare. (Le coge una mano, y la levanta de la silla.) ¡Anímate, prenda mía la más querida!... ¡Venciste! Como en triunfo vengo aquí después de peligrosa lucha.

LUISA.- ¡No! ¡No! No me ocultes nada. Pronuncia la horrible sentencia. ¿Has nombrado a tu padre? ¿Has nombrado a Milady?... Frío mortal me acomete. Dícese que se casará...

FERNANDO. (Echándose a sus pies, como herido de un rayo.)¡Conmigo, desdichada!

LUISA. (Después de una pausa, en voz baja y balbuciente, y con horrible calma.)- Y ahora... ¿qué temo ya?... Habíamelo ya dicho con frecuencia aquel anciano, que está allí... y yo nunca lo había creído. (Pausa, después se arroja llorando en los brazos de Miller. ¡Padre, aquí tienes de nuevo a tu hija!... ¡Perdón, padre!... ¿Qué había de hacer tu hija, cuando tan grato era su sueño... y tan horrible el despertar?...

MILLER.- ¡Luisa! ¡Luisa!... ¡Oh Dios! Está fuera de sí... ¡Mi hija, mi pobre hija!... ¡Maldito sea tu seductor!... ¡Maldita la mujer que ha patrocinado estos amores!

SU MUJER. (Abalanzándose llorosa a Luisa.)-¿Merezco yo esta maldición, hija mía? Que Dios os perdone, Barón... ¿Qué os ha hecho este cordero, para que lo degolléis?

FERNANDO. (Acercándose a ella.)- Pero yo desharé sus intrigas... romperé todas estas cadenas supersticiosas... Como hombre libre haré mi elección, para que esas almas de reptiles se arrastren alrededor del edificio gigantesco de mi amor. (Quiere irse.)

LUISA. (Se levanta temblando de su sillón, y lo sigue.)- ¡Detente, detente! ¿Adónde quieres...? Padre... Madre... ¿nos abandona en este momento crítico?

SU MADRE. (Corriendo hacia ella, y deteniéndola.)- El Presidente intenta venir aquí... maltratará a nuestra hija... nos maltratará a nosotros... Señor Walter, ¿también nos abandonáis?

MILLER. (con risa colérica.)- ¿Que nos abandona? ¡Sin duda! ¿Por qué no?... ¡Ella se abandonó ya a él en cuerpo y alma! (Cogiendo la mano del Mayor, y la de Luisa.) ¡Paciencia, señor! Para salir de mi casa es preciso pasar por allí... Aguarda primero a tu padre... si no eres un bribón... cuéntale como te has insinuado en su corazón, oh seductor, o por Dios!... (Lanzándole su hija con ira y violencia.) Primero has de aniquilar a este gusano miserable, a quien su amor por ti ha llenado de oprobio.

FERNANDO. (Que retrocede, y se pasea meditabundo.)- Grande es, a la verdad, el poder del Presidente... el derecho de la patria potestad es una palabra de extenso significado... hasta el crimen puede ocultarse bajo su sombra... y caminar mucho más allá... ¡más allá!... Sin embargo, el amor es en todo exagerado... ¡Aquí, Luisa! ¡Dame tu mano! (se la estrecha.) Así Dios no me abandone al exhalar el postrer suspiro... en el momento en que estas dos manos se separen, ¡queda roto todo vínculo entre mi

existencia y la creación!

LUISA.- ¡Tengo miedo! ¡No me mires! ¡Tus labios tiemblan! ¡Tus ojos se mueven de un modo siniestro!…

FERNANDO.- ¡No, Luisa! ¡No tiemblo! ¡No deliro! El más rico presente del cielo es la decisión en el instante crítico, en que el alma oprimida expresa lo que siente de una manera insólita… Yo te amo, Luisa… Tú serás mía, Luisa… Ahora, a ver a mi padre. (Al salir precipitadamente tropieza con el Presidente.)

ESCENA VI.

Los mismos y EL PRESIDENTE con varios criados.

EL PRESIDENTE. (Al entrar.)- ¡Aquí está! (Todos se quedan atónitos.)

FERNANDO. (Retrocediendo algunos pasos.)-En la mansión de la inocencia.

EL PRESIDENTE.- ¿En dónde el hijo aprende a desobedecer a su padre?

FERNANDO.- Dejadnos que…

EL PRESIDENTE. (interrumpiéndolo, a Miller.)- ¿Éste es el padre?

MILLER.- Miller, músico de la ciudad.

EL PRESIDENTE. (A la mujer de Miller.)- ¿Y ésa la madre?

LA MUJER.- ¡Ay de mí! ¡Sí! ¡La madre!

FERNANDO. (A Miller.)- Llevaos de aquí a vuestra hija… pudiera desmayarse.

EL PRESIDENTE.- ¡Inútil cuidado! Yo le devolviere el uso de sus sentidos. (A Luisa.) ¿Cuánto tiempo hace que conocéis al hijo del Presidente?

LUISA.- Nunca le he hablado de él. Fernando Walter me visita desde noviembre.

FERNANDO.- Os adora.

EL PRESIDENTE.- ¿Os ha hecho alguna promesa formal?

FERNANDO.- Hace pocos instantes las más solemnes ante Dios.

EL PRESIDENTE. (Colérico a su hijo.)- Ya te tocará confesar también tu locura. (A Luisa.) Aguardo vuestra respuesta.

LUISA.- Ha jurado amarme.

FERNANDO.- Y cumplirá su juramento.

EL PRESIDENTE.- ¿Será preciso que te mande callar?… ¿Aceptasteis ese juramento?

LUISA. (Con pasión.)- Yo se lo juré también.

FERNANDO. (Con voz firme.)- El pacto es perfecto.

EL PRESIDENTE.- Yo extinguiré hasta su eco. (Con malignidad a Luisa.) ¿Pero os pagó siempre al contado?

LUISA. (Con interés.)- No comprendo esa pregunta.

EL PRESIDENTE. (Con sonrisa forzada.)-¿No? Pues bien; tan sólo quería decir… cada profesión, al parecer, tiene sus emolumentos… no habréis concedido gratis vuestros favores… a no ser que os haya bastado la existencia de la obligación. ¿Que hay en esto?

FERNANDO. (Fuera de sí.)- ¡Infierno! ¿Que significa esa pregunta?

LUISA.- (Al Mayor, con dignidad y desagrado.)-Desde ahora sois libre, señor Walter

FERNANDO.- La virtud, oh padre, hasta en el pordiosero es respetable.

EL PRESIDENTE. (Riéndose a carcajadas.)-¡Divertida pretensión! ¡Que el padre respete a la concubina del hijo!

LUISA. (Cayendo en tierra.)- ¡Oh cielo y tierra!

FERNANDO. (socorriendo a Luisa, y adelantándose con ella hacia el Presidente, con la espada en la mano, y bajándola en seguida.) ¡Padre! Tenéis derecho a mi vida… Ya estáis pagado. (Metiendo la espada en la vaina.) Mi deuda de deber filial se extinguió ya por completo…

MILLER. (Que aparte hasta entonces temeroso, se pone en movimiento, ya rechinando los dientes de rabia, ya temblando, de angustia.)- Vuecencia… el hijo es obra del padre… dignaos, señor… quien injuria al hijo, injuria al padre, y bofetón por bofetón… he aquí nuestra tasa… dignaos, señor…

SU MUJER.- ¡Socorro, Dios salvador!… El viejo interviene también… la tempestad descargará sobre todos nosotros.

EL PRESIDENTE. (Que sólo ha oído a medias.)- ¿El alcahuete se mueve a su vez?… Ya hablaremos, señor alcahuete.

MILLER.- ¡Dignaos escucharme, señor! Me llamo Miller… si deseáis oír un adagio… yo no intervengo en amoríos. Mientras la Corte se reserve ese privilegio, no llegará el contagio hasta nosotros. ¡Dignaos oírme, señor!

EL PRESIDENTE. (Pálido de cólera.)-¿Cómo?… ¿Qué es esto? (Acércase a él.)

MILLER. (Que retrocede lentamente.)- Esa era sólo mi opinión, señor… ¡Dignaos escucharme!

EL PRESIDENTE.- ¡Ah, bribón! Tu opinión temeraria podrá llevarte a la cárcel… ¡Fuera de aquí! Que vengan los alguaciles (Vanse algunos de su séquito: el Presidente se pasea colérico.) El padre a la cárcel… la madre, y la prostituta de su hija, a la vergüenza… La justicia dará su brazo a mi ira. Terrible satisfacción recibirá por ese insulto… ¿Desbaratará mis planes semejante chusma, e indispondrá impune al padre con su hijo? … ¡Ah, malditos! Mi odio se aplacará en vuestra ruina, y toda la canalla, el padre, la

madre y la hija serán sacrificados a mi ardiente venganza.

FERNANDO. (Que se interpone entre ellos firme y tranquilo.)¡Oh, no! ¡Nada temáis! ¡Estoy yo aquí! (Al Presidente, con respeto.) ¡No os precipitéis, padre mío! Si os amáis, dejaos de violencias. Hay un ángulo en mi corazón, en donde nunca se ha oído el nombre de padre… No lleguéis hasta él.

EL PRESIDENTE.- ¡Calla, necio! No aumentes mi cólera.

MILLER. (Volviendo en sí de su mudo asombro.)- ¡Cuida de tu hija, mujer! Yo corro a ver al Duque… El sastre… ¡Dios me lo inspira! el sastre es mi discípulo de flauta. Por su mediación veré sin falta al Duque (Hace ademán de irse.)

EL PRESIDENTE.- ¿Al Duque dices?… ¿Olvidas que yo soy el umbral, que has de atravesar necesariamente, o romperte la cabeza?… ¿Tú hasta el Duque, estúpido?… Prueba a hacerlo cuando tú, enterrado en vida en lo profundo de un calabozo subterráneo, en donde se enamoran la noche y el infierno, nada digas ni nada veas. Entonces sacudirás tus cadenas y gritarás: ¡Demasiado lo he merecido!

ESCENA VII.

Los mismos y los ALGUACILES.

FERNANDO. (Que corre hacia Luisa, la cual cae exánime en sus brazos.)- ¡Luisa! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡El horror la mata! (Miller toma su bastón, se pone el sombrero y se prepara al ataque. Su mujer se hinca de rodillas ante el Presidente.)

EL PRESIDENTE. (A los esbirros, mostrando sus condecoraciones.) ¡Llevarlos, en nombre del Duque!... ¡Lejos de esa mujerzuela, joven!... Desmayada o no... cuando el collar de hierro la oprima, despertará a pedradas.

LA MUJER DE MILLER.- ¡Misericordia, señor excelentísimo! ¡Misericordia! ¡Misericordia!

MILLER. (Levantando a su mujer.)- Arrodíllate delante de Dios, vieja y escandalosa bribona, no delante de... miserables, ya que estoy condenado a ir a la cárcel.

EL PRESIDENTE. (Mordiéndose los labios.)-¡Quizás te engañes, torpe! Hay horcas de sobra todavía. (A los esbirros.) ¿He de repetiros mis ordenes? (Los esbirros se agrupan junto a Luisa.)

FERNANDO. (Acercándose a ella y protegiéndola colérico.)¿Quién se atreverá? (Saca su espada y se defiende con el puño.) Que nadie la toque si no ha vendido antes su cabeza a la justicia, (Al Presidente.) ¡Deteneos, por Dios! ¡No me precipitéis, padre!

EL PRESIDENTE. (Amenazando a los esbirros.)- Si queréis seguir ganando vuestro sustento, cobardes... (Los esbirros se acercan de nuevo a Luisa.)

FERNANDO.- ¡Muerte y condenación, os digo! ¡Atrás!... ¡Por última vez! ¡Compadeceos de vosotros mismos! ¡No me apuréis hasta el último extremo, padre!

EL PRESIDENTE. (Lleno de ira, a los esbirros.)- ¿Éste es vuestro celo, bribones? (Los esbirros se adelantan más animosos.)

FERNANDO.- Ya que no hay otro remedio... (Sacando su espada, e hiriendo a algunos.) ¡perdóname, oh justicia!

EL PRESIDENTE. (Fuera de sí.)- Veremos si esa espada sirve también contra mí. (Coge el mismo a Luisa, la levanta y la entrega a un esbirro.)

FERNANDO. (Sonriendo amargamente.)-¡Padre, padre! Eso es un sarcasmo contra la divinidad, puesto que elige tan mal sus servidores, que convierte en el peor de los Ministros al ayudante más perfecto del verdugo.

EL PRESIDENTE. (A los demás.)- ¡Fuera con ella!

FERNANDO.- Se le pondrá en la picota, padre, pero con el Mayor, hijo del Presidente... ¿Insistís todavía en vuestro propósito?

EL PRESIDENTE.- Tanto más divertido será así el espectáculo... ¡Fuera!

FERNANDO.- Padre, yo dejo sobre esta joven mi espada de oficial... ¿Persistís todavía en vuestro propósito?

EL PRESIDENTE.- Tu espada, estando a su lado en la picota se podría contaminar también... ¡Fuera, fuera! ¡Ya conocéis mi voluntad!

FERNANDO. (Rechazando al esbirro sosteniendo a Luisa con una mano, y protegiéndola con la otra armada.)- ¡Padre, padre! Antes que consentir en que deshonréis a mi esposa, le atravesaré el corazón... ¿Persistís aún en vuestro empeño?

EL PRESIDENTE.- Hazlo, si tu espada es bastante aguda.

FERNANDO. (Que suelta a Luisa, y mira al cielo horriblemente.)- ¡Tú eres testigo, Dios omnipotente! He ensayado todos los remedios humanos... Probemos uno diabólico... Mientras la lleváis a la picota (Al oído del Presidente.) contaré yo en Palacio un cuento titulado: *Manera de llegar a ser Presidente.* (Vase.)

EL PRESIDENTE. (Como herido de un rayo.)-¿Cómo?... Fernando... Dejadla libre. (Corre detrás del Mayor.)

ACTO III

Sala en casa del Presidente

ESCENA I.

EL PRESIDENTE y el secretario WURM

EL PRESIDENTE.- El lance ha sido endiablado.

WURM.- Me lo temía, poderoso señor. La violencia irrita a los fanáticos, pero nunca los convence.

EL PRESIDENTE.- Yo confiaba plenamente en el éxito, feliz de mi proyecto. Discurría de este modo: cuando la doncella haya sido deshonrada, él, como oficial, habrá de retroceder sin remedio.

WURM.- Muy bien, sin duda; pero era menester que antes la deshonrara.

EL PRESIDENTE.- Y, sin embargo… ahora, al reflexionar a sangre fría en lo sucedido… yo no debiera haberme dejado intimidar… Era una amenaza en cuyo cumplimiento no ha pensado formalmente.

WURM.- No lo creáis. Las pasiones, sobrexcitadas, no se detienen ante ninguna locura. Me decíais que el Mayor ha sido refractario siempre a vuestras ordenes. ¡Lo creo! Las ideas que él ha adquirido en sus academias, no me infunden tranquilidad alguna. ¿Que importancia han de tener las ilusiones sobre grandeza del alma y nobleza personal en una Corte, en donde el más sabio es el que con más habilidad y más oportunamente se convierte en grande o en pequeño? Es demasiado joven y fogoso, para que le plazca esa senda pesada y tortuosa de la intriga; sólo lo magnánimo y lo arriesgado pondrá a su ambición en movimiento.

EL PRESIDENTE. (De mal humor.)- Pero esas sensatas observaciones ¿pueden mejorar acaso el estado actual de nuestro asunto?

WURM.- Mostrarán la herida a V. E. y quizás también el remedio. Dispensadme si os digo que un carácter como el suyo… ni es a propósito para confidente, ni tampoco para enemigo. Tiene horror a los medios, a que debéis vuestro encumbramiento. El ser hijo vuestro ha refrenado hasta ahora su traidora lengua. Ofrecedle ocasión oportuna de desatar ese vínculo; atacad su pasión con golpes violentos y repetidos, impropios de un padre cariñoso, y sus deberes patrióticos se sobrepondrán a todos los demás. Hasta el capricho singular de proporcionar a la justicia una víctima tan notable, podría acaso incitarlo a perder a su mismo padre.

EL PRESIDENTE.- Wurm… Wurm… Me lleváis a un abismo horrible.

WURM.- Alejaros de él es lo que intento, señor. ¿Puedo hablar libremente?

EL PRESIDENTE. (Sentándose.)- Como un condenado a muerte a un compañero.

WURM.- Entonces, perdonadme… A lo que me parece, debéis a vuestra flexibilidad de cortesano el cargo elevado de Presidente; ¿por qué no le fiáis también el de padre? Recuerdo la franqueza con que persuadisteis a vuestro predecesor a jugar una partida de piquete, y le hicisteis beber fraternalmente, por espacio de media noche, vino de Borgoña; la misma noche, en que había de estallar la soberbia mina que estaba preparada, y lanzarlo en los aires… ¿Por que habéis revelado a vuestro hijo que yo soy su enemigo? Nunca hubiera debido saber que yo conocía sus amores. Mejor fuera socavar la novela, en cuanto se relacionaba con esa doncella, y conservaros el respeto de vuestro hijo. Tal era el medio de representar el papel de general astuto, que no ataca a su adversario en el corazón de su ejercito, sino sembrando en sus filas la discordia.

EL PRESIDENTE.- Y ¿Cómo conseguirlo?

WURM.- Del modo más sencillo… y la partida no es todavía desesperada. No os acordéis de vuestra paternidad, por largo tiempo. No es pongáis en lucha con una pasión, que crece con los obstáculos… Dejad a mi cargo que yo dé calor en su seno al gusano que ha de devorarla.

EL PRESIDENTE.- Tengo curiosidad de saber…

WURM.- O yo comprendo mal el termómetro del alma, o el señor Mayor es tan terrible en su amor como en sus celos. Que en este terreno llegue a sospechar algo de ella… con razón o sin razón. Basta un grano solo de levadura para poner en espantosa fermentación a toda la masa.

EL PRESIDENTE.- ¿En donde hallar ese grano?

WURM.- He aquí el punto capital del problema… pero declaradme ante todo, Excmo. Sr., el riesgo a que os exponéis si el Mayor rehusa obedeceros… cuánto os interesa llegar

al desenlace de esa novela de doncella de la clase media, y llevar a término el casamiento con lady Milford.

EL PRESIDENTE.- ¿Es posible abrigar dudas sobre esto? Pierdo toda mi influencia, si las bodas de la inglesa se deshacen, y mi cabeza, si fuerzo la voluntad del Mayor.

WURM. (Alegre.)- Ahora que vuestra Gracia se digne oírme… Enredaremos al señor Mayor por medio de la astucia. Contra ella emplearemos todo vuestro poder. Le dictamos un billete amoroso a un tercero, y lo hacemos llegar con maña a manos del amante.

EL PRESIDENTE.- ¡Qué disparate!… ¿Cómo ha de prestarse ella a firmar su sentencia de muerte?

WURM.- Lo hará, si me dejáis obrar con libertad. Conozco, hasta en sus profundidades, la bondad de su corazón. Sólo hay dos flancos vulnerables para doblegar su conciencia… su padre y el Mayor. Este último queda fuera del juego por completo, y así estamos más desembarazados para emprenderla con el músico…

EL PRESIDENTE.- Por ejemplo, para…

WURM.- Según lo que me ha referido V. E. de la escena de la casa, nada más fácil que envolver al padre en una causa criminal. La persona del favorito y del Canciller es, en cierto modo, la sombra de la Majestad… las ofensas al primero, crímenes respecto de la última… Por lo menos, con este espantajo, bien manejado, me lisonjeo de hacer pasar al pobre hombre por el ojo de una aguja.

EL PRESIDENTE.- Sin embargo… no llegará a ser un asunto serio.

WURM.- De ninguna manera… Sólo en cuanto conviene, para llenar de sobresalto a la familia… Ponemos al músico a buen recaudo… se podría hacer lo mismo con la madre, para aumentar la inquietud general… se hablará de castigo, de calabozo, de prisión perpetua, y la carta de la hija será la única condición de la libertad del preso.

EL PRESIDENTE.- ¡Bueno, bueno! Ya entiendo.

WURM.- Ella ama a su padre… hasta con pasión podría añadir. El peligro que ha de correr su vida… cuando menos su libertad… los remordimientos de conciencia, que ha de sentir con este motivo… la imposibilidad de unirse al Mayor… por último, el desorden de sus facultades mentales, que yo fomentaré… todo lo cual es inevitable… ha de hacerla caer en el lazo.

EL PRESIDENTE.- Pero, ¿y mi hijo? ¿No llegará al punto a su conocimiento? ¿No se enfurecerá sobremanera?

WURM.- Dejad esto a mi cuidado, Excmo. Sr. Ni el padre ni la madre se verán libres, hasta que toda la familia se haya obligado con juramento solemne a guardar secreto sobre lo pasado, y a confirmar nuestra trama.

EL PRESIDENTE.- ¿Para qué, imbécil, podrá servir un juramento?

WURM.- Nada para nosotros, Excmo. Sr.; todo para esas gentes… Y reflexionad ahora como por el medio indicado lograremos ambos nuestro objeto. Ella pierde el cariño de su amante y su buena reputación. El padre y la madre se humillarán poco a poco, aleccionados por los embates de la adversidad, y al fin comprenderán que es un acto de compasión por mi parte rehabilitar la buena fama de su hija, dándole mi mano.

EL PRESIDENTE. (Riéndose y moviendo la cabeza.)- Sí, bribón, me confieso vencido. La urdimbre está tejida con satánica destreza. El discípulo aventaja ya al maestro… Falta saber todavía a quien ha de dirigirse la carta. ¿Quién podrá excitar sospechas contra ella?

WURM.- Alguno necesariamente que, a causa de la resolución de vuestro hijo, se exponga a perderlo o ganarlo todo.

EL PRESIDENTE. (Después de meditar un instante.)- No se me ocurre otro que el Mariscal.

WURM. (Encogiéndose de hombros.)- No sería él seguramente, si yo fuese Luisa Miller.

EL PRESIDENTE.- ¿Y por qué no? ¿Qué hay de extraño en esto? Un guardarropa deslumbrador… una atmósfera *d'eau de mille fleurs* y de ámbar… a cada palabra necia un puñado de ducados… todo esto junto, ¿no podría seducir al cabo a una joven de la clase media, y acabar con sus escrúpulos? ¡Oh, mi buen amigo! ¡Los celos no son delicados! Voy a llamar al Mariscal. (Llama)

WURM.- Mientras se encarga V. E. de este asunto y de la prisión del músico, cuidaré yo de escribir la carta amorosa.

EL PRESIDENTE. (Acercándose a su mesa.)-En cuanto la termines, tráemela para leerla. (Vase Wurm, el Presidente escribe: viene un ayuda de cámara, a quien el Presidente, levantándose, entrega un papel.) Que se lleve a la justicia sin tardanza este mandamiento de prisión… y que vaya otro a rogar al Mariscal que me vea.

EL AYUDA DE CÁMARA.- Su señoría acaba de llegar aquí ahora mismo.

EL PRESIDENTE.- Mejor; pero decid que mis órdenes se cumplan con recato y sin

escándalo alguno.

EL AYUDA DE CÁMARA.- Muy bien, Sr. Excelentísimo.

EL PRESIDENTE.- ¿Entendéis? Con el mayor sigilo.

EL AYUDA DE CÁMARA.- Perfectamente. Excelentísimo Señor.

ESCENA II.

EL PRESIDENTE y EL MARISCAL DE LA CORTE.

EL MARISCAL (Con aire de persona muy ocupada.)- ¡Solo vengo *en passant,* querido! ¿Qué tal? ¿Cómo estáis?... Esta noche la gran opera de *Dido*... fuegos artificiales soberbios... el incendio de una ciudad entera... ¿La veréis también arder? ¿No es así?

EL PRESIDENTE.- Sobrados fuegos artificiales hay en mi propia casa para hacer saltar en los aires toda mi grandeza... Venís, querido Mariscal, en la ocasión más oportuna para aconsejarme y ayudarme en un asunto, que ha de arrastrarnos a ambos, o arruinarnos por completo ¡Sentaos!

EL MARISCAL.- Me llenáis de miedo, excelente amigo.

EL PRESIDENTE.- Sí, Como os digo, que nos arrastra o nos arruina por completo. Ya conocéis mi proyecto relativo a la Lady y al Mayor. Comprendéis su necesidad para asegurar nuestra fortuna. Es posible que todo se lo lleve el diablo, Kalb. Mi hijo Fernando lo rechaza.

EL MARISCAL.- ¿Cómo así?... ¿cómo así?... ¿Cuándo ya la he divulgado por toda la ciudad? No se habla más que de ese casamiento.

EL PRESIDENTE.- Os exponéis a pasar por hombre inconsiderado. Ama a otra.

EL MARISCAL.- Os chanceáis. ¿Y esa es la dificultad?

EL PRESIDENTE.- La más insuperable, tratándose de ese obstinado.

EL MARISCAL.- ¿Será tan loco para renunciar de ese modo a su fortuna? ¿Es creíble?

EL PRESIDENTE.- Preguntádselo, y veréis como os contesta.

EL MARISCAL.- Pero, *¡Mon Dieu!* ¿Qué podrá contestar?

EL PRESIDENTE.- Que se propone revelar a todo el mundo el crimen, a que debemos nuestra elevación... exhibir nuestras cartas y recibos falsificados... que desea entregarnos a ambos a la justicia... todo esto puede responder

EL MARISCAL.- ¿Estáis en vuestro juicio?

EL PRESIDENTE.- Tal fue su respuesta. Tal era también su propósito... Y solo humillándome mucho he impedido su realización. ¿Que se os ocurre ahora?

EL MARISCAL. (Con aire estúpido.)- Mi razón se calla.

EL PRESIDENTE.- Pase, no obstante, lo dicho; pero ha poco he sabido por mis espías que Bock, el copero mayor, está a punto de conquistar a la inglesa.

EL MARISCAL.- Me trastornáis el juicio. ¿Quién decís? ¿Bock decís?... ¿Sabéis también, acaso, que somos ambos enemigos mortales? ¿Conocéis la causa?

EL PRESIDENTE.- Es la primera vez que oigo hablar de esto.

EL MARISCAL.- Pues escuchad, querido mío, y os asombraréis... Si os acordáis de aquel baile de Corte... hará ahora cosa de veintiún años... en que se bailó en nuestra ciudad la danza inglesa, antes desconocida, y se manchó de cera de un candelabro el dominó del Conde de Murschaum...; ¡sí, por Dios, sin duda os acordaréis de todo esto!

EL PRESIDENTE.- ¿Quién podría olvidarlo?

EL MARISCAL.- Pues bien; la Princesa Amalia, en el fervor del baile, había perdido una liga... Todos, como es de suponer, se alarmaron... Bock y yo... ambos éramos gentilhombres de cámara... nos arrastrarnos por todo el salón buscando la liga... Al fin la vi... Bock lo notó... me previno, y me la arrebató de las manos. ¡Dios mío!... y la entregó a la Princesa, y me birló el favor que hubiese logrado... ¿Qué opináis?

EL PRESIDENTE.- ¡Importuno!

EL MARISCAL. –Me birló los cumplimientos de S. A... Estuve a punto de desmayarme. ¡Malignidad semejante no se ha visto jamás!... Al fin, me reanimo, me acerco a S. A. y le digo: «Serenísima Señora, Bock fue bastante afortunado, bastante dichoso para presentar la liga a V. A., y quien la vio primero ha obtenido su recompensa en silencio, y se calla...»

EL PRESIDENTE.- ¡Bravo, Mariscal, bravísimo!

EL MARISCAL.- «Y se calla... ¡Pero yo conservaré por esto a Bock rencor eterno hasta el día del juicio... a ese bajo, rastrero, adulador!...» Y como si esto no fuera suficiente... en nuestra lucha por la liga venimos al suelo... me desempolva Bock todo el lado derecho, y soy ya hombre perdido para todo el resto del baile.

EL PRESIDENTE.- Y he ahí al hombre, que se casará con la Milford, y será el personaje principal de la Corte.

EL MARISCAL.- Hundís el puñal en mi corazón. ¿Lo será? ¿Lo será? ¿Por qué lo será? ¿En dónde está la necesidad de que lo sea?

EL PRESIDENTE.- Porque mi hijo Fernando no quiere, y no se presenta otro.

EL MARISCAL.- Pero ¿no se os ocurre ningún otro medio de oponeros a la resolución del Mayor?... ¿No lo hay, por extraño, por desesperado que sea? ¿Que cosa del mundo, por repugnante que parezca, si fuera eficaz, no sería aceptada por nosotros, si hubiéramos de librarnos de ese odioso Bock?

EL PRESIDENTE.- Una sola se me ocurre, y depende de vos.

EL MARISCAL.- ¿De mí? ¿Y es...?

EL PRESIDENTE.- La de alejar al Mayor de su amada.

EL MARISCAL.- ¿Separarlos? ¿Cómo entendéis esto?... Y yo ¿qué puedo hacer?

EL PRESIDENTE.- Toda la ganancia es nuestra, si logramos hacer sospechosa la doncella a los ojos del Mayor.

EL MARISCAL.- ¿Por robar, decís?

EL PRESIDENTE.- ¡Ah! ¡No es eso! ¿Cómo había el de creerlo?... que tiene relaciones con otro.

EL MARISCAL.- ¿Y ese otro?

EL PRESIDENTE.- Lo seríais vos, Barón.

EL MARISCAL.- ¿Yo? ¿Yo?... ¿Es ella noble?

EL PRESIDENTE.- ¿Qué importa eso? ¡Que idea! Es hija de un músico.

EL MARISCAL.- Esto es, de la clase media. ¡Imposible! ¿Cómo pensar?

EL PRESIDENTE.- ¿Por qué imposible? ¡Locuras! ¿Qué mortal, cuando se trata de dos lindas mejillas, se acuerda de árboles genealógicos?

EL MARISCAL.- Pero tened en cuenta que soy casado. Además, mi reputación en la Corte...

EL PRESIDENTE.- Ya, eso es otra cosa. Perdonadme. Ignoraba que dais más importancia a pasar por hombre de costumbres irreprochables que a tener influencia. No hablemos más del asunto.

EL MARISCAL.- ¡Prudencia, Barón! Yo no lo entendía así.

EL PRESIDENTE. (Con frialdad.)- ¡No... no! Vuestro derecho es perfecto. Estoy ya cansado. Que corra, pues, la rueda. Deseo todo linaje de dichas a Bock, primer ministro. El mundo es muy vasto. Solicitaré del Duque que acepte mi dimisión.

EL MARISCAL.- ¿Y yo?... Sabéis hablar bien, porque sois estudioso; pero yo... *¡Mon Dieu!*... ¿Qué seré yo, si S. A. me abandona?

EL PRESIDENTE.- *Un bon mot* de anteayer, la moda del año pasado.

EL MARISCAL.- ¡Yo os conjuro, mi querido, mi espléndido amigo!... Desechad ese pensamiento. Estoy dispuesto a todo.

EL PRESIDENTE.- ¿Queréis dar vuestro nombre para una cita, que esta Miller os propondrá por escrito?

EL MARISCAL.- ¡Por Dios Santo! Lo doy.

EL PRESIDENTE.- ¿Y dejar caer la carta, en donde el Mayor pueda encontrarla?

EL MARISCAL.- Como en la parada, por ejemplo, casualmente, al sacar el pañuelo.

EL PRESIDENTE.- Y ¿desempeñaréis ante el Mayor vuestro papel de enamorado?

EL MARISCAL.- *¡Mort de ma vie!* ¡Yo lo lavaré! Yo excitaré el apetito de ese impertinente por mi amada.

EL PRESIDENTE.- El asunto promete. Hoy se escribirá la carta. Venid por ella esta noche, para que estudiemos bien nuestro papel.

EL MARISCAL.- En cuanto termine diez y seis visitas de suma importancia. Dispensadme, pues, si me despido cuanto antes. (Vase.)

EL PRESIDENTE. (Llamando.)- Cuento con vuestra habilidad, Mariscal.

EL MARISCAL. (Volviéndose.)- ¡Ah, *mon Dieu!* Ya me conocéis.

ESCENA III.

EL PRESIDENTE Y WURM.

WURM.- El músico y su esposa, con toda felicidad y sin escándalo, han sido llevados a la cárcel. ¿Quiere leer V. E. la carta?

EL PRESIDENTE. (Después de leerla.)-¡Magnífico, magnífico, Secretario! También ha mordido el cebo el Mariscal... Un veneno como este es capaz de e emponzoñar a la misma Salud... Ahora, a trabajar con el padre, y a preparar a la hija. (Vase cada uno por su lado.)

ESCENA IV.

Aposento en la casa de Miller.

LUISA Y FERNANDO.

LUISA.- Cállate, por Dios. Ya no espero día alguno feliz. Todas mis esperanzas se han desvanecido.

FERNANDO.- Y las mías se han aumentado. Mi padre está furioso; mi padre empleará contra nosotros todas sus armas. Me obligará a representar el papel de hijo desnaturalizado. Poco me importan ya mis deberes filiales. El delirio y la desesperación me arrancarán al cabo el horrible secreto de su crimen. El hijo entregará al padre en manos del verdugo... El peligro es supremo... y supremo ha de ser, cuando mi amor se aventura a dar este paso gigantesco... Oye, Luisa... Una idea, grande, infinita como mi pasión, cruza por mi mente... ¡Tú, Luisa, y yo, y el amor! ¿No compone este círculo todo nuestro cielo? ¿Quieres añadir acaso algún otro elemento?

LUISA.- ¡Detente! ¡No más! Palidezco al pensar en lo que vas a añadir.

FERNANDO.- ¿Qué otra pretensión hemos de abrigar para granjearnos la aprobación de las gentes? ¿A que arriesgarse, cuando nada hay que ganar, y todo se ha perdido?... Estos ojos ¿no brillarán siempre tan seductores, ya se reflejen en el Rhin, en el Elba, o en el mar Báltico? En donde me ame Luisa, será mi patria. Tus huellas en desiertos áridos y salvajes me interesan más que las catedrales de Alemania... ¿Echaremos de menos el lujo de las ciudades? En cualquier lugar que habitemos, el sol saldrá y se ocultará... espectáculo ante el cual palidece la manifestación más sublime del arte. Aunque no adoremos a Dios en templo alguno, la noche nos visitará con sus sombras temerosas, las fases de la luna nos exhortarán a la penitencia, y una cúpula religiosa de estrellas orará con nosotros... ¿Podrán terminar nunca nuestros amorosos coloquios?... Una sonrisa de mi Luisa me ofrecerá materia para siglos, y cesará el sueño de la vida antes que yo averigüe el paradero de esas lágrimas.

LUISA.- Y ¿no tienes acaso más deberes que cumplir que los del amor?

FERNANDO. (Abrazándola.)- ¡Tu tranquilidad es el más sagrado para mí.

LUISA. (muy formal.)- Entonces cállate y déjame... Yo tengo un Padre, cuyo único bien es su hija... que tendrá pronto sesenta años... seguro de la venganza del Presidente.

FERNANDO. (Interrumpiéndola con prontitud.)- Él nos acompañará. No más reconvenciones, pues, amor mío. Me voy a vender mis alhajas, y a pedir prestado con el nombre de mi padre. Es permitido robar a un ladrón. Sus tesoros ¿no son despojo sangriento de la patria?... A la media noche, a la una, vendrá aquí un carruaje. Entráis en él, y huiremos.

LUISA.- Y la maldición de tu padre ¿nos ha de perseguir?... ¿Una maldición, insensato, que, hasta pronunciada por asesinos, se cumple, venganza celeste que alcanza al ladrón en el tormento, que nos seguiría implacable como un espectro, y nos lanzaría de uno a otro mar?... No, amado mío; si un crimen ha de conservarte para mí, me siento con fuerzas para perderte.

FERNANDO. (Que se calla, y murmura receloso.)- ¡Es posible!

LUISA.- ¡Perderte!... ¡Oh, horrible hasta lo infinito es esa idea... espantosa lo bastante para herir mortalmente al alma inmortal, y llenar de palidez las mejillas ardientes de la misma alegría!... ¡Fernando! ¡Perderte! Pero sólo se pierde lo que se ha poseído, y tu corazón pertenece a tu clase... Mi pretensión era sacrílega, y renuncio a ella temblando.

FERNANDO. (Cuyos rasgos se oscurecen, mordiéndose el labio superior.)- ¿Renuncias a ella?

LUISA.- ¡No! ¡Mírame, querido Walter! ¡No aprietes tan amargamente tus labios. ¡Ven! Deja que mi ejemplo reanime ahora a tu alma desmayada. Déjame ser ahora la heroína de este instante... que devuelva a su padre un hijo fugitivo... que abandone una unión contraria a las reglas del mundo de la clase media, y que derriba el orden general y eterno... Yo soy la culpable... mi pecho formó votos criminales y temerarios... mi infortunio es su castigo. Así, déjame ahora la dulce y lisonjera ilusión de que soy sola la que se sacrifica... ¿Me envidiarás este deleite? (Fernando, distraído y colérico, agarra un violín, e intenta tocarlo: después rompe las cuerdas, hace pedazos contra el suelo el instrumento, y se ríe a carcajadas.) ¡Walter! ¡Dios del cielo! ¿Qué es esto?... ¡Domínate!... Hay que mostrar ahora firmeza... porque hemos de separarnos. Tú tienes corazón, querido Walter, lo conozco. Tu amor es ardiente como la vida, y sin límites como lo infinito... ofrécelo a una mujer noble y digna... y no envidiará ni a las más felices de su

sexo. (Reprimiendo sus lágrimas.) No debes verme más… La vana y engañada doncella llorará su pena entre paredes solitarias, y nadie se cuidará de su llanto… Triste y como muerta será mi vida futura… Sin embargo, alguna vez aspiraré el perfume de lo pasado. (Dándole su mano temblorosa, y volviendo su rostro.) Adiós, señor de Walter.

FERNANDO. (Despertando de su letargo.)- Yo huyo, Luisa. ¿Es cierto que no quieres seguirme?

LUISA. (Que se sienta en el fondo, y oculta su cabeza entre sus manos.)- Mi deber me ordena quedarme, y sufrir.

FERNANDO.- Tú me engañas, serpiente. Algo te encadena aquí.

LUISA. (Con el acento del más intenso dolor.)-Conservad esa sospecha… quizás os haga menos desdichado.

FERNANDO.- ¡El frío deber frente al fogoso amor!… ¿Y este cuento ha de cegarme?… ¿Un amante asustarte?… ¡Ay de ti y de mí, si mis sospechas se confirman! Vase precipitadamente.

ESCENA V.

LUISA (Sola. Permanece largo tiempo sentada, sin movimiento y como rauda, al fin se levanta, da algunos pasos, y mira medrosa su rededor.)- ¿En dónde están mis padres?... Mi padre prometió volver a los pocos minutos, y ya han transcurrido cinco horas mortales... Si le habrá sucedido alguna... ¿Qué siento yo? ¿Por qué respiro con tanto trabajo? (Wurm entra entonces y se queda en el fondo, sin que ella lo note.) Esto no parece verdad... No es otra cosa que creaciones temerosas de un cerebro excitado... Cuando nuestra alma se ha saciado de horrores, los ojos ven en todas partes fantasmas.

ESCENA VI.

LUISA y el secretario WURM.

WURM (Acercándose.)- ¡Buenas noches, señorita!

LUISA.- ¡Dios mío! ¿Quién habla aquí? (vuélvese, ve al secretario, y retrocede asustada.) ¡Horroroso, horroroso! Mi presentimiento triste va a realizarse cuanto antes. (Al Secretario, con una mirada llena de desprecio.) ¿Buscáis acaso al Presidente? No está aquí ya.

WURM.- ¡Os busco, señorita!

LUISA.- Debo extrañarme de que no hayáis ido a la plaza del Mercado con ese objeto.

WURM.- ¿Y por qué allí?

LUISA.- A alejar a vuestra prometida del lugar del suplicio.

WURM.- Señorita de Miller, abrigáis una sospecha infundada.

LUISA. (interrumpiéndolo.)- ¿En que puedo serviros?

WURM.- Vengo aquí enviado por vuestro padre.

LUISA. (Asustada.)- ¿Por mi padre?... ¿En dónde está mi padre?

WURM.- En donde no quisiera estar.

LUISA.- ¡Por Dios! ¡Pronto! Se me ocurre una idea siniestra... ¿En dónde está mi padre?

WURM.- En la cárcel, ya que deseáis saberlo.

LUISA. (Mirando al cielo.)- ¿Esto más? ¿También esto? ¿En la cárcel? ¿Y por qué?

WURM.- Por orden del Duque.

LUISA.- ¿Del Duque?

WURM.- Por la ofensa que ha recibido su Majestad en la persona de su representante...

LUISA.- ¿Cómo? ¿Cómo? ¡Oh Dios todopoderoso!

WURM.- Ha resuelto castigarla de un modo ejemplar.

LUISA.- ¡Esto sólo me faltaba! ¡Sólo esto!... Sí; ciertamente mi corazón, además de su amor al Coronel, conservaba otro afecto... ¿cómo respetarlo?... Lesa majestad... ¡Providencia divina!... Salva, protege mi fe vacilante... ¿Y Fernando?

WURM.- O se casa con lady Milford, o será maldito y desheredado.

LUISA.- ¡Tremenda disyuntiva!... Y sin embargo... sin embargo, es feliz. No puede perder a su padre. No tenerlo, a la verdad, es ya en sí un castigo... Mi padre, acusado de lesa majestad... para mi amante lady Milford, o ser maldito y desheredado... ¡Admirable sin duda! En la maldad cabe también su perfección... ¿Perfección? ¡No! Faltaba algo... ¿en dónde está mi madre?

WURM.- En la galera.

LUISA.- (Con dolorosa sonrisa.)- ¡Ahora sí que está todo perfecto!... Perfecto y yo libre... absuelta de todo deber... sin lágrimas... ni placeres. Abandonada por la Providencia. Nada necesito ya... (Silencio pavoroso.) ¿Tenéis que anunciarme alguna otra nueva? ¡Hablad sin miedo! Puedo oírlo todo.

WURM.- Ya sabéis cuanto ha sucedido.

LUISA.- ¿Pero no lo que ha de suceder? (Otra pausa, mientras mira al Secretario de pies a cabeza.) ¡Pobre hombre! ¡Triste es tu profesión! Imposible que te haga feliz. Bastante infortunio es ya causar la desdicha ajena... Pero horroroso el anunciarla a los desventurados... entonar ante ellos ese cántico siniestro, y quedarse ahí, cuando mana sangre el corazón, herido por el puñal agudo de la necesidad, y se tiembla, y hasta duda el cristiano de su Dios... ¡Que el cielo me ampare! Aunque te pagaran cada lágrima de las que haces derramar con un tonel lleno de oro... no quisiera verme en tu lugar... ¿Qué puede suceder todavía?

WURM.- No lo sé.

LUISA.- ¿No queréis saberlo?... Esa nueva horrible teme, el sonido de las palabras; pero en el aire sepulcral de tu rostro veo trazado el espectro que me espanta... ¿Qué es lo que resta aún?... Dijisteis ha poco que el Duque quería castigar al culpable de un modo ejemplar. ¿Que entendéis por ejemplar?

WURM.- No preguntéis.

LUISA.- ¡Oye, hombre! Tú eres discípulo del verdugo. ¿Cómo podrías, de otra manera, pasar lentamente el hierro por los miembros temblorosos, y suspender el golpe de gracia contra el corazón palpitante?... ¿Qué suerte aguarda a mi padre? Tus palabras son mortales, ¿qué no ocultará tu silencio? ¡Habla! Deja caer sobre mí toda esa carga abrumadora. ¿Cuál será la suerte de mi padre?

WURM.- Se le formará una causa criminal.

LUISA.- ¿Qué significa eso?... Yo soy una criatura inocente o ignorante, que comprendo poco vuestra horrible jerga latina. ¿Qué quiere decir una causa criminal?

WURM.- Un juicio sobre la vida o la muerte.

LUISA. (con firmeza.)- Gracias. (Corre a la habitación próxima.)

WURM. (Muy sorprendido.)- ¿Adónde va? ¿Si intentará esta loca algo?... ¡Diablo!... No lo hará... corro detrás... soy responsable de su vida. (En ademán de seguirla.)

LUISA. (Que vuelve abrigada con su manto.)-Dispensadme, señor Secretario. Voy a cerrar la puerta.

WURM.- ¿Y a dónde vais tan de prisa?

LUISA.- A ver al Duque. (Disponiéndose a salir.)

WURM.- ¿Cómo? ¿Adónde? (Deteniéndola asustado.)

LUISA.- A ver al Duque. ¿No comprendéis? A ver al mismo Duque, el que quiere someter a mi padre a una causa capital... No, no puede querer... porque algunos malvados lo deseen. En todo este proceso de esa majestad, solo intervendrá la suya para poner su real firma.

WURM. (Riendo a carcajadas.)- ¡A ver al Duque!

LUISA.- Conozco la causa de vuestra risa... porque no encontraré allí ninguna misericordia... ¡Dios me libre! Sólo desprecio... sólo desprecio a mis gritos. Me han dicho que los poderosos de la tierra no saben lo que es la compasión... y no quieren aprenderlo. Yo me propongo enseñarles lo que es... yo se lo trazaré en todas las angustias de la muerte... yo se lo modularé con acentos que penetrarán hasta la médula de los huesos... y cuando, al oír mi descripción, se ericen sus caballos, gritaré, al concluir, a sus oídos, que también a la hora de la muerte los pulmones de los dioses de la tierra sufren el estertor de la agonía, y que el día del juicio final majestades y mendigos pasarán por la misma criba. (Hace ademán de irse.)

WURM. (Con fingida bondad.)- ¡Andad, pues; sí, andad! Es el partido más prudente. Os aconsejo que vayáis, y os aseguro que el Duque os recibirá bien.

LUISA. (Deteniéndose de repente.)- ¿Que decís?... ¿También me lo aconsejáis? (Volviéndose con prontitud.) ¡Hum! ¿Qué hacer? Algún peligro grave hay en ello, cuando este hombre me lo aconseja... ¿En qué os fundáis para asegurar que el Príncipe ha de recibirme bien?

WURM.- Porque quizás le convenga.

LUISA.- ¿Que le convenga? ¿Qué precio señalará a ese acto de humanidad?

WURM.- La belleza de la suplicante es precio suficiente.

LUISA. (Atónita y en alta voz.)- ¡Dios de justicia!

WURM.- Y espero que, tratándose de la salvación de un padre, no lo tacharéis de excesivo.

LUISA. (Paseándose desconcertada.)- Sí, sí. ¡Es verdad! Vuestros grandes... vuestros grandes están reñidos con la verdad, parapetados en sus vicios, como si los apartaran de ella espadas de querubines... Que Dios omnipotente te proteja, oh padre. Tu hija puede morir, no pecar por ti.

WURM.- Sobremanera lo extrañaría ese pobre hombre abandonado... «Mi Luisa, me dijo, me ha perdido. Mi Luisa me salvará...» Voy corriendo, señorita, a llevarle vuestra respuesta. (Fingiendo que se va.)

LUISA. (Corriendo tras él y sujetándolo.)-¡Deteneos! ¡deteneos! ¡Paciencia! ¡Que pronto se halla este Satanás, siempre que ha de desesperar a alguien!... Yo lo he perdido y debo salvarlo. ¡Hablad, aconsejadme! ¿Qué puedo, que debo hacer?

WURM.- Solo un medio me ocurre.

LUISA.- ¿Cuál?

WURM.- Vuestro padre ansía también...

LUISA.- ¿también mi padre?... ¿Qué medio es ese?

WURM.- Fácil para vos.

LUISA.- Ninguno es para mí tan difícil como el oprobio.

WURM.- Si queréis libertar al Mayor...

LUISA.- ¿De su amor? ¿Os burláis de mí?... Lo hecho a la fuerza, ¿cómo ha de depender de mi albedrío?

WURM.- No es eso lo que digo, apreciable señorita. Aludo a que el Mayor, por sí y libremente, se retire.

LUISA.- No lo hará.

WURM.- Al parecer. ¿Cómo es posible que se acudiera a vos, si de vos sola no dependiera el auxilio que se aguarda?

LUISA.- ¿Puedo yo obligarlo a que me odie?

WURM.- Probemos. Sentaos.

LUISA. (Confusa.)- ¿Cuáles son vuestros proyectos, oh hombre?

WURM.- Sentaos. ¡Escribid! Aquí hay pluma, papel y tinta.

LUISA. (Sentándose muy inquieta.)- ¿Qué voy á escribir? ¿A quien?

WURM.- Al verdugo de vuestro padre.

LUISA.- ¡Ah! ¡Cuánta es vuestra práctica en atormentar, el alma! (Coge una pluma.)

WURM. (Dictando.) «Excelentísimo Señor.» (Luisa escribe con mano trémula.) «Tres días insoportables han transcurrido ya… ya… Y no nos hemos visto.»

LUISA. (Atónita, soltando la pluma.)- ¿Para quién es esta carta?

WURM.- Para el verdugo de vuestro padre.

LUISA.- ¡Dios mío!

WURM.- «El Mayor tiene la culpa… el Mayor… que me guarda todo el día como un Argos.»

LUISA.- ¡inaudita maldad! ¿Para quién es esta carta?

WURM.- Para el verdugo de vuestro padre.

LUISA. (Retorciéndose las manos.)- ¡No, no, no! ¡Que tiranía, oh cielos! Castiga al hombre humanamente, si te ofende; pero ¿por qué ahogarme entre estos dos horrores? ¿Por qué llevarme de este modo entre la vida y la muerte? ¿Por qué se ha de cebar en mis carnes este demonio, ávido de sangre?… Haced lo que queráis. Yo no escribo eso.

WURM. (Cogiendo el sombrero.)- Como gustéis, señorita, vuestros deseos son ordenes para mí.

LUISA.- ¿Mis deseos, decís? ¿Mis deseos?… ¡Prosigue, hombre sin entrañas! Suspende a una mujer desventurada al borde del Averno; exige de ella algo y ofende a Dios, y di que obedeces sus deseos… ¡Oh! Harto bien sabes que nuestro corazón depende de sus naturales impulsos como si fuesen cadenas. Todo me es ahora indiferente. Dictadme cuanto os plazca. Nada diré ya. Cedo a las argucias del demonio. (Siéntase por segunda vez.)

WURM.- «Todo el día como un Argos.» ¿Lo habéis escrito?

LUISA.- ¡Adelante, adelante!

WURM.- «Ayer estuvo en mi casa el Presidente. Era ridículo contemplar al buen Mayor defendiendo mi honra.»

LUISA.- ¡Oh, bien, bien! ¡Magnífico! ¡Adelante!

WURM.- «Recurrí entonces a un desmayo… a un desmayo para no reírme a carcajadas.»

LUISA.- ¡Oh cielos!

WURM.- «Pero pronto me fue insoportable la máscara… insoportable… ¡Si tan sólo lograra escaparme…»

LUISA. (Que se detiene, se levanta y se pasea cabizbaja, como si buscara algo en el suelo; luego se sienta otra vez, y continúa escribiendo.)- Lograra escaparme…

WURM.- «Mañana está de servicio… Aprovechad esta ocasión, en que me deja sola, y venid a donde sabéis…» ¿Habéis puesto a donde sabéis?

LUISA.- ¡Todo!

WURM.- «A donde sabéis, a ver a vuestra enamorada… Luisa.»

LUISA.- Falta ahora la dirección.

WURM.- «Al Sr. Mariscal de Kalb.»

LUISA.- ¡Divina Providencia! Nombre tan extraño a mis oídos, como estas líneas vergonzosas lo son a mi corazón. (Levántase, y fija su vista largo rato en lo escrito, y al fin lo presenta al Secretario con voz apagada y moribunda.) Tomad, caballero… Mi nombre sin tacha… Fernando… toda la felicidad de mi vida la pongo en vuestras manos… Soy una miserable pordiosera.

WURM.- ¡Oh no! No tembléis, querida señorita. Os compadezco sinceramente. Quizás… ¿quién sabe? Pudiera bien prescindir de ciertas cosas. ¡En verdad, pardiez, que os compadezco sinceramente!

LUISA. (Mirándolo con fijeza y con atención.)-¡No acabéis, caballero! Os veo en camino de desear algo espantoso.

WURM. (Disponiéndose a basarle la mano.)-Suponed que fuese esta linda mano… ¿Qué decís, querida mía?

LUISA. (Con magnanimidad y con horror.)-Que te ahogaría en la noche de bodas, y después me pondría en la rueda con deleite. (Hace ademán de irse y vuelve en seguida.) ¿Terminamos ya, caballero? ¿Puede tomar su vuelo la paloma?

WURM.- Falta sólo algo insignificante, señorita. Habéis de jurarme que, si llega la ocasión de preguntarle, declararéis que habéis escrito esta carta espontáneamente.

LUISA.- ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y tú has de poner tu sello divino en esta trama infernal? (Wurm se la lleva.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Presidente.

FERNANDO DE WALTER, con una carta abierta en la mano, entra precipitadamente por una puerta, y un AYUDA DE CÁMARA por otra.

FERNANDO.- ¿No estaba aquí el Mariscal?

EL AYUDA DE CÁMARA.- Señor Mayor, el Excmo. Sr. Presidente pregunta si estáis en casa.

FERNANDO.- ¡Mil truenos! Lo que digo es si no estaba aquí el Mariscal.

EL AYUDA DE CÁMARA.- S. E. está arriba jugando al faraón.

FERNANDO.- ¡Qué S. E., en nombre de todos los diablos del infierno, venga a buscarme! (Vase el Ayuda de cámara.).

ESCENA II.

FERNANDO, solo, lee la carta, y ya se queda cabizbajo, ya se revuelve airado.

¡No es posible! ¡No es posible! Esa envoltura divina no ha de albergar un corazón de demonio... Y sin embargo, sin embargo... Si todos los ángeles bajasen aquí para afirmar su inocencia... si el cielo y la tierra, si el Creador y sus criaturas se congregaran con igual objeto... escrita de su puño... Engaño monstruoso o inaudito, que jamás presenció la humanidad... ¿Fue esta la razón de oponerse tan obstinadamente a nuestra huida?... Por esto... ¡oh Dios! Ahora despierto, ahora se cae para mí el velo, que todo lo encubría... ¡Por esto renunció con tanto heroísmo a mi amor, y casi, casi me sedujo su afeite celestial! (Recorre muy agitado el aposento, y después se queda pensativo.) ¡Arraigarse tan hondamente en mi corazón!... Corresponder así a los sentimientos más osados, a las vibraciones de mi alma más gratas y delicadas, a mis fogosos trasportes... Explotar hasta el valor de una lágrima... acompañarme a las cumbres escarpadas de la pasión, y salirme al encuentro siempre que estaba pronto a precipitarme en el abismo... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Y todo esto una farsa indigna!... ¿Una farsa?... ¡Oh! Si la mentira tiene un colorido tan seductor, ¿cómo los ángeles del mal no penetran en el cielo?

Cuando yo le manifesté los peligros inseparables de muestro, amor, ¡con que falsía tan persuasiva no palideció la culpable! ¡con que victoriosa dignidad anulaba la insolente altivez de mi padre en el mismo instante en que, como mujer, se creía culpable!... ¿Como?... ¿No resistió también la prueba del fuego de la verdad?... ¡Y la hipócrita se desmayó! ¿Cuál será tu lenguaje ahora, oh sensibilidad? También las coquetas se desmayan. ¿Cómo te justificarás, ¡oh! inocencia? También se desmayan las prostitutas.

Ella sabe hasta donde llega mi pasión. Ha visto el fondo de mi alma. Ha contemplado mi corazón en mis ojos, al rubor de nuestro primer beso... ¿Y nada sentía?... ¿se vanagloriaba sólo del triunfo de sus artes?... Cuando en mi venturoso delirio encerraba en ella locamente toda mi gloria, y hasta se callaban mis más impetuosos deseos, ella sola y la eternidad eran entonces los únicos pensamientos de mi mente... ¡Dios mío! ¿Y nada sentía?... ¿No sentía más que la satisfacción de un triunfo? ¿Nada más que el homenaje rendido a sus encantos? ¡Muerte y venganza! ¿Nada sino que me engañaba?

ESCENA III.

FERNANDO Y EL MARISCAL.

EL MARISCAL. (Entrando de puntillas.)-¿Habéis mostrado deseos de verme, querido mío?…

FERNANDO. (Aparte entre dientes) -De retorcer a un bribón el cuello. (Alto.) Esta carta, Mariscal, ha debido caer de vuestro bolsillo en la parada… y yo (con amarga sonrisa) he tenido la dicha de encontrarla.

EL MARISCAL.- ¿Vos?

FERNANDO.- Por la más divertida de las casualidades. Dios lo ha dispuesto así.

EL MARISCAL.- Ya notáis cuánto lo siento, Barón.

FERNANDO.- ¡Leedla, leedla! (Alejándose de él.) Si soy un amante desgraciado, quizás sea venturoso intermediario. (Mientras que el Mariscal lee, se aproxima a la pared y descuelga un par de pistolas.)

EL MARISCAL. (Que tira la carta sobre la mesa, e intenta irse.)- ¡Maldición!

FERNANDO. (Cogiéndolo de un brazo, y obligándolo a volver.) ¡Paciencia, estimado Mariscal! La noticia me parece agradable. Quiero la debida recompensa. (Enseñándole las pistolas.)

EL MARISCAL. (Retrocediendo asustado) -Seréis razonable, querido.

FERNANDO. (Con voz firme y amenazadora)-Más de lo necesario para enviar al otro mundo a un bribón como tú. (Preséntale una pistola, sacando un pañuelo del bolsillo.) ¡Tomad! Coged la punta de ese pañuelo… Es de esa cortesana.

EL MARISCAL.- ¿De este pañuelo? ¿Estáis loco? ¿Que os proponéis?

FERNANDO.- ¡Coged esa punta, te digo! ¡A no ser así, errarás el tiro, cobarde!… ¡Cómo tiembla el vil! ¡Debes dar gracias a Dios, infame, porque esta será la primera vez que encuentres algo en tu cerebro! (El Mariscal insiste en huir.) ¡Poco a poco! No será esto tan fácil. (Lo sujeta y corre el cerrojo.)

EL MARISCAL.- ¿En este aposento, Barón?

FERNANDO.- ¡Como si la cosa mereciera dar un paseo contigo por la muralla!… Tira y sonará mejor, y este será el primer ruido que haces en el mundo… ¡Tira!

EL MARISCAL. (Enjugándose el sudor de la frente.) ¿Y deseáis exponer así vuestra preciosa vida, joven de tan bellas esperanzas?

FERNANDO.- ¡Tira, te repito! Nada tengo que hacer en este mundo.

EL MARISCAL.- Pero yo tengo que hacer en el tanta más, excelente amigo.

FERNANDO.- ¿Tú, bribón? ¿Como? ¿Tú?… ¿Ser acaso la polilla, en donde son raros los hombres? ¿Alargarte y acortarte siete veces en un momento, como la mariposa clavada en la aguja? ¿Llevar el registro de las idas y venidas de tu señor a ciertos lugares excusados, y ser el caballo de alquiler de su ingenio? Bien; es igual, yo te llevo conmigo como a un animal extraño. A manera de mono enseñado, bailarás tú al compás de los aullidos de los condenados, traerás lo que te manden, obedecerás, y con artificios cortesanos aliviarás un tanto su desesperación eterna.

EL MARISCAL.- ¡Lo que gustéis, caballero, lo que os plazca!… Pero dejémonos de pistolas.

FERNANDO.- ¡Vedlo ahí, a ese hijo del dolor!… ¡Vedlo ahí, para oprobio del sexto día de la creación! ¡Como si un editor de Tubinga quisiera parodiar al Todopoderoso!… ¡Lástima sólo, perpetua lástima para la onza de sesos, tan mal alojados en ese cráneo ingrato! Esta única onza hubiese transformado a un mono en hombre perfecto, y en él sirve para ludibrio de la razón… ¡Y entregarle la mitad de su corazón!… ¡Monstruoso! ¡Incomprensible!… A un personaje más a propósito para alejar el pecado, que para fomentarlo.

EL MARISCAL.- ¡Oh! Gracias sean dadas a Dios, que hace alarde de su ingenio.

FERNANDO.- Prefiero dejarlo como es. La tolerancia, que perdona a un gusano, valga también en su favor. Cuando se tropieza con estos seres, quizás se alcen los hombros, acaso se admire la sabia economía de la Providencia, que hasta con estiércol e inmundicias alimenta a sus criaturas, y ofrece en lo alto de la horca un festín a los cuervos, y un cortesano en el lodo que rodea a los soberanos… Por último, nos sorprendemos al observar el orden del universo, que, hasta en el mundo moral, mantiene víboras y tarántulas para derramar su ponzoña… Pero (Renovándose su ira.) que ese engendro no toque a mis flores (sacudiendo al Mariscal con violencia.), o si la hace, lo aniquilo por completo.

EL MARISCAL. (Aparte y suspirando.)- ¡Dios mío! ¡Quién no pudiera alejarse de aquí!

¡En Bicetre, junto a París, siempre que estuviese lejos!

FERNANDO.- ¡Bribón! ¡Si ella no es ya pura!... ¡Bribón! ¡Si tú te has entregado al placer, cuando yo sólo adoraba... (Con más cólera.) Si has sido un libertino, cuando yo me creía un Dios! (Cállase de repente, luego con acento terrible.) Más te valiera, oh bribón, refugiarte en el Infierno, que te encuentre mi rabia en el Cielo... ¿Hasta dónde has llegado en tus amoríos con ella? ¡Confiésalo!

EL MARISCAL.- ¡Soltadme! Todo lo diré.

FERNANDO.- ¡Oh! Más seductor ha de ser cortejar a esa joven, que soñar en la gloria con otra... Si ella quisiera perderse, ¡oh! si lo quisiera, podría rebajar la dignidad del alma y desnaturalizar la virtud con el deleite. (Apoyando la pistola contra el corazón del Mariscal.) ¿Qué has hecho con ella? ¡Mueres, si no lo confiesas!

EL MARISCAL.- ¡Nada! ¡Nada absolutamente! ¡Tened un solo minuto de paciencia! Os han engañado.

FERNANDO.- ¡Y me lo pagarás, malvado!... ¿Qué has hecho con ella? ¡Confiésalo, o mueres!

EL MARISCAL.- *¡Mon Dieu!* ¡Dios mío! Yo lo digo... ¡Escuchad!... Su padre... su mismo querido padre...

FERNANDO. (Con ira.)- ¿Te ha vendido su hija? Pero ¿qué has hecho con ella? ¡Te mato, o lo dices!

EL MARISCAL.- ¡Estáis loco! ¡No me oís! Jamás la he visto. No la conozco. Nada sé de ella.

FERNANDO. (Retrocediendo.)- ¿No la has visto? ¿No la conoces? ¿Nada sabes de ella? ... Luisa Miller se ha perdido por tu obra, ¿y tú reniegas de ella tres veces consecutivas? ¡Vete, miserable! (Le da un culatazo con la pistola y lo echa.) Ninguno como tú ha podido inventar la pólvora.

ESCENA IV.

FERNANDO, solo.

(Después de un largo silencio, durante el cual su fisonomía toma una expresión terrible.)- ¡Perdido! ¡Sí, desdichada... ¡Lo estoy! ¡Y tú también! ¡Sí, por Dios Omnipotente!... ¡Sí yo me veo perdido, tú también lo estás!... ¡Juez soberano! No me hagas responsable. Ella es mía. Por ella renuncié a tu mundo, a todas las grandezas de tu creación. ¡Déjamela,... Juez soberano! Almas a millones te suplican... míralas con ojos misericordiosos. ¡Déjame sólo a ella.! ¡Juez soberano! (Juntando las manos con la mayor angustia.) El Creador de todas las cosas, tan rico, tan poderoso, ¿me rehusará una sola alma, que es además la más desdichada de sus obras?... ¡Ella es mía! Yo, antes, su Dios; ahora, su mal ángel. (Mirando oblicuamente con ojos extraviados.) ¡Unido a ella toda una eternidad sobre la rueda del tormento!... mis ojos echando raíces en los suyos... mis cabellos erizados, confundidos con los suyos... nuestros ayes mezclados... y entonces recomenzar mis caricias, y repetirle sus juramentos... ¡Dios mío, Dios mío!... esta unión es temible... pero eterna. (Hace ademán de irse: el Presidente se presenta.)

ESCENA V.

FERNANDO Y EL PRESIDENTE.

FERNANDO. (Retrocediendo.)- ¡Oh!... ¡mi padre!

EL PRESIDENTE.- Nos encontramos muy a propósito, hijo mío. Yo vengo a anunciarte una grata nueva, que, además, oh hijo querido, ha de sorprenderte. ¿Nos sentamos?

FERNANDO. (Que le mira fijamente.)- ¡Padre mío! (Acercándose a él muy conmovido, y estrechando su mano.) ¡Padre mío! (Buscando su mano y arrodillándose.) ¡Oh padre mío!

EL PRESIDENTE.- ¿Qué tienes, hijo? ¡Levántate! ¡Tu mano arde y tiembla!

FERNANDO. (Con emoción impetuosa y calor extraordinario.) ¡Perdonad al ingrato, padre mío! ¡Soy un verdadero réprobo! No he correspondido a vuestra bondad. Vuestros sentimientos eran tan paternales... ¡Oh! Adivinabais... ahora es ya tarde... ¡Perdón!... ¡Perdón! ¡Bendecidme, padre mío!

EL PRESIDENTE. (con hipocresía, y aire afectado de inocencia.)- ¡Levántate, hijo! Reflexiona quo tus palabras son para mí un enigma.

FERNANDO.- Esa Miller, padre... ¡Oh, conocéis bien el corazón humano!... ¡Vuestra ira era entonces tan justa, tan digna, tan paternal, tan llena de noble ardor!... Sólo que, con tanto celo por el bien de vuestro hijo, habíais... errado el camino... Esa Miller...

EL PRESIDENTE.- ¡No me atormentes, hijo! ¡Maldigo mi dureza! Vengo a pedirte perdón.

FERNANDO.- ¡Perdón a mí! ¡Caiga vuestra maldición sobre mi cabeza!... ¡Vuestra desaprobación era sólo sabiduría; vuestro rigor compasión divina! ... Esa Miller, padre...

EL PRESIDENTE.- ¡Es una joven amable y noble! Yo me retracto de mis sospechas infundadas! ¡Ha conquistado mi estimación!

FERNANDO. (Que se levanta conmovido.)-¡Cómo! ¿vos también? ... ¿No es verdad, padre mío, que es una criatura inocente?... ¡Es tan natural amarla!...

EL PRESIDENTE.- Di más bien que es un crimen no amarla.

FERNANDO.- ¡inaudito! ¡Monstruoso!...- ¿Y leéis también en el fondo de los corazones? ¡La mirabais con ojos de odio!... ¡Hipocresía sin ejemplo!... Esta Miller, padre...

EL PRESIDENTE.- Merece ser hija mía. Su virtud vale un árbol genealógico, y su belleza un tesoro. Mis principios ceden a tu amor... ¡Qué sea, pues, tuya!

FERNANDO. (Que sale precipitadamente del aposento.)- ¡Esto me faltaba! ¡Adiós, padre mío! (Vase.)

EL PRESIDENTE. (Siguiéndolo.)- ¡Detente, detente! ¿Adónde vas así? (Vase.)

ESCENA VI.

Una sala suntuosa en casa de Lady Milford.

LADY MILFORD Y SOFÍA, que entran.

LADY.- ¿La has visto, pues? ¿Vendrá?

SOFÍA.- ¡Ahora mismo! Estaba vestida como de casa, y pensaba ataviarse sin tardanza.

LADY.- No me digas nada de ella… ¡Silencio! Tiemblo como un criminal al pensar que he de verla feliz, cuando su corazón armoniza tan terriblemente con el mío… ¿Y como recibió mi invitación?

SOFÍA.- Se quedo sorprendida, pensativa; me miró con ojos espantados, y se calló. Yo esperaba oír sus excusas, cuando dirigiéndome una ojeada, que me extrañó sobremanera, me respondió: «Vuestra señora me manda hoy lo que yo pensaba pedirle mañana.»

LADY. (Muy inquieta.)- Déjame, Sofía. Compadéceme. Me ruborizaré, si es una mujer ordinaria, y si algo más, me desesperaré.

SOFÍA.- Pero, Milady… no es así como se ha de recibir a una rival. Tened presente lo que sois. Recordad vuestro nacimiento, vuestro rango, vuestro poder, y llamadlos en vuestra ayuda. Un corazón orgulloso debe realzar el brillo soberbio de vuestra presencia.

LADY. (Distraída.)- ¿Qué charla esta loca?

SOFÍA. (Con malicia.)- ¿Será casual, acaso, que hoy os adornen vuestros diamantes más preciosos? ¿Será casual que hoy llevéis vuestros vestidos más ricos?… ¿Que vuestra antesala hormiguee de lacayos y pajes, y que recibáis a la joven oscura en un salón regio de vuestro palacio?

LADY. (Paseándose, con amargura.)-¡Detestable! ¡Insufrible! ¡Ojos de lince tienen las mujeres para ver los defectos de otras mujeres!… Pero ¡cuán bajo, cuán bajo habré caído, para que me comprenda semejante persona!

UN AYUDA DE CÁMARA. (Entrando.)- La señorita Miller…

LADY. (A Sofía.)- ¡Vete tú! ¡Aléjate! (Con imperio, al observar que Sofía duda.) ¡Vete! ¡Yo te lo mando! (Vase Sofía, y ella da un paseo por la sala.) ¡Bueno! No está mal mi emoción. Tal era mi deseo. (Al Ayuda de cámara.) ¡Que entre esa joven! (Vase el criado; ella se deja caer en un sofá y toma un aire de nobleza y abandono.)

ESCENA VII.

LUISA MILLER entra con timidez, y se detiene muy lejos de MILADY, que le ha vuelto la espalda, mirándola atentamente en el espejo de enfrente; pausa.

LUISA.- ¡Señora! Espero vuestras ordenes.

MILADY. (Que se vuelve hacia Luisa, y le baja la cabeza con altivez y desdeñosa curiosidad.)- ¡Ah! ¿Estáis ya aquí?... Sin duda la señorita... cierta... ¿cuál es vuestro nombre?

LUISA. (Algo picada.)- Mi padre se llama Miller, y Vuestra Señoría mandó buscar a su hija.

MILADY.- ¡Verdad, verdad! Ya me acuerdo... la pobre hija del músico, de quien se hablaba hace poco. (Pausa, y aparte.) Muy interesante, y, sin embargo, no es ninguna beldad... (Alto, a Luisa.) ¡Acercaos, hija mía! (Aparte.) Ojos acostumbrados a llorar. ¡Cómo me agradan esos ojos! (Alto.) ¡Más cerca... más!... ¡Hija mía! Creo que me tienes miedo.

LUISA. (Con grandeza y decisión.)- No, Milady. Yo desprecio la opinión del vulgo.

MILADY. (Aparte.)- Y, sin embargo, vulgar es su insolencia. (Alto.) Os han recomendado a mí, señorita. Dicen que sabéis algo, sobre todo vivir... ¡Sea así! Haré por creerlo... Por nada del mundo calificaré de engañoso a su ardiente protector.

LUISA.- Sin embargo, no conozco a nadie, Milady, que se haya molestado en buscarme una protectora.

MILADY. (Sorprendida.)- ¿La molestia en buscar a la protectora, o a la protegida?

LUISA.- Yo lo entiendo, señora.

MILADY.- Hay en esto más malicia de lo que promete esa fisonomía franca. ¿Os llamáis Luisa? ¿Qué edad tenéis, si puedo preguntároslo?

LUISA.- Diez y seis años cumplidos.

MILADY. (Levantándose con prontitud.) ¡Dicho está ya! ¡Diez y seis años!... ¡El primer latido de la pasión!... El primer sonido argentino, que se arranca del piano virgen... Nada más seductor... Siéntate, joven amable; tú me agradas... ¡Y el ama también por vez primera!... ¿Qué extraño es, por tanto, que los rayos de la aurora se encuentren? (Con amistad, y cogiéndole una mano.) No hay duda, yo quiero hacerte feliz, querida mía... Nada, nada es esto más que un sueño agradable y prematuro... (Tocando a Luisa en las mejillas.) Mi Sofía se casa; tú ocuparás su puesto... ¡Diez y seis años! Esto no puede ser duradero.

LUISA. (Besándole respetuosamente la mano.)-Os agradezco ese favor, Milady, como si en realidad lo recibiera.

MILADY. (Encolerizándose.)- ¡Vaya una gran señora!... De ordinario, las jóvenes de vuestra clase se estiman muy dichosas, cuando encuentran una colocación como esta... ¿Qué deseáis, pues, doncella pretenciosa? ¿Esos dedos son demasiado delicados para el trabajo? ¿Os hace tan orgullosa vuestra vulgar hermosura?

LUISA.- Mi rostro, noble señora, me pertenece tan poco como mi nacimiento.

MILADY.- ¿Creéis acaso que esto no ha de terminar nunca?... ¡Pobre criatura! Quien te lo haya persuadido, sea el que fuere, se ha burlado de ti y de sí mismo. Tus mejillas no han sido doradas a fuego. Lo que te ofrece tu espejo como robusto y eterno, es sólo oropel vano y pasajero, que se quedará tarde o temprano en las manos de tu adorador... ¿Qué hacemos, pues?

LUISA.- Compadeced al adorador que compra un diamante, porque lo creía engarzado en oro.

MILADY. (Sin querer atender a estas palabras.)-Una joven de vuestros años siempre tiene a mano dos espejos, el verdadero y el de su admirador... la adulación complaciente del último corrige la ruda franqueza del primero. El uno muestra una señal odiosa de viruelas. ¡Que disparate! dice el otro; es un hoyo en donde anidan las Gracias. Y vosotras, inocentes, solo creéis a éste, y saltáis de uno a otro testimonio, hasta que confundís a ambos. ¿Por qué me miráis así?

LUISA.- ¡Perdonad, señora!... Estaba deplorando la suerte de ese soberbio y resplandeciente rubí, ignorante de los sarcasmos de su dueña contra la vanidad.

MILADY. (Ruborizándose.)- ¡No variéis de conversación, picaruela! A no ser por las esperanzas, que ponéis en vuestra belleza, ¿qué razón hay en el mundo para impediros aceptar una colocación, la más a propósito para conocer a las gentes y adquirir finos modales, la única que puede extirpar vuestras preocupaciones vulgares?

LUISA.- ¿Y también mi vulgar inocencia, Milady?

MILADY.- ¡Sandia observación! El bribón más libertino se abstiene de proponernos nada deshonroso, si no lo alentamos en su empresa. Hacedle saber quien sois. Mostraos honrada y digna, y vuestra virtud estará segura.

LUISA.- Dispensadme, señora, si, por lo que yo entiendo, me atrevo a dudarlo. Los palacios de algunas damas son con frecuencia teatro de los placeres más licenciosos. ¿Quién imaginará que la hija de un pobre músico es bastante heroica para lanzarse en medio de la peste, temiendo su contagio? ¿Quién soñará que lady Milford mantiene un gusano roedor de su conciencia, y gasta su dinero por gozar de la ventaja de ruborizarse a cada instante?... Yo soy franca, noble señora... ¿Os regocijaría mi presencia, cuando os prepararais a disfrutar del placer? ¿Lo sufriríais después de apurado?... ¡Oh! Mejor, mejor es que nos separen inmensas distancias... que corran entre ambas vastos mares!... Advertid, señora, que tendréis vuestras horas de ayuno, vuestros momentos de desmayo... Las víboras del remordimiento pueden penetrar en vuestro corazón, y entonces... y entonces, ¡qué tormento para vos, al ver retratada en el rostro de vuestra doncella de cámara esa paz inocente del alma, recompensa de toda conciencia pura! (Retrocede un paso.) Otra vez, Milady; otra vez os pido perdón.

MILADY.- (Muy agitada.) Es insufrible que ella me lo diga, y aún más insufrible que tenga razón. (Acercándose a Luisa, y mirándola fijamente.) Tú no me engañarás, joven. Las opiniones solas no se expresan con tanto calor. En el fondo de tus frases hay un interés apasionado, que te impide aceptar mi servicio... y que infunde en tu lenguaje tanta energía (Con aire amenazador.) Y, ¡que yo descubriré!

LUISA. (Con noble serenidad.)- ¡Y aunque lo descubrieseis! ¡Y aunque hirieseis con el pie a la tierra con desprecio, y despertaseis al débil gusanillo, al cual dotó el Criador de un aguijón para defenderse de sus enemigos!... Yo no temo vuestra venganza, Milady... La miserable pecadora, en el infamante instrumento del suplicio, se reiría de la ruina del universo. Mi desdicha es tan grande, que la franqueza no puede ya aumentarla. (Pausa: después con solemnidad.) Queréis arrancarme del polvo de mi humilde cuna. No analizaré este favor sospechoso. Solo quisiera saber cuál es el motivo, que impulsa a Milady a pensar que yo sea bastante insensata para avergonzarme de mi nacimiento. ¿Qué podrá justificar que se erija en promovedora de mi dicha, antes de estar segura de si la aceptaré yo de su mano?... Yo había renunciado por completo a todas las alegrías de este mundo... Yo había perdonado su huida a mi ventura... ¿Por qué atraerme de nuevo o ella?... Si hasta la misma Divinidad oculta los rayos de su gloria, para que no se asuste de sus tinieblas el serafín de más elevado rango... ¿por qué han de ser los hombres tan horriblemente compasivos?... ¿De qué proviene, Milady, que vuestra tan cacareada dicha mendigue tan solicita la admiración y la envidia de la miseria? ¿Tanta necesidad de la desesperación tiene vuestro deleite para su recreo? ¡Oh! ¡Más vale que me dejéis en mi ceguedad, puesto que sólo ella puede reconciliarme con mi funesto destino! El insecto se encuentra tan feliz en una gota de agua como en un hemisferio, tan alegre y tan bienaventurado, hasta que se le habla de océanos, en donde juegan flotas y ballenas... Pero ¿deseáis averiguar verdaderamente si soy dichosa? (Pausa, después se acerca con rapidez a Milady, y le pregunta de repente. ¿Lo sois vos, Milady? (Milady, sorprendida, se separa de ella precipitadamente, y Luisa la sigue y toca con la mano su corazón.) ¿Este corazón está tan risueño como aparenta? Y si pudiésemos ahora trocar el vuestro por el mío, y una suerte por otra, y si yo, en mi candor infantil... y si yo preguntara a vuestra conciencia, y si os interrogara como una madre a su hija... ¿os decidiríais a hacer este cambio?

MILADY. (Arrojándose en el sofá, muy afectada.)- ¡inaudito! ¡Incomprensible! ¡No, joven! ¡No! Tú no trajiste al mundo esta grandeza, y para madre eres demasiado joven. ¡No me engañes! Oigo otro maestro muy distinto...

LUISA. (Mirándola con ahínco.)- Yo debía admirarme, Milady, de que ahora os acordarais de ese maestro, cuando antes me creíais de tan diversa condición.

MILADY. (Levantándose da improviso.)- ¡Esto es insoportable!... Sí, seguramente no quiero ocultártelo... Lo conozco... lo sé todo... más de lo que quisiera (Detiénese y prosigue luego con animación hasta perder la calma por completo); ¡pero atrévete, desventurada... a amarlo y a ser amada de él!... ¿Que digo? ¡Osa pensar en él, o ser uno solo de los objetos de su pensamiento!... Soy poderosa; desventurada ¡Temible!... ¡Tan verdad como Dios existe! ¡Tu perdición, es segura!

LUISA. (Con firmeza.)- Perdida, sí, Milady, en cuanto lo obliguéis a amaros.

MILADY.- Ya te comprendo... Pero no me amará. Quiero sobreponerme a esta pasión vergonzosa, humillar mi corazón y desgarrar el tuyo... Suscitare entre vosotros montañas y abismos; yo seré la Furia, que atormentará vuestra gloria...; mi nombre, como el espectro que persigue al criminal, amargará, separándoos, vuestros besos. Tu belleza y

tu floreciente juventud se desvanecerán entre sus brazos, hasta convertirse en una momia... Yo no puedo ser feliz con él... pero tú no lo serás tampoco... ¿Oyes, miserable? Dicha es destruir la ajena dicha.

LUISA.- Una fortuna que os han robado ya, Milady. No calumniéis a vuestro propio corazón. No sois capaz de hacer lo que, amenazándome, acabáis de decir. No sois capaz de atormentar a una criatura, que no os ha hecho otro mal que sentir como vos... Pero os amo ya a causa de vuestra cólera.

MILADY. (Después de serenarse.)- ¿En dónde estoy? ¿En dónde estaba? ¿Qué he dicho? ¿A quién lo he dicho?... ¡Oh Luisa alma noble, magnánima, divina! ¡Perdona a una loca!... ¡No tocaré a uno solo de tus cabellos! ¿Qué deseas? ¡Habla! Quiero llevarte en mis brazos, ser tu amiga, tu hermana... Tú eres pobre... ¡Mira! (Despojándose de algunos brillantez.) Venderé todas estas joyas... mis vestidos, mis caballos y carruajes... todo será tuyo, pero renuncia a su corazón.

LUISA. (Retrocede sorprendida.)- ¿Os mofáis de una mujer desesperada, o no habéis tenido formal participación en esa acción bárbara?... ¡Ah! ¿Así podría pasar por una heroína, y trocar en mérito mi desmayo? (Quédase pensativa algunos instantes; después se acerca a Milady, toma su mano, y la mira fijamente con aire expresivo.) ¡Tomadlo, Milady!... Libremente os cedo ese hombre, arrancado de mi corazón con violencia infernal... Quizás lo ignoréis vos misma, Milady; pero habéis arrebatado su gloria a dos amantes; habéis desunido dos corazones, sellados por el mismo Dios; aniquilado a una criatura, que se acercaba a Él como vos, engendrada como vos para la felicidad, que lo ha ensalzado como vos, y que no lo ensalzará más... ¡Milady! Hasta el trono del Todopoderoso llegarán los vanos esfuerzos del gusano hollado por osada planta... No es posible que se muestre indiferente a la suerte de las almas asesinadas en sus manos... ¡Vuestro es ahora! Tomadlo, pues, ahora, Milady. ¡Corred a sus brazos! ¡Llevadlo al altar! Pero no olvidéis en vuestros ósculos, que el fantasma de una suicida se interpondrá entre vosotros... Dios será misericordioso... No tengo otro apoyo. (Vase corriendo.)

ESCENA VIII.

MILADY sola, conmovida, fuera le sí, mirando fijamente a la puerta por donde ha desaparecido LUISA; al fin parece salir de su arrobamiento.

MILADY.- ¿Qué era esto? ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué dijo esa desdichada?... Todavía, oh cielos, todavía están desgarrando mis oídos esas terribles palabras, que me condenan: «¡Tomadlo!».... ¿A quién, desventurada? ¿Al presente de tu mortal agonía, al horrible legado de tu desesperación? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Tan bajo He caído yo... tan de repente he descendido del trono levantado por mi orgullo, que espero con hambre devoradora los restos de la última lucha mortal, que me cede una pordiosera generosa?... «¡Tomadlo!»... ¡y lo dijo con tal acento, lo acompañó con tal mirada! ¡Ah! ¡Emilia! ¿y para esto franqueaste las barreras impuestas a tu sexo?... ¿y para esto adoptaste el nombre de gran señora inglesa, para que el soberbio edificio de tu honor se desmoronase al empuje de la más sublime virtud de una joven oscura y sin defensa?... ¡No, orgullosa desventurada, no!... Emilia Milford podrá ruborizarse... pero nunca envilecerse. Yo tengo también energía suficiente para renunciar a... (Paseándose con majestad.) ¡Desaparece ya, mujer débil y desventurada!... ¡Adiós, gratas y risueñas imágenes del amor!... ¡Que la magnanimidad sea desde ahora mi divisa! Cierta es la ruina de estos dos amantes, si lady Milford no abandona sus pretensiones y el corazón del Príncipe. (Pausa; después con animación.) ¡Está resuelto!... ¡ese obstáculo terrible ha desaparecido... rotos yacen los lazos, que me unían al Duque, y extirpado de mi pecho ese amor violento!... ¡En tus brazos me refugio, oh virtud... ¡recibe en ellos a Emilia, tu arrepentida hija!... ¡Ah!... ¡que placer tan consolador!... ¡Cuán serena, cuán superior a mí misma me encuentro!... Grande, como un sol en su ocaso, quiero descender hoy de la cumbre en donde me hallo, para que mi poder muera con mi amor, y sólo me acompañe mi corazón en mi orgulloso destierro. (Acercándose decidida a una mesa de escribir.) Y será ahora mismo... ahora, sin tardanza, antes que los encantos de ese joven amado abran de nuevo la llaga de mi corazón. (Se sienta y comienza a escribir.)

ESCENA IX.

MILADY; UN AYUDA DE CÁMARA; SOFÍA; después el MARISCAL; y en seguida LOS CRIADOS.

EL AYUDA DE CÁMARA.- El Mariscal, en la antesala, trae una comisión del señor Duque.

MILADY. (Mientras escribe con calor.)- ¡Ahora se desvanecerá el polichinela serenísimo! ¡Sí, sin duda! La idea es bastante diabólica para trastornar el seso a un Príncipe… Su corte se convertirá en un torbellino… y todo el país sufrirá una completa perturbación.

EL AYUDA DE CÁMARA Y SOFÍA.- El Mariscal, Milady…

MILADY. (Volviéndose.)- ¿Quién? ¿Qué decís?… Tanto mejor. Este linaje de hombres sirve para llevar las cargas de los demás. ¡Bien venido sea! (Vase el Ayuda de cámara.)

SOFÍA. (Acercándosele inquieta)- Si yo no temiera, Milady… si no fuese atrevimiento… (Milady escribe con calor.) La Miller ha salido precipitadamente por la antesala… estáis acalorada… habláis sola…- (Milady continúa escribiendo.) Temo… ¿Qué sucederá?

EL MARISCAL. (Que entra, y hace muchas cortesías a Milady vuelta de espaldas; no notando su presencia, aproxímase más, se coloca detrás de su asiento, se apodera de su vestido, y lo besa con timidez cortesana.)- El Serenísimo…

MILADY. (Que echa arenilla en lo escrito, y lo lee.)- Me acusará de negra ingratitud… Yo estaba abandonada. Me sacó de la miseria… ¿De la miseria?… ¡Horrible mudanza! ¡Desgarra tu cuenta, seductor! Mi eterna vergüenza la paga con usura.

EL MARISCAL. (Después de dar varias vueltas inútiles alrededor de Milady.)- Parece Milady algo distraída. Seré, pues, bastante atrevido para abusar… (Muy alto.) S. A. Serenísima me envía a preguntaros si habrá esta noche Bauxhall o comedia…

MILADY. (Levantándose y sonriéndose.)- Es indiferente; cualquiera de los dos, ángel mío… Mientras tanto llevad esta carta al Duque para postres (A Sofía.) Que enganchen mis carruajes, y que toda mi servidumbre se reúna en esta sala.

SOFÍA. (Que sale precipitadamente, muy conmovida.)- ¡Oh cielos! ¡Que triste presentimiento!… ¿Que sucederá?

EL MARISCAL.- ¡Estáis sofocada, señora!

MILADY.- Tanto menos durará el engaño… ¡Albricias, Sr. Mariscal! Habrá una plaza vacante. Buena cosecha para intermediarios amorosos. (Al mirar el Mariscal la carta furtivamente.) ¡Leedla, leedla!… No deseo que su contenido sea un misterio para nadie.

EL MARISCAL. (Que lee, mientras se reúnen los criados en el fondo.)- «Serenísimo Señor: El contrato, que habéis violado tan fácilmente, no puede ya obligarme. La ventura de vuestros súbditos era la condición de mi amor. El engaño ha durado tres años. La venda ha caído ya de mis ojos. Me horrorizan los favores, que provocan las lágrimas de vuestros gobernados… Emplead el amor, a que ya no puedo corresponder, en beneficio de vuestro desolado imperio, y aprended de una princesa inglesa a tener compasión de vuestro pueblo alemán. Dentro de una hora habré traspasado la frontera.-JUANA NORFOLK.»

TODOS LOS CRIADOS. (Que hablan entra sí sorprendidos.)- ¿La frontera?

EL MARISCAL. (Que deja la carta en la mesa horrorizado.)- ¡Líbrenos de ello Dios, señora estimadísima! El que entregara esta carta, y quien la ha escrito, arriesgarían por igual su cabeza.

MILADY.- ¿Tal es tu preocupación, linda alhaja? Ya sé, por desgracia, que tú, y los que se te asemejan, se atosigan sólo con referir lo que otros han hecho… Casi soy de opinión que se escondiera este billete en un pastel de carne de venado, para que S. A. S. lo encontrase de repente. en su plato…

EL MARISCAL.- *¡Ciel!* ¡Que temeridad! ¿Os atreveríais?… ¿Habéis meditado bien la desgracia a que os exponéis, Milady?

MILADY. (Que se dirige a todos sus criados reunidos, y les habla muy conmovida.)- Vuestra emoción es muy grande, buenas gentes, y esperáis con angustia cuál ha de ser la solución de este enigma… ¡Acercaos, queridos míos!… Me habéis servido con bondad, y celo, atendiendo más a mis deseos que a mi bolsillo; la obediencia era vuestra pasión, mis favores vuestro orgullo… El recuerdo de vuestra fidelidad se unirá al de mi envilecimiento. ¡Funesto destino, que ha hecho de mis días más infortunados los más dichosos vuestros! (Con lágrimas en los ojos) ¡Yo os dejo, hijos míos!… Lady Milford no existe ya, y Juana Norfolk es harto pobre para pagar sus deudas. Que mi cajero reparta entre vosotros sus fondos… Este Palacio pertenece al Duque… El más pobre de vosotros

saldrá de aquí más rico que su señora. (Preséntales su mano, que todos besan con efusión.) yo os comprendo, amigos míos... ¡Adiós, adiós para siempre! (Reprime sus sollozos.) Oigo el coche, que llega. (Los deja y quiere salir, pero el Mariscal le cierra el paso.) Desventurado, ¿todavía estás ahí?

EL MARISCAL. (Que mientras tanto ha estado mirando la carta de un modo deplorable.)- ¿Y yo he de depositar este billete en las augustas manos de S. A. S.?

MILADY.- ¡Desventurado! Sí; en sus augustas manos, y dirás a sus augustos oídos, que, no pudiendo ir yo descalza a Loreto, trabajaré todo el día para purificarme y lavar la mancha de haberlo gobernado. (Vase apresuradamente, y los demás muy conmovido.)

ACTO V.

Aposento en casa del músico.- Es la hora del crepúsculo de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, silenciosa, está sentada en el ángulo más oscuro de la habitación, con la cabeza apoyada en el brazo; después de una larga pausa aparece MILLER con una linterna, mira con angustia a todas partes sin ver a LUISA, y deja el sombrero en la mesa y la linterna en el suelo.

MILLER.- ¡Tampoco está aquí! ¡Tampoco aquí! He recorrido todas las calles, he visitado todas las casas de los conocidos, y he preguntado en todas las puertas... nadie ha visto a mi hija. (Pausa.) ¡Paciencia, pobre, desdichado padre! Espera hasta mañana. Quizás aparezca en la orilla tu única hija... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Habré yo idolatrado a esa niña con exceso?... ¡Fuerte es el castigo; fuerte, Padre, que estás en el cielo! No murmuro, Padre mío, pero el castigo es terrible. (Déjase caer con tristeza en una silla.)

LUISA. (Desde un rincón.)- ¡Haces bien, mísero anciano! Aprende a sufrir aún más.

MILLER. (Levantándose.)- ¿Estás ahí, hija mía? ¿Estás ahí?... Pero ¿por qué tan sola y sin luz?

LUISA.- No estoy tan sola. Cuando la oscuridad me rodea por todas partes, es justamente cuando yo veo a quien me agrada.

MILLER.- ¡Dios te proteja! Sólo el gusano roedor de la conciencia vela en compañía del búho. El culpable y el malvado temen sólo la luz.

LUISA.- También la eternidad, oh padre, habla con las almas desvalidas.

MILLER.- ¡Niña, niña! ¿Qué modo de hablar es este?

LUISA. (Levantándose y adelantándose.)- Mi lucha ha sido atroz. Ya lo sabéis, padre. Dios me ha dado fuerzas. El combate ha terminado. Se suele decir, oh padre, que nuestro sexo es frágil y delicado. No lo creáis. Temblamos a la vista de una araña, y estrechamos entre nuestros brazos al horrible monstruo de la destrucción. Sabed, oh padre, que vuestra Luisa está alegre.

MILLER.- ¡Oye, hija! Quisiera que lloraras. Más me agradaría.

LUISA.- ¿Cómo he de sobrepujarle en sagacidad, padre? ¿Cómo engañar al tirano?... El amor es más astuto que la maldad, y también más atrevido... Él lo ignoraba; él, el de la triste estrella en el pecho... ¡Oh! son avisados, mientras ponen en juego su inteligencia; pero en los asuntos en que se interesa el corazón, los perversos se hacen estúpidos... ¿Pensaba sellar su engaño con un juramento? Este lazo, padre, liga a los vivos, pero la muerte rompe los eslabones de hierro de la promesa jurada. Fernando conocerá entonces a su Luisa... ¿Queréis encargaros de llevar este billete, oh padre? ¿Será tanta vuestra bondad?

MILLER.- ¿A quién, hija mía?

LUISA.- ¡Extraña pregunta! Lo infinito y mi corazón no dejan entre sí espacio bastante para formular un solo pensamiento acerca de él... Por otra parte, ¿a quién sino a él podría escribir yo?

MILLER. (Inquieto.)- Oye, Luisa, voy a romper el sobre.

LUISA.- Como queráis, padre... Pero nada adelantaréis. Las letras son como cadáveres, y sólo viven a los ojos del amor.

MILLER. (Leyendo.)- «Te hacen traición, Fernando... Una infamia sin ejemplo ha roto el lazo que unía nuestras almas; un horrible juramento ha hecho enmudecer mi lengua, y tu padre ha puesto en todas partes vigilantes. Pero, si tienes valor, amado mío, yo conozco cierto lugar, en donde no obliga ningún juramento, ni en donde se encuentra ningún espía.» (Miller se detiene, y la mira con seriedad.)

LUISA.- ¿Por qué me miráis así? Leedla toda, padre.

MILLER.- «Pero has de tener valor suficiente para recorrer esa senda de tinieblas, en donde solo tu Luisa y Dios pueden guiarte. únicamente has de llevar allí tu amor, renunciando a todas tus esperanzas y deseos fogosos; sólo puede servirte tu corazón. Si quieres... parte cuando el reloj de la torre de los Carmelitas dé las doce. Si no te atreves... no llames varonil a tu sexo, porque una doncella te llena de vergüenza. (Miller deja la carta en la mesa, mira ante él pensativo, con dolor y fijeza; y, por último, se vuelve hacia ella, y le dice con voz lenta y entrecortada.) Y ¿Cuál es ese tercer lugar, hija mía?

LUISA.- ¿No sabéis cuál es? ¿No lo conocéis realmente, padre?... ¡Cosa extraña! Está descrito de manera, que es fácil encontrarlo. Fernando lo hallará.

MILLER.- ¡Hum! Habla más claro.

LUISA.- No me es posible darle un nombre grato... No os asustéis, padre, si es odioso ese lugar... ¿Por qué el amor no ha inventado su nombre? Sería entonces el más dulce.

Ese tercer lugar, padre bondadoso… dejadme decirlo de una vez… ¡es la tumba!

MILLER. (Cayendo en una silla.)- ¡Dios mío!

LUISA. (Acercándose a él, y sosteniéndolo.)-¡No Padre mío! Sólo son vanos temores los que despierta esa palabra… Desechadlos, y allí veréis un lecho nupcial, en donde la aurora tiende su tapiz dorado, y la primavera teje sus guirnaldas de varios colores. Sólo un pecador llorón puede calificar a la muerte de esqueleto, pero es en realidad un niño de cabellos de oro y faz angelical, lleno de vida, como pintan al Dios del amor, pero no tan travieso… un genio servicial y pacífico, que ofrece un brazo al alma del cansado peregrino, le abre las puertas de la grandeza eterna, le sonríe con benevolencia, y desaparece.

MILLER.- ¿Qué te propones, hija mía?… ¿Quieres emplear contra ti tus propias manos?

LUISA.- ¡No hables así, padre mío! Dejar una sociedad, que no puede sufrirme… pasar antes de tiempo a un lugar, en donde no puedo ya faltar… ¿es acaso pecado?

MILLER.- El suicidio es el más repugnante de todos, hija mía… El único irreparable, porque son simultáneos el pecado y la muerte.

LUISA. (Que se queda atónita.)- ¡Eso es horrible! Pero no será tan pronto. Me arrojaré al río, padre, y mientras me ahogo invocaré la misericordia divina.

MILLER.- O lo que es lo mismo, te arrepentirás del robo, en cuanto dejes seguro lo robado… ¡Hija, hija! Ten cuidado no te burles de Dios, cuando más necesitas de su ayuda… ¡Oh! lejos, demasiado lejos has ido ya, en mi opinión!… No oras ya, y el Todopoderoso ha levantado de ti su mano.

LUISA.- ¿Amar es quizás un delito, padre?

MILLER.- Si es a Dios a quien amas, nunca pecarás… ¡Me has agobiado, hija mía única, me has agobiado con insufrible peso; casi me llevas a la tumba!… Sin embargo, no quiero afligirte más… Hija, yo hablaba hace poco creyendo estar solo. Me has oído; y de todas maneras, ¿por qué ocultártelo ya? tú eras mi ídolo: óyeme, Luisa, si sientes todavía algún afecto hacia tu padre… Tú eras todo para mí. Nada puedes hacer ahora de tu bien, porque puedo perderlo todo. Mis cabellos, como ves, comienzan ya a blanquear. Va llegando para mí el tiempo en que los padres suelen gozar del fruto del capital, que han formado en el corazón de sus hijos… ¿Vas a defraudar mis esperanzas, Luisa? ¿Quieres perderte con todo cuanto posee tu padre?

LUISA. (Besando su mano con la más viva emoción.)- ¡No, padre mío! Dejo este mundo debiéndooslo todo, y pagaré en el otro con usura.

MILLER.- ¡Ten cuidado no te engañes en tus cálculos, hija mía! (Serio y con gran solemnidad.) ¿Nos encontraremos ya allí de nuevo?… ¡Cuán pálida te pones!… Mi Luisa comprenderá sin trabajo, que no es fácil que yo la vea en el otro mundo, porque no pienso visitarlo tan pronto como ella. (Luisa se precipita en sus brazos, sobrecogida de terror; él la oprime contra su pecho, y continúa con voz suplicante.) ¡Oh! hija, hija mía! ¡Oh hija humillada! ¡Oh hija, quizás ya perdida! ¡Atiende a las palabras de tu padre, importantes para ti! Yo no puedo vigilarte. Está en mi mano arrancarte un puñal, pero puedes suicidarte con una aguja. Yo puedo preservarte del veneno, y tú ahorcarte con un collar de perlas… Luisa… Luisa… solo me es lícito aconsejarte… ¿Intentas recurrir al extremo de exponerte a que tus ilusiones falaces se desvanezcan al llegar al horrible puente, que separa al tiempo de la eternidad? ¿Osarás presentarte ante el trono del Omnipotente, y engañarlo diciéndole: vengo por mi amor a ti, oh Creador… cuando tus ojos culpables están buscando su ídolo terrenal?… Y si ese vano Dios de tu fantasía, gusano entonces como tú, se retuerce a los pies de tu Juez, califica de engaño, en tan supremo instante, a tu confianza impía, y somete tus esperanzas infundadas a la misericordia eterna, cuando el desdichado apenas se atreve a implorarla para sí… ¿qué harás? (Con más energía y en voz más alta.) ¿Qué harás entonces, infortunada? (La estrecha un momento con fuerza, la mira sin pestañear y después la suelta de repente.) Ahora nada más sé… (Levantando su diestra.) ¡Estoy ahora delante de ti, Dios y Supremo Juez! ¡Nada puedo en favor de esta alma; hágase, pues, tu voluntad! Ofrece un sacrificio a ese mancebo elegante, para que tus demonios se regocijen, y tus buenos ángeles huyan… ¡Anda, pues! Carga con el fardo de tus pecados; carga también con ese, el último, el más horroroso; y si todavía es ligero su peso, mi maldición lo aumentará… He aquí un cuchillo… atraviesa con él tu corazón, y… (Hace ademán, de irse, sollozando y llorando a gritos.) y el de tu propio padre!

LUISA. (Que corre detrás de él.)- ¡Deteneos; deteneos! ¡Padre mío! ¿Ha de ser más cruel la ternura que la tiranía?… ¿Qué debo hacer?… No puedo… ¿Qué haré?

MILLER.- Si los besos de tu Mayor son más ardientes que las lágrimas de tu padre… ¡muere!

LUISA. (Después de una lucha terrible, pero con energía.)- Padre; aquí está mi mano!

Yo quiero... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hago? ¿Qué intento?... Padre, juro... ¡ay, ay de mí! Criminal, ¿adónde te encaminas?... ¡Sea, oh padre! Fernando... Dios me mira... ¡Oh, si yo borrara hasta su último recuerdo! (Rompe la carta.)

MILLER. (Abrazándola, ebrio de alegría.)- ¡Ésta es mi hija!... ¡Mira! ¡por renunciar a un amante haces feliz a un padre! (Abrazándola de nuevo entre lloroso y risueño.) ¡Hija, hija! ¡Yo no era digno de ver un día como este!... ¡Solo Dios sube por que yo, hombre pecador, poseo este ángel del cielo!... ¡Luisa mía, gloria mía!... ¡Oh Dios! seguramente comprendo poco lo que es el amor; pero que sea un tormento renunciar a él... lo comprendo bien.

LUISA.- ¡Vayámonos de aquí, padre mío!... Lejos de esta ciudad, en donde mis compañeras de juego se burlan de mí, y mi buena reputación ha desaparecido para siempre... ¡Lejos, lejos!... muy lejos del lugar, en donde tantos recuerdos me hablan de mi pasada ventura... ¡Lejos, lo más lejos posible!...

MILLER.- ¿Adónde quieres ir ahora, hija mía? El pan de nuestro Dios bondadoso se encuentra en todas partes, y no faltarán aficionados a mi violín. ¡Sí! Dejémoslo todo... ¡Sí! ¡Dejémoslo todo!... Pondrá en música la historia de tu amor desgraciado, y escribiré una canción sobre la hija que desgarra su pecho por honrar a su padre... pediremos así limosna de puerta en puerta, y nos será grato recibirla de manos de los que lloren...

ESCENA II.

Los mismos y FERNANDO.

LUISA. (Que lo ve primero, y se arroja gritando al cuello de Miller.)- ¡Dios mío! ¡Ahí está él! ¡Yo soy perdida!

MILLER.- ¿En dónde? ¿Quién?

LUISA. (Señalando al Mayor, con el rostro vuelto, y oprimiendo más estrechamente a su padre.)- ¡Él, él mismo!... ¡Vedlo! vedlo junto a vos, padre... para matarme ha venido.

MILLER. (Que lo mira, y retrocede.)- ¿Cómo? ¿Vos aquí, Barón?

FERNANDO. (Que se acerca con pausa, se detiene delante de Luisa, y la contempla fijamente: momento de silencio.)- ¡Conciencia sorprendida! Te doy las gracias. Terrible es tu confesión, pero rápida y evidente... y ahora mi tortura... ¡Buenas noches, Miller!

MILLER.- Pero ¡por Dios santo! ¿Qué queréis, Barón? ¿Qué os trae aquí? ¿Que significa esta sorpresa?

FERNANDO.- Hubo un tiempo en que se contaban uno a uno todos los segundos del día, en que el deseo de verme pendía del curso lento del reloj de pared, y se enumeraban los latidos del corazón hasta que yo me presentaba... ¿Cómo explicar ahora esta extrañeza?

MILLER.- ¡Andad, andad, Barón! Si queda todavía en vuestro pecho una partícula de humanidad... si no queréis asesinar a la que pretendéis amar, huid, y no os detengáis aquí ni un solo instante. La mano de Dios se ha levantado de mi pobre vivienda desde que pusisteis los pies en ella. Habéis atraído el infortunio sobre este techo, cuando antes lo visitaba solo la alegría. ¿Aún no estáis harto? ¿Intentáis ahondar aún más la herida que, por conoceros, ha recibido mi hija única?

FERNANDO.- Vengo, Oh padre sin igual, a anunciar a tu hija una alegre nueva.

MILLER.- ¿Nuevas esperanzas, sin duda, para que le suceda una nueva desesperación? Tu aspecto no está de acuerdo con tus palabras.

FERNANDO.- Al fin se cumple mi más ardiente deseo. Lady Milford, el obstáculo más invencible a nuestro amor, huye ahora mismo de este país. Mi padre aprueba mi elección. El destino se cansa ya de perseguirnos. Nuestros astros favorables se levantan. Aquí estoy para cumplir mi palabra empeñada, y llevar a mi prometida al altar.

MILLER.- ¿Lo oyes, hija mía? ¿Oyes sus burlas de tus esperanzas desvanecidas? ¡Verdaderamente, Barón, es grato, ver así al seductor, ejercitando su ingenio a costa de su víctima!

FERNANDO.- ¿Crees que me chanceo? ¡yo, por mi honor! Mis palabras son tan verdaderas como el amor de mi Luisa, y quiero cumplirlas religiosamente, como ella lo hará con sus juramentos... Nada hay tan sagrado para mí... ¿Dudas todavía? El simpático rubor ¿no tiñe aún las mejillas de mi bella esposa? ¡Cosa extraña! La mentira debe ser aquí moneda corriente, ya que tan poco crédito merece la verdad. ¿Desconfiáis de mis palabras? Fiaos entonces de este testimonio escrito. (Tira a Luisa la carta del Mariscal; Luisa la abre, y cae en tierra pálida como un cadáver.)

MILLER. (Sin notarlo, al Mayor.)- ¿Qué significa esto, Barón? Yo, por mí, no lo entiendo.

FERNANDO. (Llevándolo a donde está Luisa.)-¡Tanto mejor, me ha comprendido ella!

MILLER. (Cayendo a su lado.)- ¡Oh Dios! ¡Hija mía!

FERNANDO.- ¡Pálida como la muerte!... Ahora me agrada ya tu hija. Nunca ha estado tan bella tu piadosa y honrada hija... Con este rostro cadavérico... El hálito del juicio final, que borra el barniz de todo engaño, ha arrancado también el afeite, con que esta fraguadora de artificios hubiese seducido hasta a los ángeles de la luz... ¡Su belleza en todo su esplendor! ¡Es su rostro anterior, y el verdadero ¡Déjame besarlo!

MILLER.- ¡Atrás! ¡Fuera! ¡No lastimes el corazón de un padre, joven! No puede librarla de tus caricias, pero sí defenderla ahora de tus malos tratamientos.

FERNANDO.- ¿Qué intentas, anciano? Nada tengo que hacer contigo, no te mezcles en este juego, porque la pérdida es segura... a no ser que tu sabiduría supere a la idea, que yo he formado de ella. ¿Has acaso acomodado tu experiencia de sesenta años a las galanterías de tu hija, y deshonrado tus canas venerables desempeñando el papel de intermediario?... ¡Oh! si no es así, anciano mísero, déjate caer en tierra, y muere... ¡todavía es tiempo! Aún puedes, arrullado en blando sueño, exclamar: «¡yo fui un padre feliz!...» Un instante después, lanzarías temblando en su cueva infernal a esta víbora ponzoñosa, maldecirías al don y al donador, y te refugiarías blasfemando en la tumba. (A

Luisa.) Habla, desventurada, ¿has escrito tú esta carta?

MILLER. (A Luisa, llamándola.)- ¡Por Dios, hija! ¡No lo olvides, no lo olvides!

LUISA.- ¡Oh! esa carta, padre mío…

FERNANDO.- ¿Qué haya caído en manos de quien menos se pensara?… Bendita sea esa casualidad, origen de cosas más grandes, que si se debieran a la razón más previsora, ¡día ese más venturoso que si lo crearan los ingenios más sublimes!… ¿La casualidad he dicho?… ¡Oh! la divina Providencia, porque si es su obra la muerte del pajarillo inocente, ¿por qué no ha de serlo, cuando el demonio se ve despojado de su máscara?… Respóndeme, ¿has escrito esa carta? MILLER. (Aparte, y conjurando a Luisa.)-¡Firme, firme, hija mía! Ya solo ese único sí, y todo se acabó.

FERNANDO.- ¡Qué placer, qué placer! ¡También el padre engañado! ¡Todos engañados! Miradla ahí ahora, llena de oprobio, y hasta su lengua le niega la debida obediencia, para coadyuvar a sus últimas mentiras. ¡Jura por Dios, por la verdad más temible, ¿has escrito esa carta?

LUISA. (Después de tremenda lucha, mirando a su padre suplicante, con decisión y firmeza.)- ¡Yo la he escrito!

FERNANDO. (Que se detiene atónito.)-¡Luisa!… ¡No! ¡Tan cierto como mi alma existe! ¡Tú mientes! La inocencia confiesa a veces delitos en el instrumento de la tortura, que no cometió jamás… Yo lo he preguntado con ira extraordinaria… ¿No es así, Luisa?… ¿No es verdad que tu contestación responde a la rabia de mi pregunta?

LUISA.- Yo he confesado lo que es.

FERNANDO.- ¡No, digo yo; no, no! Tú no la has escrito. No es esa letra tuya… Y aunque lo fuese, ¿por qué ha de ser más difícil falsificar una carta que perder un corazón…? No, no; no lo hagas, porque pudieras decir que sí, y yo sucumbiría… ¡Una mentira, Luisa, una mentira!… ¡Oh! Si tú supieses una ahora, y me la dijeses con tu rostro angelical, y persuadieras sólo a mis oídos, sólo a mis ojos, aunque engañaras también mi corazón! ¡Oh Luisa! Toda verdad, con tu aliento, podría brotar asimismo de la creación, y lo bueno, entonces, podría doblegar su enhiesto cuello, y hacer genuflexiones cortesanas. (con voz temblorosa.) ¿Has escrito tú esta carta?

LUISA.- ¡Por Dios! ¡Por la eterna verdad! ¡Sí!

FERNANDO. (Después de una pausa, con la expresión del más acerbo dolor.)- ¡Mujer, mujer!… Ese rostro, que veo ahora delante de mí… Ofrece con ese rostro la gloria, y ni en el imperio de los condenados encontrarás un solo comprador… ¡Si tú supieses lo que eras para mí, Luisa! ¡Imposible! ¡No! ¡Tú ignorabas que lo eras todo para mí! ¡Todo!… Y esta es una palabra pobre y miserable, y, sin embargo, la eternidad sufre en comprenderla; y sistemas inmensos solares siguen en ella su camino… ¡Todo! ¿y jugar con ella tan puniblemente?… ¡Oh! ¡Esto es horrible!

LUISA.- Habéis oído mi confesión, señor de Walter. Yo misma me he condenado. ¡Alejaos de aquí! Abandonad una casa, que os ha hecho tan desdichado.

FERNANDO.- ¡Bien, bien! Ya estoy tranquilo… tranquilo se dice también del país, por donde una peste ha pasado… ¡Sí, yo lo estoy! (Después de reflexionar un poco.) ¡Un ruego, solo, Luisa… el último! Mi cabeza arde. Necesito refrescar. ¿Quieres prepararme un vaso de limonada? (Vase Luisa.)

ESCENA III.

FERNANDO y MILLER, que se pasean en silencio por la escena, y en sus extremos opuestos.

MILLER (Que se para al cabo, y mira al Mayor con tristeza.) ¿Os consolará algo en vuestra pena, si yo os aseguro que la deploro cordialmente?

FERNANDO.- ¡Dejémoslo así, Miller! (Dando algunos pasos.) Apenas recuerdo, Miller, el motivo que me trajo a vuestra casa… ¿Cuándo vine a ella?

MILLER.- ¿Es posible, señor Mayor? Para que yo os enseñase a tocar la flauta. ¿No os acordáis?

FERNANDO. (Con viveza.)- ¡Y vi a vuestra hija! (Después de algunos instantes de silencio.) ¡No habéis cumplido vuestra palabra, amigo. Convinimos en que me proporcionaríais el sosiego en mis horas de soledad. Me engañasteis, y me vendisteis escorpiones. (Notando el movimiento que hace Miller.) ¡No; no os asustéis, anciano! (Abrazándolo conmovido) No tenéis la culpa.

MILLER. (Enjugándose las lágrimas.)- Pongo por testigo a Dios omnipotente.

FERNANDO. (Paseándose de nuevo, absorbido en profundas cavilaciones.) Dios se burla de nosotros de un modo extraño e inexplicable. Peso excesivo pende con frecuencia de cuerdas débiles y casi imperceptibles… Si el hombre supiera que había de encontrar la muerte comiendo de esta manzana… ¡Ya!… ¡Si lo supiese! (Continuando su paseo con mayor agitación; y después tomando violentamente la mano de Miller.) ¡Hombre! Te he pagado con exceso tus lecciones de música… y nada ganas… sino que pierdes… quizás lo pierdes todo. (Alejándose de él inquieto.) ¡Desdichada afición filarmónica! ¡Ojalá que nunca la hubiese sentido!

MILLER. (Que intenta reprimir su emoción.)-Mucho se hace esperar la limonada. Creo… que debo preguntar, si no lo tomáis a mal…

FERNANDO.- No corre prisa, querido Miller. (Murmurando para sí.) Y menos para el padre… quedaos aquí… ¿Qué deseaba preguntaros?… ¡Ah, sí! ¿Es Luisa vuestra única hija? ¿No tenéis ningún otro hijo?

MILLER. (Con calor.)- No tengo ningún otro, Barón… ni tampoco lo quiero. Con ella me basta para ocupar mi corazón de padre… en ella he puesto todo mi amor.

FERNANDO. (Muy conmovido.)- ¡Ah!… ¿Me haréis el obsequio de averiguar si está ya el refresco preparado? (Vase Miller.)

ESCENA IV.

FERNANDO solo.

¡Su única hija!... ¿Lo entiendes, asesino? ¡La única! ¡Asesino!... Y ese hombre, siendo el mundo tan vasto, solo posee su violín y su única... ¿Y te propones robársela?... ¿Robársela?... ¿robar su último céntimo a un mendigo? ¿Tirar a los pies del estropeado sus muletas rotas? ¿Como? ¿Tengo yo ánimo para esto?... Y cuando vuelva a su casa, y sin esperarlo, al enumerar todas las alegrías que te proporciona el rostro de su hija, entre, y la vea ahí, marchita esa flor... muerta... destrozada, la última, la única, la inefable esperanza... ¡Ah! y estará delante de ella, y la naturaleza entera no podrá darle un soplo de vida, y su mirada fija se hundirá vanamente en el desierto infinito, y buscará Dios, lo hallará, y retornará sin haber descubierto nada... ¡Dios, Dios! Pero también mi padre tiene solo un hijo único, un hijo único, pero no su única riqueza... (pausa.) Pero ¿cómo? ¿Qué pierde al cabo? Una doncella, para la cual los más santos sentimientos del amor son solo bagatelas, ¿puede hacer feliz a un padre? ¡No; no lo hará, no lo hará! Y yo merezco gratitud, por aplastar la víbora antes que muerda a su padre

ESCENA V.

MILLER, que vuelve, y FERNANDO.

MILLER.- ¡Pronto seréis servido, Barón! Esa pobre criatura está allá fuera, y llora como una desesperada. También beberéis lágrimas en la limonada.

FERNANDO.- ¡Y si fueran sólo lágrimas!... Pero puesto que hablábamos ha poco de música... (Sacando una bolsa.) Yo soy deudor vuestro.

MILLER.- ¿Cómo? ¿Qué decís? ¡Dejaos ahora de esto, Barón! ¿Por quién me tomáis? En buenas manos está. No me injuriéis, porque, si Dios quiere, no será esta la última vez que nos veamos.

FERNANDO.- ¿Quién sabe? Tomadla, a vida y muerte.

MILLER. (Sonriéndose.)- ¡Oh! en cuanto a lo último, Barón, según creo, no hay riesgo alguno que temer por vuestra parte.

FERNANDO.- Podría acaso haberlo... ¿No habéis oído hablar de jóvenes, que han sucumbido... mancebos y doncellas, próvidos en esperanzas, las niñas de los ojos de sus padres engañados?... Lo que no pueden alcanzar ni las penas ni la edad, lógralo con frecuencia un rayo... Vuestra Luisa no es tampoco inmortal.

MILLER.- Diómela Dios.

FERNANDO.- Escuchad... Yo os digo que no es inmortal. Esta hija es el objeto de vuestro cariño. Concentráis en ella vuestra vida y vuestra alma. Sed previsor, Miller. Sólo un jugador desesperado arriesga cuanto tiene a una sola carta. Llámase loco a un comerciante, que carga toda su fortuna en un solo buque... ¡Oídme! Reflexionad en este aviso... Pero ¿por qué no tomáis este dinero?

MILLER.- ¿Cómo, señor? ¿Esa pesadísima bolsa? ¿En qué pensáis?

FERNANDO.- En mi deuda... ¡Ahí está! (Pone la bolsa en la mesa, y caen monedas de oro.) No puedo guardar ese estorbo eternamente.

MILLER. (Sorprendido.)- ¿Cómo? ¡Por Dios Todopoderoso? ¡Ese no es el sonido de la plata! (Acércase a la mesa, y exclama con horror.) ¿Cómo? ¡Por todos los poderes celestiales, Barón, Barón! ¿Qué hacéis? ¿Qué os proponéis? ¿Estáis distraído? (Juntando las manos.) Hay ahí... o yo estoy hechizado, o... ¡Dios me condene! eso es oro puro, amarillo, reluciente... ¡No, Satanás, no me atraparás!

FERNANDO.- ¿Habéis bebido vino viejo, o vino nuevo, Miller?

MILLER. (Con grosería.)- ¡Trueno y tempestad! ¡Miradlo! ¡Oro!

FERNANDO.- ¿Y qué más?

MILLER.- ¡En nombre del diablo!... digo... os suplico por el sagrado nombre de Cristo... ¡oro!

FERNANDO.- ¡Sin duda no se ha visto nunca otra!

MILLER. (Después de una pausa, acercándose a él conmovido.)- Señor, yo soy un pobre hombre honrado; y si os proponéis seducirme para alguna acción vituperable... porque Dios sabe bien que, por buen camino, no se puede ganar dinero.

FERNANDO. (con emoción.)- No tengáis cuidado alguno, querido Miller. Harto habéis ganado esa suma, y Dios me libre de atentar a vuestra buena conciencia...

MILLER. (Saltando como un loco.)- ¡Mío, pues, mío! ¡mío, sabiéndolo y queriéndolo Dios! (Corriendo hacia la puerta, y gritando.) ¡Mujer! ¡Hija! ¡Victoria! ¡Venid acá! (Volviendo.) ¡Pero, santo cielo! ¿Cómo adquiero yo de repente este inmenso tesoro? ¿Por qué lo he ganado? ¿Lo merezco?

FERNANDO.- No por vuestras lecciones de música, Miller... Os pago con esta suma, (Detiénese helado de espanto) os pago... os pago (Después de una pausa, con tristeza.) el sueño feliz de tres meses, que debo a vuestra hija.

MILLER. (Cogiendo su mano, y estrechándosela.)- ¡Bondadoso señor! Si fueseis un hombre de mi clase, oscuro e insignificante... (Con animación.) Y mi hija no os amase... la mataría sin compasión. (Acercándose de nuevo al dinero, y después con abatimiento.) Pero ya que todo lo poseo, y nada vos, debiera devolveros toda vuestra alegría. ¿No es así?

FERNANDO.- ¡No hay que deplorarlo, amigo! ... Me ausento de aquí, y en donde voy, no corre esa moneda.

MILLER. (Mirando al dinero, y con entusiasmo.)- ¿Esto es por tanto mío? ¿Mío?... Pero siento que os vayáis... ¡Esperad un poco, y veréis lo que haré! ¿Cómo voy a engordar ahora? (Quítase el sombrero, y lo tira.) Mandaré a pasear mis lecciones de música, y fumaré tabaco superior, y que el diablo me lleve, si vuelvo a sentarme en el teatro en el lugar más barato. (Quiere irse.)

FERNANDO.- ¡Quedaos! ¡Callaos, y guardad ese oro! Callaos sólo por hoy, y hacedme el favor de no pensar ya en vuestras lecciones de música.

MILLER. (Aún más entusiasta, cogiéndolo por el vestido, y rebosando de alegría.)- ¿Y mi hija, señor? (soltándolo.) El dinero no hace al hombre honrado… el dinero no… Que yo coma patatas o perdices, el harto, harto está; y este traje bastará, siempre que no se vea el sol por sus agujeros… Lo malo para mí… pero todos los bienes serán para mi hija, y suyo cuanto se le antoje…

FERNANDO. (Interrumpiéndole bruscamente.)- ¡Callad! ¡oh, callad!

MILLER. (Siempre animado.)- Y aprenderá francés a la perfección, y minué y canto, y se hablará de ella en los periódicos, y tendrá un sombrero igual al de la hija de un consejero, y un vestido con cola; y el nombre de la hija del músico se pronunciará a dos leguas a la redonda…

FERNANDO. (Tomándole la mano casi convulso.)- ¡No más! ¡No más! ¡Callaos, por Dios! ¡Callaos sólo hoy! Es el único favor, que os pido.

ESCENA VI.

LOS MISMOS y LUISA, con la limonada.

LUISA. (Que, con los ojos llorosos y balbuceando, presenta al Mayor el vaso en un plato.)- Decid si os agrada o no.

FERNANDO. (Que toma el vaso, lo deja, y se vuelve con prontitud hacia Miller.)- ¡Oh! ¡Casi lo había ya olvidado! ¿Podré pediros un favor, querido Miller? ¿Me dispensareis un ligero obsequio?

MILLER.- ¡No uno, mil! Lo que ordenéis...

FERNANDO.- Me esperan para comer, y desgraciadamente no me encuentro dispuesto a ello. Me es del todo imposible ver gente... ¿Tendréis la bondad de pasaros por mi casa, y excusarme con mi padre?

LUISA. (Interrumpiéndolo asustada.)- Yo puedo ir.

MILLER.- ¿A casa del Presidente?

FERNANDO.- No a él en persona. Decidlo sólo a uno de los criados de la antesala... Llevad mi reloj, para que os crean... Aquí estaré cuando regreséis... Aguardaréis la contestación.

LUISA. (Muy inquieta.)- ¿No puedo encargarme yo de esto?

FERNANDO. (A Miller, que quiere irse.)-¡Escuchad además! Aquí tengo una carta para mi padre, que me entregaron cerrada ha poco... Quizás algún negocio urgente... Todo esto podríais hacerlo a un tiempo.

MILLER.- ¡Muy bien, Barón!

LUISA. (Instándole, con la ansiedad más viva.)-Pero, padre mío, yo podría hacer muy bien todo esto.

MILLER.- Estás sola, y ya es noche oscura, hija mía. (Vase.)

FERNANDO.- ¡Alumbra a tu padre, Luisa! (Mientras que ésta acompaña con la luz a su padre, acércase él a la mesa, y vierte veneno en el vaso de limonada.) ¡Sí, morirá! ¡Debe morir! Los poderes celestiales pronuncian a mis oídos su horrible sí; la venganza divina lo confirma, y su ángel de la guarda la abandona.

ESCENA VII.

FERNANDO, y LUISA, que vuelve lentamente con la luz, la deja en la mesa, y se sienta en la parte opuesta al Mayor, con la vista en el suelo, y mirándolo con temor a hurtadillas. Él, en pie, no separa sus ojos de la tierra. Pausa prolongada, propia de esta escena.

LUISA.- ¿Queréis acompañarme, señor de Walter? Tocaré algo en el piano. (Lo abre; Fernando no le responde; pausa.) Me debéis la revancha al ajedrez. ¿Os agrada jugar una partida, señor de Walter? (Nuevo silencio.) Señor de Walter, ya he comenzado el bolsillo, que había prometido bordaros... ¿No veréis el dibujo? (Nueva pausa.) ¡Oh! ¡Que desgraciada soy!

FERNANDO. (Sin moverse.)- ¡Pudiera muy bien ser verdad!

LUISA.- No es culpa mía, señor de Walter, que tan mal sostenga la conversación.

FERNANDO. (Aparte, con amarga sonrisa.)-¿Que has de hacer, pues, con mi taciturnidad extremada?

LUISA.- Bien me presumía yo que ahora no nos conviene estar solos. Me asusté, por tanto, cuando hicisteis salir a mi padre... Me temo, señor de Walter, que esta entrevista es igualmente penosa para ambos... Si me lo permitís, voy a buscar algunos amigos.

FERNANDO.- ¡Si, Sí, andad! Yo iré también, y buscaré algunos conocidos míos.

LUISA. (Mirándolo confusa.)- ¡Señor Walter!

FERNANDO. (Con amarga ironía.)- ¡Por mi honor! Es la idea más ingeniosa, que puede tener un hombre en mi situación. Trocaríamos en diversión este triste dúo, y nos vengaríamos con ciertas galanterías de los sinsabores del amor.

LUISA.- Estáis de buen humor, señor de Walter.

FERNANDO.- ¡De extraordinario buen humor, como para que corran tras de mí gritando todos los muchachos de la calle! ¡No, en verdad, Luisa! tu ejemplo me sirve de lección... tú debes ser mi maestro. Son locos los que charlan del eterno amor. La eterna uniformidad nos repugna, y sólo la variedad sazona el placer... ¿No es verdad, Luisa? ¿No estoy yo en lo cierto? Corremos de novela en novela, de lodazal en lodazal... tú por ahí, yo por aquí... quizás después de nuestra grata excursión, convertidos en descarnados esqueletos, nos veremos de nuevo con la más seductora sorpresa, y nos conoceremos por cierto aire de familia, que tienen los hijos de una misma madre, como sucede en las comedias, y averiguaremos que la vergüenza y el disgusto producen acaso una armonía, que no ha podido proporcionar el más tierno amor.

LUISA.- ¡Oh joven, joven! Tú eres ya desdichado. ¿Intentas también merecerlo?

FERNANDO. (murmurando colérico entre dientes.)- ¿Qué soy desdichado? ¿Quién te lo ha dicho? Tú, mujer, eres demasiado perezosa para sentir... ¿cómo has de calificar los sentimientos ajenos?... ¿Desdichado decía?... ¡Ah! esa palabra me infundiría furor hasta en la sepultura... Ya sabía ella que yo había de ser desdichado. ¡Muerte y condenación! Y lo sabía, y me ha hecho sin embargo traición... Mira, víbora; esa era tu sola probabilidad de perdón... Tus palabras te arrancan la vida... Hasta aquí podría yo atribuir tu falta a sencillez, y a cansa del desprecio, que me infundías, dejarte escapar de la muerte. (Cogiendo el vaso precipitadamente.) Así tú no has sido ligera... no has sido tan estúpida... ¡eras sólo una mujer sencilla! (Bebe.) Esta limonada es tan insípida como tu alma... ¡pruébala!

LUISA.- ¡Oh cielos! ¡No sin razón temía yo esta entrevista!

FERNANDO. (Con imperio.)- ¡Pruébala! (Luisa toma contra su voluntad el vaso, y bebe algo: Fernando se vuelve; al acercar ella el vaso a sus labios, se cubre con mortal palidez, se aleja, y se queda en el fondo de la escena.)

LUISA.- Sabe bien la limonada.

FERNANDO. (Sin mirarla, y temblando.)- ¡Que te aproveche!

LUISA. (Después de dejar el vaso en la mesa.)-¡Oh! ¡Si supierais, Walter, cuán horriblemente me ofendéis!

FERNANDO.- ¡Ya!

LUISA.- Llegará el tiempo, oh Walter...

FERNANDO. (Acercándose.)- ¡Oh! Acabamos ya con el tiempo.

LUISA.- En que os pesará sobremanera lo que habéis dicho esta noche...

FERNANDO. (Paseándose a grandes pasos, y mostrando desasosiego, y tirando lejos de sí su banda y su espada.)- ¡Buenas noches, servicio de príncipes!

LUISA.- ¡Dios mío! ¿Que tenéis?

FERNANDO.- Calor y sofocación... quiero estar más cómodo.

LUISA.- ¡Bebed, bebed! La limonada os refrescará.

FERNANDO.- De seguro… esta prostituta tiene buen corazón; sin embargo, todas son así.

LUISA. (Corriendo a sus brazos, dominada por su amor.)- ¿Hablar de ese modo a tu Luisa, Fernando?

FERNANDO (Rechazándola.)- ¡Vete, vete! ¡Lejos de mí tus dulces y seductoras miradas! Yo sucumbo. ¡Acércate a mí despidiendo horror y miedo, serpiente! ¡Salta sobre mí, reptil! ¡Desarrolla a mi vista tus asquerosos anillos, y levanta al cielo tu cabeza… tan repugnante como en el abismo!… no ángel alguno… Ningún ángel ya… Es demasiado tarde… He de aplastarte como a víbora, o desesperarme… Compadécete…

LUISA.- ¡Oh! ¡Llegar hasta este extremo!

FERNANDO. (Mirándola de lado.)- ¡Esta bella obra del divino artífice!… ¿Quién lo creería?… ¿Quién ha de pensarlo? (Cogiendo su mano, y levantándola en alto.) ¡Yo quiero preguntarte, Dios creador!… Pero ¿por qué depositar la ponzoña en tan delicado vaso?… ¿Coexistir el vicio con tan celestial dulzura?… ¡Oh! Es extraño.

LUISA.- ¿Oír esto y callar?

FERNANDO.- Y esa voz melodiosa y encantadora… ¿Cómo cuerdas destrozadas suenan tan armoniosamente? (Contemplándola extasiado.) ¡Todo tan bello… tan bien proporcionado… tan divinamente perfecto!… En todo obra maestra del Supremo Hacedor… ¿Y sólo en el alma se equivocó Dios? ¿Era posible que dejase sin defecto este fenómeno de la naturaleza? (Abandonándolo de repente.) ¿O acaso observó que su cincel había modelado un ángel, y para corregir a medias su yerro le dio un corazón perverso, proporcionado a su belleza?

LUISA.- ¡Oh culpable obstinación! Antes que confesar su ligereza, prefiere culpar al cielo.

FERNANDO. (Abrazándola lloroso.)- ¡Otra vez, Luisa!… Otra vez, como en el día en que nos dimos nuestro primer beso, cuando balbuceaste el nombre de Fernando, cuando me tutearon tus labios ardientes… ¡Oh! Parecióme en aquel momento, que, como en un capullo, se me presentaba el germen de un placer infinito, que no podía expresarse… Ofrecíase la eternidad a nuestra vista como un día hermoso de mayo; millones de años dorados pisaban ante nuestra alma como alegres recién desposados… ¡Yo entonces era feliz!… ¡Oh, Luisa, Luisa, Luisa! ¿Por qué has hecho conmigo esto?

LUISA.- ¡Llorad, llorad, Walter! Vuestra pena será más justa para mí que vuestro furor.

FERNANDO.- ¡Te engañas! Estas lágrimas no son por ti… no son rocío tibio y delicioso, que cae como un bálsamo en las heridas del alma, y que pone de nuevo en movimiento a seca rueda de la sensibilidad. Son gotas frías… y aisladas… que dicen a mi amor su horrible y eterno adiós. Con espantosa solemnidad, poniendo su mano en la cabeza de Luisa. Son lágrimas por tu alma, Luisa… lágrimas por Dios, cuya bondad infinita ha faltado aquí, y que pierde voluntariamente su obra más sublime… ¡Oh! me parece que toda la creación debía vestirse de luto y llenarse de confusiones, al observar lo que sucede en su imperio… Es bastante común que los hombres sucumban y pierdan el paraíso; pero cuando esa peste se ensaña en los ángeles, es menester que la naturaleza entera se lamente.

LUISA.- No me apuréis de ese modo, Walter. Tengo tanta energía como cualquiera otra… pero cuando se la somete a una prueba humana. Una palabra no más, y después nos separamos… Un destino funesto ha divorciado nuestros corazones; sólo con abrir mis labios, oh Walter, podría decir tales cosas… podía… pero la imperiosa necesidad encadena mi lengua y mi amor, y he de sufrir hasta que me trates como a una mujer perdida.

FERNANDO.- ¿Te sientes buena, Luisa?

LUISA.- ¡Que pregunta!

FERNANDO.- Sentiría, que, mintiendo, dejases este mundo.

LUISA.- Yo os conjuro, Walter…

FERNANDO. (Con violenta agitación.)- ¡No, no! ¡Demasiado satánica sería esta venganza! ¡No! ¡Dios me libre! No quiero llevarla hasta el otro mundo… Luisa, ¿has amado al Mariscal? No saldrás más de este aposento.

LUISA.- Preguntad lo que os agrade. Yo no responderé. (Siéntase.)

FERNANDO. (Con solemnidad.)- ¡Cuida de tu alma inmortal, Luisa!… ¿Has amado al Mariscal? No saldrás más de este aposento.

LUISA.- Nada respondo.

FERNANDO. (Cayendo a sus pies, presa de la más violenta emoción.)- Luisa, ¿has amado al Mariscal? ¡Antes que se apague esta luz… estarás… delante de Dios!

LUISA. (Levantándose asustada.) ¡Jesús! ¿Qué es esto?… y yo me siento muy mal. (Cae de nuevo en la silla.)

FERNANDO.- ¿Ya?... ¡Vosotras las mujeres sois un eterno enigma! Vuestras fibras delicadas os dejan cometer los mayores crímenes, que carcomen la raíz de la humanidad entera, y un miserable grano de arsénico os precipita...

LUISA.- ¡Veneno, veneno! ¡Oh Dios mío!

FERNANDO.- Ya me lo temía! Tu limonada ha sido hecha en el Infierno, y al beberla has bebido la muerte!

LUISA.- ¡Morir, morir! ¡Dios misericordioso! ¡Veneno en la limonada, y morir!... ¡Apiádate de mi alma, Dios de misericordia!

FERNANDO.- Eso es lo esencial. Lo mismo le pido yo.

LUISA.- Y mi madre... mi padre... ¡Salvador del mundo! ¡Mi padre, mi padre perdido! ¿No hay medio de salvarme? ¿Tan joven, y no hay salvación posible? ¿Y he de morir ahora mismo?

FERNANDO.- No hay salvación posible; es inevitable la muerte... pero, tranquilízate, haremos juntos el viaje.

LUISA.- ¿Y tú también, Fernando? ¿Veneno, Fernando? ¿Y de tu mano? ¡Oh Dios, perdónalo!... ¡Dios clemente, absuélvelo de ese pecado!

FERNANDO.- Piensa ahora en arreglar tu cuenta con él... Me temo que no ha de estar corriente.

LUISA.- ¡Fernando, Fernando!... ¡Oh!... Ya no puedo callar... La muerte... la muerte quebranta todos los juramentos... ¡Fernando!... Ni en la tierra ni el cielo hay un ser más desgraciado que tú... ¡yo muero inocente, Fernando!

FERNANDO. (Asustado.)- ¿Qué dice?... No es lo ordinario mentir, cuando se va a emprender esta peregrinación.

LUISA.- Yo no miento... no miento... una sola vez he mentido en toda mi vida... ¡Dios mío! ¡qué hielo circula por mis venas!... cuando escribí la carta al Mariscal...

FERNANDO.- ¡Ah! ¡Esa carta!... ¡Loado sea Dios! Ahora recobro toda mi energía.

LUISA. (Con lengua torpe, y dedos rígidos.)-Esa carta... ten ánimo para oír una horrible nueva... Mi mano escribió lo contrario de lo que sentía mi corazón... ¡tu padre la dictó! (Fernando se queda como una estatua, guardando mortal silencio, y cae al fin, como herido de un rayo.) ¡Deplorable yerro!... Fernando... me violentaron... perdona... Tú Luisa hubiera preferido morir... pero mi padre... el peligro... obraron con pérfida astucia.

FERNANDO. (Con acento desgarrador.)-¡Alabado sea Dios! Aún no siento el efecto del veneno. (Saca su espada.)

LUISA. (De desmayo en desmayo.)- ¡Ay de mí! ¿Qué vas a hacer? Es tu padre...

FERNANDO. (Con furor irresistible.)- ¡Asesino y padre de un asesino... También nos acompañará, para que el Supremo Juez sólo se ensañe en el culpable. (Intenta marcharse.)

LUISA.- Mi Salvador murió perdonando... ¡Misericordia para ti y para él! (Muere.)

FERNANDO. (Que se vuelve con rapidez, observa su postrer movimiento de agonía, y cae a los pies del cadáver, vencido por el dolor.) ¡Detente! ¡No me dejes, ángel del cielo! (Coge su mano, y la suelta enseguida.) ¡Fría; fría y húmeda! Su alma voló ya. (Levantándose.) ¡Dios de mi Luisa! ¡Misericordia, misericordia para el más insensato asesino! ¡Tal fue su último ruego!... ¡Cuán bella, cuán seductora después de muerta. La muerte, conmovida, ha respetado su rostro divino... No era fingida su dulzura, porque ha resistido al último suspiro. (Pausa.) Pero ¿cómo? ¿Por qué no siento nada? ¿Me salvará el vigor de mi juventud? ¡Trabajo inútil! ¡No es ese mi objeto! (Coge el vaso.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, el PRESIDENTE, WURM y CRIADOS, que se precipitan horrorizados en el aposento, y después, MILLER, el PUEBLO Y ALGUACILES, que se reúnen en el fondo.

EL PRESIDENTE (Con una carta en la mano.)- ¿Qué es esto, hijo?... Jamás pudiera creer que...

FERNANDO. (Arrojando el vaso a sus pies.)-¡Míralo bien, asesino!

EL PRESIDENTE. (Vacilando; todos se sobrecogen; silencio terrible.)- Hijo mío, ¿por qué has hecho esto conmigo?

FERNANDO. (Sin mirarlo.)- ¡Sí, sin duda! Debiera yo haber oído antes al político, para saber si la jugada podía serle favorable... Sagaz y sublime, lo confieso, era el proyecto de separar nuestros corazones por los celos... El cálculo era magistral. ¡Lástima que el amor furioso no se prestara, cual dócil instrumento, a vuestros planes!

EL PRESIDENTE. (Mirando a su rededor.)-¿No hay nadie aquí, que llore por un padre inconsolable?

MILLER. (Gritando detrás de la escena.)-¡Dejadme entrar! ¡Por Dios! ¡Dejadme entrar!

FERNANDO.- Esta doncella es una santa... otro debe justificarla. (Abre la puerta a Miller, que entra, con el pueblo y los alguaciles.)

MILLER. (Con horrible angustia.)- ¡Mi hija, mi hija!... Veneno... veneno, según dicen, ha entrado aquí... ¡Hija mía! ¿en dónde estás?

FERNANDO. (Que lo lleva entre el cadáver de Luisa y el Presidente.)- Yo soy inocente... Da las gracias a éste.

MILLER. (Cayendo en tierra) -¡Jesús!

FERNANDO.- Pocas palabras, padre... porque ya comienzan a ser preciosas para mí... Me han arrancado traidoramente la vida; me la habéis arrancado vos mismo. Tiemblo al pensar como he de presentarme ante el Supremo Juez... y, sin embargo, jamás he sido un malvado. Sea cual fuere mi eterno destino... no... no ha de recaer sobre ella... Pero yo he cometido un asesinato (alzando la voz de una manera espantosa), un asesinato, cuya responsabilidad no querrás atribuirme ante el tribunal de Dios. Solemnemente descargo sobre ti la mayor, la más horrible parte de la culpa; tu mismo verás la mejor manera de excusarte. (Llevándole a donde está Luisa.) ¡Aquí, bárbaro! Recréate en el fruto de tu ingenio; tu nombre está escrito con rasgos infernales en este rostro, y los ángeles exterminadores lo leerán. Un espectro como éste descorrerá las cortinas de tu lecho, cuando duermas, y te tocará con su mano helada... Un espectro como éste se presentará ante ti, cuando mueras, y ahuyentará la postrera oración... Un espectro como éste yacerá sobre tu sepulcro, cuando resucites... y te acompañara ante Dios, cuando te juzgue. (Se desmaya, y los criados le sostienen.)

EL PRESIDENTE (Levantando al cielo sus brazos de un modo horrible.)- A mi no; no a mí, Juez Supremo; no me pidas, cuenta de estas almas, sino a este. (Señalando a Wurm.)

WURM. (Levantándose colérico.) ¿A mí?

EL PRESIDENTE.- ¡A ti, réprobo! ¡A ti, Satanás!... ¡Tuyo, tuyo ha sido ese consejo ponzoñoso!... ¡Tú eres responsable!... Yo me lavo las manos.

WURM.- ¿Yo? (Con risa infernal.) ¡Que gozo, que gozo! Así, ahora sé ya como se congratulan los demonios... ¿A mí, estúpido bribón? ¿Era él mi hijo? ¿Era yo tu soberano? ¡Ah! ¡Por la vista de este cadáver, que hiela la médula de mis huesos! ¡Que recaiga ese crimen sobre mí!... Acepto de buen grado mi perdición, pero tú te perderás conmigo... ¡Vamos, vamos! Gritad por las calles: ¡al asesino! ¡Que se despierte la justicia! ¡Alguaciles, atadme! ¡Llevadme de aquí! He de revelar secretos que pondrán de punta los cabellos de quienes los oigan. (Quiere irse.)

EL PRESIDENTE. (Deteniéndolo.) ¡No lo harás, insensato!

WURM. (Tocándole familiarmente en el hombro.)- ¡Lo haré, compañero!... Estoy loco, ¿no es verdad?... Obra tuya es... mi comportamiento será ahora el de un furioso... Contigo, codo con codo, iré al suplicio. Brazo con brazo iremos al infierno. Me lisonjeará, oh malvado, ser condenado contigo. (Llévanselo.)

MILLER. (Que, mientras tanto, ha permanecido recostado en el seno de Luisa, lleno de dolor mudo, se levanta de improviso, y tira a los pies del Mayor la bolsa de dinero.)- ¡Envenenador! ¡Guarda tu bolsa maldita!... ¿intentabas pagarme con ella la vida de mi hija? (Vase corriendo.)

FERNANDO. (Con voz desmayada.)-¡Seguidlo! ¡Está desesperado!... Ese oro puede salvarlo... Es el precio de mi mortal gratitud. ¡Luisa, Luisa!... Voy... Adiós... Dejadme espirar junto a este altar...

EL PRESIDENTE. (A su hijo, saliendo de su estupor.)- ¡Hijo mío, Fernando! ¿No has de mirar siquiera a un padre desesperado? (El Mayor cae junto a Luisa.)

FERNANDO.- Eso corresponde a Dios misericordioso.

EL PRESIDENTE. (Prosternándose a sus pies, presa de los más espantosos sufrimientos)- El Creador y sus criaturas me abandonan... ¿Ni una mirada por último consuelo? (Fernando le tiende su mano helada: el Presidente se levanta.) Ahora... (a los demás.) ¡llevadme preso! (Vase seguido de los alguaciles, y cae el telón.)

FIN DE INTRIGA Y AMOR.